

MÍSTICA CIUDAD DE DIOS, PARTE 20

415. En la habitación de tan levantada santidad y eminente perfección estaba María santísima confiriendo muchas veces consigo misma el estado de la primitiva Iglesia que tenía por su cuenta, y cómo trabajaría por su quietud y dilatación. Fuele de algún alivio y consuelo entre estos cuidados y anhelos la libertad de San Pedro, para que como cabeza acudiese al gobierno de los fieles, y también el ver arrojado de Jerusalén a Lucifer y sus demonios, privados por entonces de su tiranía, porque respirasen un poco los seguidores de Cristo y se moderase la persecución. Pero la divina sabiduría, que con peso y medida distribuye los trabajos y los alivios, ordenó que la prudentísima Madre tuviese en este tiempo muy declarada noticia del mal estado de Herodes. Conoció la fealdad abominable de aquella infelicísima alma, por sus grandes y desmedidos vicios y repetidos pecados que irritaban la indignación del Todopoderoso y justo Juez. Conoció también que por la mala semilla que los demonios habían sembrado en el corazón de Herodes y de los judíos, estaban todos indignados contra Jesús nuestro Redentor y sus discípulos, después de la fuga de San Pedro, y que el inicuo Rey o gobernador tenía intento de acabar a todos los fieles que hallase en Judea y Galilea, y emplear en esto todas sus fuerzas y potestad. Y aunque María santísima conoció esta determinación de Herodes, no se le manifestó entonces el fin que tendría, pero, conociendo que era poderoso y su alma tan depravada, le causó juntamente grande horror su mal estado y excesivo dolor su indignación contra los profesores de la fe.

416. Entre estos cuidados y la confianza en el favor divino trabajó incesantemente nuestra Reina, pidiéndolo al Señor con lágrimas, ejercicios y clamores, como en otras ocasiones he dicho. Y gobernándola su altísima

prudencia, habló con uno de sus supremos Ángeles que la asistían y le dijo: Ministro del Altísimo y hechura de sus manos, el cuidado de la Santa Iglesia me solicita con gran fuerza para procurar todos sus bienes y progresos. Yo os ruego y suplico que subáis a la presencia del trono real del Altísimo y presentéis en él mi aflicción y de mi parte le pidáis me conceda que yo padezca por sus siervos Apóstoles y fieles, y no permita que Herodes ejecute lo que contra ellos ha determinado para acabar con la Iglesia.—Fue luego el Santo Ángel con esta legacía al Señor, quedando la Reina del cielo como otra Ester, orando por la libertad y salvación de su pueblo y la suya. En el ínterin volvió el divino embajador despachado de la Beatísima Trinidad y en su nombre respondió y la dijo: Princesa de los cielos, el Señor de los ejércitos dice que vos sois Madre, Señora y Gobernadora [por intercesión y consejos como Medianera de todas las gracias divinas] de la Iglesia y con su potestad estáis en lugar suyo mientras sois viadora, y quiere que como Reina y Señora de cielo y tierra fulminéis la sentencia contra Herodes.

417. Turbóse un poco en su humildad María santísima con esta respuesta y, replicando al Santo Ángel con la fuerza de su caridad, dijo: Pues, ¿yo he de fulminar sentencia contra la hechura e imagen de mi Señor? Después que de su mano recibí el ser, he conocido muchos réprobos entre los hombres y nunca pedí venganza por ellos, sino que cuanto es de mi parte siempre he deseado su remedio, si fuera posible, y no adelantarles su pena. Volved, Ángel, al Señor y decidle que mi tribunal y potestad es inferior y dependiente de la suya y no puedo sentenciar a nadie a muerte sin nueva consulta del superior; y que si es posible reducir a Herodes al camino de la salvación eterna, yo padeceré todos los trabajos del mundo, como su divina Providencia lo ordenare, porque esta alma no se pierda.—Volvió el Ángel a los cielos con esta segunda embajada de su

Reina y, presentándola en el trono de la Beatísima Trinidad, la respuesta fue de esta manera: Señora y Reina nuestra, el Altísimo dice que Herodes es del número de los prescitos, por estar en sus maldades tan obstinado, que no admitirá aviso, amonestación ni doctrina, no cooperara con los auxilios que le dieren, ni se aprovechará del fruto de la Redención, ni de la intercesión de los Santos, ni de lo que Vos, Reina y Señora mía, trabajaréis por él.

418. Remitió tercera vez María santísima al santo príncipe con otra embajada al trono del Altísimo y le dijo: Si conviene que muera Herodes para que no persiga a la Iglesia, decid, Ángel mío, al Todopoderoso que su dignación de infinita caridad me concedió, viviendo Su Majestad en carne mortal, que yo fuese Madre y refugio de los hijos de Adán, abogada e intercesora de los pecadores; que mi tribunal fuese de piedad y clemencia para recibir y socorrer a los que llegaren a él pidiendo mi intercesión; y que si se valieren de ella, en nombre de mi Hijo santísimo, les ofreciese el perdón de sus pecados. Pues ¿cómo si tengo entrañas y amor de madre para los hombres, que son hechuras de sus manos y precio de su vida y sangre, seré ahora juez severo contra alguno de ellos? Nunca se me ha remitido la justicia y siempre la misericordia, a quien mi corazón está todo inclinado, y se halla turbado entre la piedad del amor y la obediencia de la rigurosa justicia. Presentad, Ángel, de nuevo este cuidado al Señor y sabed si es de su gusto que muera Herodes, sin que yo le condene.

419. Subió el santo embajador al cielo con esta tercera legacía, y la Beatísima Trinidad la oyó con plenitud de agrado y complacencia de la piadosa caridad de su Esposa. Pero volviendo el Santo Ángel, informando a la piadosa Señora, la respondió: Reina nuestra, Madre de

nuestro Criador y Señora mía, Su Majestad omnipotente dice que vuestra misericordia es para los mortales que se quisieren valer de vuestra poderosa intercesión y no para los que la aborrecen y desprecian, como lo hará Herodes; que vos sois Señora de la Iglesia con toda la potestad divina y así os toca usar de ella en la forma que conviene; que Herodes ha de morir, pero que ha de ser por vuestra sentencia y disposición.—Respondió María santísima: Justo es el Señor y rectos son sus juicios (Sal 118, 137). Yo padeciera muchas veces la muerte para rescatar esta alma de Herodes, si él mismo por su voluntad no se hiciera indigno de la misericordia y réprobo. Obra es de la mano del Altísimo, hecha a su imagen y semejanza, redimida fue con la sangre del Cordero que lava los pecados del mundo. No por esta parte, sino por la que se ha hecho pertinaz enemiga de Dios, indigna de su amistad eterna, yo con su justicia rectísima le condeno a la muerte que tiene merecida y para que ejecutando las maldades que intenta no merezca mayores tormentos en el infierno.

420. Esta maravilla obró el Señor en gloria de su beatísima Madre y en testimonio de haberla hecho Señora de todas las criaturas, con suprema potestad de obrar en ellas como Reina y como Señora, asimilándose en esto a su Hijo santísimo. Y no puedo declarar este misterio mejor que con las palabras del mismo Señor en el capítulo 5 de San Juan Evangelista, donde de sí mismo dice: No puede el Hijo hacer algo que no haga el Padre, pero hace lo mismo, porque el Padre le ama; y si el Padre resucita muertos, el Hijo también resucita a los que quiere, y el Padre cometió al Hijo el juzgar a todos, para que así como honran todos al Padre honren al Hijo, porque nadie puede honrar al Padre sin honrar al Hijo. Y luego añade que le dio esta potestad de juzgar, porque era Hijo del Hombre, que es por su Madre santísima. Sabiendo la similitud que tuvo la divina Madre con su

Hijo —de que muchas veces he hablado— se entenderá la correspondencia o proporción de la Madre con el Hijo, como del Hijo con el Padre, en esta potestad de juzgar. Y aunque María santísima es Madre de Misericordia y clemencia para todos los hijos de Adán que la invocaren, pero junto con esto quiere el Altísimo se conozca tiene potestad plenaria para juzgar a todos y que todos la honren también, como honran a su Hijo y Dios verdadero, que como a Madre verdadera le dio la misma potestad que Él tiene, en el grado y proporción que como a Madre, aunque pura criatura, le pertenece.

421. Con esta potestad mandó la gran Señora al Ángel que fuera a Cesárea [Colonia Prima Flavia Augusta Caesarea {del mar o de la Palestina}], donde estaba Herodes, y le quitase la vida como ministro de la justicia divina. Ejecutó el Ángel la sentencia con presteza, y el Evangelista San Lucas dice (Act 12, 23) que le hirió el Ángel del Señor, y **consumido de gusanos murió el infeliz Herodes temporal y eternamente**. Esta herida fue interior, de donde le resultó la corrupción y gusanos que miserablemente le acabaron. Y del mismo texto consta (Act 12, 19) que, después de haber degollado a Jacobo [Santiago el Mayor] y haber huido San Pedro, bajó Herodes de Jerusalén a Cesárea [del mar o de Palestina], donde compuso algunas diferencias que tenía con los de Tiro y Sidón. Y dentro de pocos días, vestido de la real púrpura y sentado en su trono, hizo un razonamiento al pueblo con grande elocuencia de palabras. El pueblo lisonjero y vano dio voces vitoreándole y aclamándole por Dios, y el torpísimo Herodes, desvanecido y loco, admitió aquella popular adulación. Y en esta ocasión, dice San Lucas (Act 12, 23), que por no haber dado la honra a Dios, sino usurpándola con vana soberbia, le hirió el Ángel del Señor. Y aunque este pecado fue el último que llenó sus maldades, no sólo por él mereció castigo, sino por todos los que antes había cometido persiguiendo a los

Apóstoles y burlándose de Cristo nuestro Salvador, degollando al San Juan Bautista y cometiendo adulterio escandaloso con su cuñada Herodías, y otras innumerables abominaciones.

422. Volvió luego el Santo Ángel a Efeso y dio cuenta a María santísima de la ejecución de su sentencia contra Herodes. Y la piadosa Madre lloró la perdición de aquella alma, pero alabó los juicios del Altísimo y diole gracias por el beneficio que con aquel castigo había hecho a la Iglesia, la cual, como dice luego San Lucas (Act 12, 24), crecía y se aumentaba con la palabra de Dios; y no sólo era esto en Galilea y Judea, donde se removió el impedimento de Herodes, pero al mismo tiempo el Evangelista San Juan con el amparo de la beatísima Madre comenzó a plantar en Efeso la Iglesia evangélica. Era la ciencia del sagrado Evangelista como la plenitud de un querubín y su candido corazón inflamado como un supremo serafín y tenía consigo por madre y maestra a la misma autora de la sabiduría y de la gracia. Con estos ricos privilegios de que gozaba el Evangelista pudo intentar grandes obras y obrar grandes maravillas para fundar la ley de gracia en Efeso y en toda aquella parte de Asia y confines de Europa.

423. En llegando a Efeso comenzó el Evangelista a predicar en la ciudad, bautizando a los que convertía a la fe de Cristo nuestro Salvador y confirmando la predicación con grandes milagros y prodigios nunca vistos entre aquellos gentiles. Y porque de las escuelas de los griegos había muchos filósofos y gente sabia en sus ciencias humanas, aunque llenas de errores, el Sagrado Apóstol les convencía y enseñaba la verdadera ciencia, usando no sólo de milagros y señales, sino de razones con que hacía más creíble la fe cristiana. A todos los convertidos remitía luego a María santísima y ella catequizaba a muchos y, como conocía los interiores e

inclinaciones de todos, hablaba al corazón de cada uno y le llenaba de los influjos de la luz divina. Hacía prodigios y muchos milagros y beneficios curando endemoniados y de todas las enfermedades, socorriendo a los pobres y necesitados y, trabajando para esto con sus manos, acudía a los enfermos y hospitales y los servía y curaba por sí misma. Y en su casa tenía la piadosísima Reina ropa y vestiduras para los más pobres y necesitados, ayudaba a muchos a la hora de la muerte, y en aquel peligroso trance ganó muchas almas y las encaminó a su Criador sacándolas de la tiranía del demonio. Y fueron tantas las que trajo al camino de la verdad y vida eterna y las obras milagrosas que a este fin hizo, que en muchos libros no se podrían escribir, porque ningún día se pasaba en que no acrecentase la hacienda del Señor con abundantes y copiosos frutos de las almas que le adquiría.

424. Con los aumentos que la primitiva Iglesia iba recibiendo cada día por la santidad, solicitud y obras de la gran Reina del cielo, estaban los demonios llenos de confusión y furioso despecho. Y aunque se alegraban de la condenación de todas las almas que llevaban a sus tinieblas eternas, con todo eso recibieron gran tormento con la muerte de Herodes, porque de su obstinación no esperaban enmienda en tan feos y abominables pecados y por esto le tenían por instrumento poderoso contra los seguidores de Cristo nuestro bien. Dio permiso la divina Providencia para que Lucifer y estos dragones infernales se levantasen del profundo del infierno, donde los derribó María santísima de Jerusalén, como dije en el capítulo pasado (Cf. supra p. I n. 406). Y después de haber gastado el tiempo que allí estuvieron en arbitrar y prevenir tentaciones para oponerse a la invencible Reina de los Ángeles, determinó Lucifer querellarse ante el Señor, al modo que lo hizo el Santo Job (Job 1, 9), aunque con mayor indignación, contra María santísima. Y con

este pensamiento para salir del profundo habló con sus ministros y les dijo:

425. Si no vencemos a esta Mujer nuestra enemiga, temo que sin duda destruirá todo mi imperio, porque todos conocemos en ella una virtud más que humana que nos aniquila y oprime cuando ella quiere y como quiere, y hasta ahora no se ha hallado camino para derribarla ni resistirla. Esto es lo que se me hace intolerable, porque si fuera Dios, que se dio por ofendido de mis altos pensamientos y contradicción y tiene poder infinito para aniquilarnos, no me causara tanta confusión cuando me venciera por sí mismo; pero esta Mujer, aunque sea Madre del Verbo humanado, no es Dios, sino pura criatura y de baja naturaleza; no sufriré más que me trate con tanto imperio y que me arruine cuando a ella se le antoja. Vamos todos a destruirla y querrelémonos al Omnipotente, como lo tenemos pensado.—Hizo el Dragón esta diligencia y alegó de su falso derecho ante el Señor. Pero advierto que no se presentan estos enemigos ante el Señor por visión que tengan de su divinidad, que ésta no la pueden alcanzar, mas como tienen ciencia del ser de Dios y fe de los misterios sobrenaturales, aunque corta y forzada, por medio de estas noticias se les concede que hablen con Dios, cuando se dice que están en su presencia y se querellan, o tienen algún coloquio con el Señor.

426. Dio permiso el Omnipotente a Lucifer para que saliese a pelear y hacer guerra a María santísima; pero las condiciones que pedía eran injustas y así se le negaron muchas. Y a cada uno les concedió la divina Sabiduría las armas que convenía, para que la victoria de su Madre fuese gloriosa y quebrantase la cabeza de la antigua y venenosa serpiente. Fue misteriosa esta batalla y su triunfo, como veremos en los capítulos siguientes y se contiene en el 12 del Apocalipsis, con otros misterios de

que hablé en la primera parte de esta Historia (Cf. supra n. 1 n. 94ss.), declarando aquel capítulo. Y sólo advierto ahora que la providencia del Altísimo ordenó todo esto no sólo para la mayor gloria de su Madre santísima y exaltación del poder y sabiduría divina, sino también tener justo motivo de aliviar a la Iglesia de las persecuciones que contra ella fabricaban los demonios y para obligarse la bondad infinita con equidad a derramar en la misma Iglesia los beneficios y favores que le granjeaban estas victorias de María santísima, las que sola ella podía alcanzar y no otras almas. A este modo obra siempre el Señor en su Iglesia, disponiendo y armando algunas almas escogidas, para que en ellas estrene su ira el Dragón, como en miembros y partes de la Santa Iglesia y, si le vencen con la divina gracia, redundan estas victorias en beneficio de todo el cuerpo místico de los fieles y pierde el enemigo el derecho y fuerzas que tenía contra ellos.

Doctrina que me dio la Reina de los Ángeles María santísima.

427. Hija mía, cuando en este discurso que escribes de mi vida te repita muchas veces el estado lamentable del mundo y el de la Santa Iglesia en que vives y el maternal deseo de que me sigas y me imites, entiende, carísima, que tengo grande razón para obligarte a que te laments conmigo y llores tú ahora lo que yo lloraba cuando vivía vida mortal, y en estos siglos me afligiera si tuviera estado de padecer dolor. Asegúrote, alma, que alcanzarás tiempos que debas llorar con lágrimas de sangre las calamidades de los hijos de Adán; y porque de una vez no puedes enteramente conocerlas, renuevo en ti esta noticia de lo que miro desde el cielo en todo el orbe y entre los profesores de la santa fe. Vuelve, pues, los ojos a todos y mira la mayor parte de los hijos de Adán en las tinieblas y errores de la infidelidad, en que corren

a la condenación eterna. Mira también a los hijos de la fe y de la Iglesia, cuán descuidados y olvidados viven de este daño, sin haber a quien le duela; porque, como desprecian la propia salvación, no atienden a la ajena y, como está en ellos muerta la fe y falta el amor divino, no les duele que se pierdan las almas que fueron criadas por el mismo Dios y redimidas con la sangre del Verbo humanado.

428. Todos son hijos de un Padre que está en los cielos, y obligación es de cada uno cuidar de su hermano en la forma que le puede socorrer. Y esta deuda toca más a los hijos de la Iglesia, que con oraciones y peticiones pueden hacerlo. Pero este cargo es mayor en los poderosos y en los que por medio de la misma fe cristiana se alimentan y se hallan más beneficiados de la liberal mano del Señor. Estos, que por la ley de Cristo gozan de tantas comodidades temporales y todas las convierten en obsequio y deleites de la carne, son los que como poderosos serán poderosamente atormentados (Sab 6, 7). Si los pastores y superiores de la casa del Señor sólo cuidan de vivir con regalo y sin que les toque el trabajo verdadero, por su cuenta ponen la ruina del rebaño de Cristo y el estrago que en él hacen los lobos infernales. ¡Oh, hija mía, en qué lamentable estado han puesto al pueblo cristiano los poderosos, los pastores, los malos ministros que Dios les ha dado por sus secretos juicios! ¡Oh, qué castigo y confusión les espera! En el tribunal del justo Juez, no tendrán excusa, pues la verdad católica que profesan los desengaña, la conciencia los reprende, y a todo se hacen sordos.

429. La causa de Dios y de su honra está sola y sin dueño; su hacienda, que son las almas, sin alimento verdadero; todos casi tratan de su interés y conservación, cada cual con su diabólica astucia y razón de estado; la verdad oscurecida y oprimida, la lisonja levantada, la

codicia desenfrenada, la sangre de Cristo hollada, el fruto de la Redención despreciado; y nadie quiere aventurar su comodidad o interés para que no se le pierda al Señor lo que le costó su pasión y vida. Hasta los amigos de Dios tienen sus defectos en esta causa, porque no usan de la caridad y libertad santa con el celo que deben, y los más se dejan vencer de su cobardía, o se contentan con trabajar para sí solos y desamparan la causa común de las otras almas. Con esto, hija mía, entenderás que habiendo plantado mi Hijo santísimo la Iglesia evangélica por sus manos, habiéndola fertilizado con su misma sangre, han llegado en ella los infelices tiempos de que se querelló el mismo Señor por sus profetas; pues el residuo de la oruga comió la langosta y el residuo de la langosta comió el pulgón y el residuo de éste consumió el herrumbre o aneblado (Joel 1, 4); y para coger el fruto de su viña, anda el Señor como el que pasada la vendimia busca algún racimo que se ha quedado, o alguna oliva que no haya sacudido o llevado el demonio (Is 24, 13).

430. Dime ahora, hija mía, ¿cómo será posible que si tienes amor verdadero a mi Hijo santísimo y a mí recibas consuelo, descanso ni sosiego en tu corazón a la vista de tan lamentable daño de las almas que redimió con su sangre, y yo con la de mis lágrimas, pues muchas veces han sido de sangre por granjeárselas? Hoy, si pudiera derramarlas, lo hiciera con nuevo llanto y compasión, y porque no me es posible llorar ahora los peligros de la Iglesia, quiero que tú lo hagas y que no admitas consolación humana en un siglo tan calamitoso y digno de ser lamentado. Lloro, pues, amargamente y no pierdas el premio de este dolor, y sea tan vivo que no admitas otro alivio más de afligirte por el Señor a quien amas. Advierte lo que yo hice por remediar la condenación de Herodes y para excusarla a los que de mi intercesión se quisieren valer; y en la vista beatífica son mis ruegos

continuos por la salvación de mis devotos. No te acobarden los trabajos y tribulaciones que te enviare mi Hijo santísimo, para que ayudes a tus hermanos y le adquieras su propia hacienda; y entre las injurias que le hacen los hijos de Adán, trabaja tú para recompensarlas en algo con la pureza de tu alma, que quiero sea más de ángel que de mujer terrena. Pelea las guerras del Señor contra sus enemigos y en su nombre y mío quebrántales su cabeza, impera contra su soberbia y arrójalos al profundo; y aconseja a los ministros de Cristo que hablares hagan esto mismo con la potestad que tienen y con viva fe para defender a las almas y en ellas la honra y gloria del Señor, que así los oprimirán y vencerán en la virtud divina.

CAPITULO 4

Destruye María santísima el templo de Diana en Efeso; llévanla sus Ángeles al cielo empíreo, donde el Señor la prepara para entrar en batalla con el dragón infernal y vencerle; comienza este duelo por tentaciones de soberbia.

431. Muy celebrada es en todas las historias la ciudad de Efeso, puesta en los fines occidentales del Asia [hoy Turquía], por muchas cosas grandes que en los pasados siglos la hicieron tan ilustre y famosa en todo el orbe; pero su mayor excelencia y grandeza fue haber recibido y hospedado en sí a la suprema Reina de cielo y tierra por algunos meses, como adelante se dirá. Este gran privilegio la hizo muy dichosa; que las demás excelencias verdaderamente la hicieron infeliz e infame hasta aquel tiempo, por haber tenido en ella su trono tan de asiento el príncipe de las tinieblas. Pero como nuestra gran Señora y Madre de la gracia se halló en esta ciudad hospedada, y obligada de sus moradores, que liberalmente la recibieron y ofrecieron algunos dones,

era consiguiente en su ardentísima caridad que, guardando el orden nobilísimo de esta virtud, les pagase el hospedaje con mayores beneficios, como a más vecinos y bienhechores que los extraños; y si con todos era liberalísima, con los de Efeso había de serlo con mayores demostraciones y favores. Moviola su gratitud propia a esta consideración, juzgándose deudora de beneficiar a toda aquella república. Hizo particular oración por ella, pidiendo fervorosamente a su Hijo santísimo que sobre sus moradores derramase su bendición y como piadoso Padre los ilustrase y redujese a su verdadera fe y conocimiento.

432. Tuvo por respuesta del Señor que, como Señora y Reina de la Iglesia y de todo el mundo, podía obrar con potestad todo lo que fuese su voluntad, pero que advirtiese el impedimento que tenía aquella ciudad para recibir los dones de la misericordia divina, porque con las antiguas y presentes abominaciones de los pecados que cometían habían puesto candados a las puertas de la clemencia y merecían el rigor de la justicia, que ya se hubiera ejecutado en ellos si no tuviera determinado el Señor que viniera a vivir en aquella ciudad la misma Reina, cuando las maldades de sus habitantes habían llegado a su colmó para merecer el castigo que por ella estaba suspendido. Junto con esta respuesta conoció María santísima que la divina Justicia la pedía como permiso y consentimiento para destruir aquella idólatra gente de Efeso y sus confines. Con este conocimiento y respuesta se afligió mucho el corazón piadoso de la dulcísima Madre, pero no se acobardó su casi inmensa caridad y multiplicando peticiones replicó al Señor y le dijo:

433. Rey altísimo, justo y misericordioso, bien sé que el rigor de Vuestra justicia se ejecuta cuando no tiene lugar la misericordia, y para esto os basta cualquiera motivo

que halléis en Vuestra sabiduría, aunque de parte de los pecadores sea pequeño. Mirad ahora, Señor mío, el haberme admitido esta ciudad para vivir en ella por Vuestra voluntad y que sus moradores me han socorrido y ofrecido sus haciendas a mí y a Vuestro siervo Juan. Templad, Dios mío, Vuestro rigor y conviértase contra mí, que yo padeceré por el remedio de estos miserables. Y vos, Todopoderoso, que tenéis bondad y misericordia infinita para vencer con el bien el mal, podéis quitar el óbice para que se aprovechen de Vuestros beneficios y para que no vean mis ojos perecer tantas almas que son obras de Vuestras manos y precio de Vuestra sangre.— Respondió a esta petición y dijo: Madre mía y paloma mía, quiero que expresamente conozcáis la causa de mi justa indignación y cuán merecida la tienen estos hombres por quien me rogáis. Atended, pues, y lo veréis.—Y luego por visión clarísima se le manifestó a la Reina todo lo siguiente:

434. Conoció que, muchos siglos antes de la Encarnación del Verbo en su virginal tálamo, entre los muchos conciliábulos que Lucifer había hecho para destruir a los hombres hizo uno en que habló a sus demonios y les dijo: De las noticias que tuve en el cielo en mi primer estado y de las profecías que Dios ha revelado a los hombres y de los favores que con muchos amigos suyos ha manifestado, he podido conocer que el mismo Dios se ha de obligar mucho de que los hombres de uno y otro sexo se abstengan en los tiempos futuros de muchos vicios que yo deseo conservar en el mundo, en particular de los deleites carnales y de la hacienda y su codicia y que en ésta renuncien aun lo que les fuera lícito. Y para que lo hagan contra mi deseo les dará muchos auxilios, con que de voluntad sean castos y pobres y sujetando la propia suya voluntad a la de otros hombres. Y si con estas virtudes nos vencen, merecerán grandes premios y favores de Dios, como lo he rastreado

en algunos que han sido castos, pobres y obedientes; y mis intentos se frustran mucho por estos medios, si no tratamos de remediar este daño y recompensarlo por todos los caminos posibles a nuestra astucia. Considero también que sí el Verbo divino toma carne humana, como lo hemos entendido, será muy casto y puro y también enseñará a muchos que lo sean, no sólo varones, sino mujeres, que aunque son más flacas suelen ser más tenaces; y esto sería para mi de mayor tormento, si ellas me venciesen habiendo yo derribado antes a la primera mujer. Sobre todo esto prometen mucho las Escrituras de los antiguos de los favores que gozarán los hombres con el Verbo humanado en la misma naturaleza, a quien es cierto ha de levantar y enriquecer con su potencia.

435. Para oponerme a todo esto —prosiguió Lucifer— quiero vuestro consejo y diligencia y que tratemos desde luego impedir a los hombres que no consigan tantos bienes.—Tan de lejos como esto viene el odio y arbitrios del infierno contra la perfección evangélica que profesan las sagradas religiones. Consultóse largamente este punto entre los demonios y de la consulta salió por acuerdo que gran multitud de demonios quedasen prevenidos y por cabezas de las legiones que habían de tentar a los que tratasen de vivir en castidad, pobreza y obediencia; que desde luego, para irrisión de la castidad especialmente, ordenasen ellos un género de vírgenes aparentes y mentirosas o hipócritas y fingidas, que con este falso título se consagrasen al obsequio de Lucifer y todos sus demonios. Con este medio diabólico pensaron los enemigos que no sólo llevarían para sí a estas almas con mayor triunfo, sino también deslucirían la vida religiosa y casta que presumían enseñaría el Verbo humanado y su Madre en el mundo. Y para que más prevaleciese en él esta falsa religión que intentaba el infierno, determinaron fundarla con abundancia de todo lo temporal y delicioso a la naturaleza, como fuese

ocultamente, porque en secreto consentirían que se viviese licenciosamente debajo del nombre de la castidad dedicada a los dioses falsos.

436. Pero luego se les ofreció otra duda, si esta religión había de ser de varones o mujeres. Algunos demonios querían que fuesen todos varones, porque serían más constantes y perpetua aquella falsa religión; a otros les parecía que los hombres no eran tan fáciles de engañar como las mujeres, que discurren con más fuerza de razón y podían conocer antes el error, y las mujeres no tenían tanto riesgo en esto, porque son de flaco juicio, fáciles en creer y vehementes en lo que aman y aprenden y más a propósito para mantenerse en aquel engaño. Este parecer prevaleció y le aprobó Lucifer, aunque no excluyó del todo a los hombres, porque algunos hallarían que abrazasen aquellas falacias por el crédito que ganarían, y más si les ayudaban a sus ficciones y embustes para no caer de la vana estimación de los otros hombres, que con ellos el mismo Lucifer les ganaría con su astucia para conservar mucho tiempo en hipocresías y ficciones a los que se sujetasen a su servicio.

437. Con este infernal consejo determinaron los demonios hacer una religión o congregación de vírgenes fingidas y mentirosas; porque el mismo Lucifer dijo a los demonios: Aunque será para mí de mucho agrado tener vírgenes consagradas y dedicadas a mi culto y reverencia, como las quiere tener Dios, pero oféndeme tanto la castidad y pureza del cuerpo en esta virtud, que no la podré sufrir aunque sea dedicada a mi grandeza, y así hemos de procurar que estas vírgenes sean el objeto de nuestras torpezas. Y si alguna quisiere ser casta en el cuerpo, la llenaremos de inmundos pensamientos y deseos en el interior, de suerte que con verdad ninguna sea casta, aunque por su vana soberbia quiera contenerse, y como sea inmunda en los pensamientos,

procuraremos conservarla en la vanagloria de su virginidad.

438. Para dar principio a esta falsa religión discurrieron los demonios por todas las naciones del orbe y les pareció que unas mujeres llamadas amazonas eran más a propósito para ejecutar en ellas su diabólico pensamiento. Estas amazonas habían bajado de la Scitia al Asia Menor [Anatolia – Turquía] donde vivían. Eran belicosas, excediendo con la arrogancia y soberbia a la fragilidad del sexo. Por fuerza de armas se habían apoderado de grandes provincias, especialmente hicieron su corte en Efeso y mucho tiempo se gobernaron por sí mismas, dedignándose de sujetarse a los varones y vivir en su compañía, que ellas con presuntuosa soberbia llamaban esclavitud o servidumbre. Y porque de estas materias hablan mucho las historias, aunque con grande variedad, no me detengo en tratar de ellas. Basta para mi intento decir que, como estas amazonas eran soberbias, ambiciosas de honra vana y aborrecían a los hombres, halló Lucifer en ellas buena disposición para engañarlas con el falso pretexto de la castidad. Púsoles en la cabeza a muchas de ellas que por este medio serían muy celebradas y veneradas del mundo y se harían famosas y admirables con los hombres, y alguna podía llegar hasta alcanzar la dignidad y veneración de diosa. Con la desmedida ambición de esta honra mundana se juntaron muchas amazonas, doncellas verdaderas y mentirosas, y dieron principio a la falsa religión de vírgenes, viviendo en congregación en la ciudad de Efeso, donde tuvo su origen.

439. En breve tiempo creció mucho el número de estas vírgenes más que necias, con admiración y aplauso del mundo, solicitándolo todo los demonios. Entre éstas hubo una más celebrada y señalada en la hermosura y nobleza, entendimiento, castidad y otras gracias, que la

hicieron más famosa y admirable, y se llamaba Diana. Y por la veneración en que estaba y la multitud de compañeras que tenía, se dio principio al memorable templo de Efeso, que el mundo tuvo por una de sus maravillas. Y aunque este templo se tardó a edificar muchos siglos, pero como Diana granjeó con la ciega gentilidad el nombre y veneración de diosa, se le dedicó a ella esta rica y suntuosa fábrica, que se llamó templo de Diana, a cuya imitación se fabricaron otros muchos en diversas partes debajo del mismo título. Para celebrar el demonio a esta falsa virgen Diana cuando vivía en Efeso, la comunicaba y llenaba de ilusiones diabólicas, y muchas veces la vestía de falsos resplandores y le manifestaba secretos que pronosticase, y le enseñó algunas ceremonias y cultos semejantes a los que el pueblo de Dios usaba, para que con estos ritos ella y todos venerasen al demonio. Y las demás vírgenes la veneraban a ella como a diosa, y lo mismo hicieron los demás gentiles, tan pródigos como ciegos en dar divinidad a todo lo que se les hacía admirable.

440. Con este diabólico engaño, cuando vencidas las amazonas entraron los reinos vecinos a gobernar a Efeso, conservaron este templo como cosa divina y sagrada, continuándose en ella aquel colegio de vírgenes locas. Y aunque un hombre ordinario quemó este templo, le volvió a reedificar la ciudad y el reino, y para ello contribuyeron mucho las mujeres. Y esto sería trescientos años antes de la Redención del linaje humano poco más o menos. Y así cuando María santísima estaba en Efeso no era el primer templo el que perseveraba, sino el segundo, reedificado en el tiempo que digo, y en él vivían estas vírgenes en diferentes repartimientos. Pero como en el tiempo de la Encarnación y muerte de Cristo estaba la idolatría tan asentada en el mundo, no sólo no habían mejorado en costumbres aquellas diabólicas mujeres, sino que habían empeorado y casi todas trataban con los demonios

abominablemente. Y junto con esto cometían otros feísimos pecados y engañaban al mundo con embustes y profecías, con que Lucifer los tenía dementados a unos y a otros.

441. Todo esto y mucho más vio María santísima cerca de sí en Efeso, con tan vivo dolor de su castísimo corazón, que le fuera mortal herida si el mismo Señor no la conservara. Pero habiendo visto que Lucifer tenía como por asiento y cátedra de maldad al ídolo de Diana, se postró en tierra ante su Hijo santísimo y le dijo: Señor y Dios altísimo, digno de toda reverencia y alabanza; estas abominaciones que por tantos siglos han perseverado razón es que tengan término y remedio. No puede sufrir mi corazón que se dé a una infeliz y abominable mujer el culto de la verdadera divinidad, que Vos sólo como Dios infinito merecéis, ni tampoco que el nombre de la castidad esté tan profanado y dedicado a los demonios. Vuestra dignación infinita me hizo guía y madre de las vírgenes, como parte nobilísima de Vuestra Iglesia y fruto más estimable de Vuestra Redención y a Vos muy agradable. El título de la castidad ha de quedar consagrado a Vos en las almas que fueren hijas mías. Querellóme de Lucifer y del infierno, por el atrevimiento de haber usurpado injustamente este derecho. Pido, Hijo mío, que le castigéis con la pena de rescatar de su tiranía estas almas y que salgan todas de su esclavitud a la libertad de la fe y luz verdadera.

442. El Señor la respondió: Madre mía, yo admito vuestra petición, porque es justo no se dedique a mis enemigos la virtud de la castidad, aunque sea sólo en el nombre, que se halla tan ennoblecida en vos y para mí es tan agradable. Pero muchas de estas falsas vírgenes son prescitas [Dios quiere que todos se salven y a todos da gracia suficiente, pero el hombre tiene libre albedrío y muchos se condenen por su propia culpa] por sus

abominaciones y pertinacia y no se reducirán todas al camino de la salvación eterna. Algunas pocas admitirán de corazón la fe que se les enseñare.—En esta ocasión llegó San Juan Evangelista al oratorio de María santísima, aunque no conoció entonces el misterio en que se ocupaba la gran Señora del cielo ni la presencia de su Hijo nuestro Señor. Pero la verdadera Madre de los humildes quiso juntar las peticiones propias con las del amado discípulo y ocultamente pidió licencia al Señor para hablarle y le dijo de esta manera: Juan, hijo mío, lastimado está mi corazón por haber conocido los grandes pecados que se cometen contra el Altísimo en este templo de Diana y desea mi alma que tengan ya término y remedio.—El Santo Apóstol respondió: Señora mía, yo he visto algo de lo que pasa en este abominable lugar y no puedo contenerme en dolor y lágrimas de ver que el demonio sea venerado en él con el culto que se debe a solo Dios; y nadie puede atajar tantos males, si vos, Madre mía, no lo toméis por vuestra cuenta.

443. Ordenó María santísima al Apóstol que la acompañase en la oración pidiendo al Señor remediase aquel daño, y San Juan Evangelista se fue a su retiro, quedando la Reina en el suyo con Cristo nuestro Salvador, y postrada de nuevo en tierra en presencia del Señor, derramando copiosas lágrimas, volvió a su oración y peticiones. Perseveró en ella con ardentísimo fervor y casi agonizando de dolor, e inclinando a su Hijo santísimo para que la confortase y consolase, respondió a sus peticiones y deseos, diciendo: Madre y paloma mía, hágase lo que pedís sin dilación, ordenad y mandad, como Señora y poderosa, todo lo que vuestro corazón desea.—Con este beneplácito se inflamó el afecto de María santísima en el celo de la honra de la divinidad, y con imperio de Reina mandó a todos los demonios que estaban en el templo de Diana descendiesen luego al profundo y desamparasen aquel lugar que por tantos

años habían poseído. Eran muchas legiones las que allí estaban engañando al mundo con supersticiones y profanando aquellas almas, pero en un brevísimo movimiento de los ojos cayeron todos en el infierno con la fuerza de las palabras de María santísima; y fue de manera el terror con que los quebrantó, que en moviendo sus virginales labios para la primera palabra no aguardaron a oír la segunda, porque ya estaban entonces en el infierno, pareciéndoles tarda su natural presteza para alejarse de la Madre del Omnipotente.

444. No pudieron despegarse de las profundas cavernas hasta que se les dio permiso, como diré luego, para salir con el dragón grande a la batalla que tuvieron con la Reina del cielo, antes en el infierno buscaban los puestos más lejos de donde ella estaba en la tierra. Mas advierto que con estos triunfos de tal manera venció María santísima al demonio, que no podía volver al mismo puesto o jurisdicción de que le desposeía; pero como esta hidra infernal era y es tan venenosa, aunque le cortaba una cabeza le renacían otras, porque volvía a sus maldades con nuevos ingenios y arbitrios contra Dios y su Iglesia. Pero continuando esta victoria la gran Señora del mundo, con el mismo consentimiento de Cristo nuestro Salvador, mandó luego a uno de sus Santos Ángeles fuese al templo de Diana y que le arruinase todo sin dejar en él piedra sobre piedra y que salvase a solas nueve mujeres señaladas de las que allí vivían y todas las demás quedasen muertas y sepultadas en la ruina del edificio, porque eran precitas [hay predestinación a la gloria pero no hay predestinación antecedente y previa al infierno] y sus almas bajarían con los demonios, a quienes adoraban y obedecían, y serían sepultadas en el infierno antes que cometiesen más pecados.

445. El Ángel del Señor ejecutó el mandato de su Reina y Señora y en un brevísimo espacio derribó el famoso y

rico templo de Diana que en muchos siglos se había edificado, y con asombro y espanto de los moradores de Efeso pareció luego destruido y arruinado. Y reservó a las nueve mujeres que le señaló María santísima, como ella se las había señalado y Cristo nuestro Señor dispuesto, porque éstas solas se convirtieron a la fe, como después diré (Cf. infra n. 461). Todas las demás perecieron en la ruina, sin quedar memoria de ellas. Y aunque los ciudadanos de Efeso hicieron inquisición del delincuente, nada pudieron rastrear en esta destrucción, como la descubrieron en el incendio del primer templo, que por ambición de la fama se manifestó el malhechor. Pero de este suceso tomó el Evangelista San Juan motivo para predicar con más esfuerzo la verdad divina y sacar a los efesinos del engaño y error en que los tenía el demonio. Luego el mismo Evangelista con la Reina del cielo dieron gracias y alabanzas al Muy Alto por este triunfo que habían ganado de Lucifer y de la idolatría.

446. Pero es necesario advertir aquí, no se equivoque el que esto leyere con lo que se refiere en el capítulo 19 de los Hechos apostólicos (Act 19, 24ss.) del templo de Diana que supone San Lucas había en Efeso, cuando San Pablo fue después de algunos años a predicar en aquella ciudad. Cuenta el Evangelista que un grande artífice de Efeso llamado Demetrio, que fabricaba imágenes de plata de la diosa Diana, conspiró a otros oficiales de su arte contra San Pablo, porque en toda Asia predicaba que no eran dioses los que eran fabricados con manos de hombres. Y con esta nueva doctrina persuadió Demetrio a sus compañeros que San Pablo no sólo les quitaría la ganancia de su arte, sino que vendría en gran vilipendio el templo de la gran Diana, tan venerado en el Asia y en todo el orbe. Con esta conspiración se turbaron los artífices, y ellos a toda la ciudad, dando voces y diciendo: Grande es la Diana de los efesinos; y sucedió lo demás

que San Lucas prosigue en aquel capítulo. Y para que se entienda no contradice a lo que dejo escrito (Cf. supra n. 445), añado que este templo, de quien habla San Lucas, fue otro menos suntuoso y más ordinario que volvieron a reedificar los efesinos después que María santísima se volvió a Jerusalén; y cuando llegó San Pablo a predicar estaba ya reedificado. Y de lo que el texto de San Lucas refiere se colige cuán entrañada estaba la idolatría y falso culto de Diana en los efesinos y en toda el Asia, así por los muchos siglos que los pasados habían vivido en aquel error, como porque la ciudad se había hecho ilustre y tan famosa en el mundo con esta veneración y templos de Diana. Y llevados los moradores de estos engaños y vanidad, les parecía no poder vivir sin su diosa y sin hacerle templos en la ciudad, como cabeza y origen de esta superstición que los demás reinos con emulación habían imitado. Tanto pudo la ignorancia de la divinidad verdadera en los gentiles, que fueron menester muchos Apóstoles y muchos años para dársela a conocer y arrancar la cizaña de la idolatría, y más entre los romanos y griegos, que se reputaban por los más sabios y políticos entre todas las naciones del mundo.

447. Destruído el templo de Diana, quedó María santísima con mayores deseos de trabajar por la exaltación del nombre de Cristo y la amplificación de la Santa Iglesia para que se lograra el triunfo que de los enemigos había ganado. Multiplicando para esto las oraciones y peticiones, sucedió un día que los Santos Ángeles, manifestándosele en forma visible, la dijeron: Reina y Señora nuestra, el gran Dios de los ejércitos celestiales manda que os llevemos a su cielo y trono real, a donde os llama.—Respondió María santísima: Aquí está la esclava del Señor, hágase en mí su voluntad santísima.— Y luego los Ángeles la recibieron en un trono de luz, como otras veces he dicho (Cf. supra n. 399), y la llevaron al cielo empíreo a la presencia de la santísima

Trinidad. No se le manifestó en esta ocasión por visión intuitiva, sino con abstractiva. Postróse ante el soberano trono, adoró al ser inmutable de Dios con profunda humildad y reverencia. Luego el Eterno Padre la habló y dijo: Hija mía y paloma mansísima, tus inflamados deseos y clamores por la exaltación de mi santo nombre han llegado a mis oídos, y tus ruegos por la Iglesia son aceptables a mis ojos y me obligan a usar de misericordia y clemencia; y en retorno de tu amor quiero de nuevo darte mi potestad para que con ella defiendas mi honor y gloria y triunfes de mis enemigos y de su antigua soberbia, los humilles y huellas su cerviz, y con tus victorias ampires a mi Iglesia y adquieras nuevos beneficios y dones para sus hijos fieles y tus hermanos.

448. Respondió María santísima: Aquí está, Señor, la menor de las criaturas, aparejado el corazón para todo lo que fuere de Vuestro beneplácito, por la exaltación de Vuestro nombre y para Vuestra mayor gloria; hágase en mí Vuestra divina voluntad.—Añadió el Eterno Padre y dijo: Entiendan todos mis cortesanos del cielo que yo nombro a María por capitana y caudillo de todos mis ejércitos y vencedora de todos mis enemigos, para que triunfe de ellos gloriosamente.—Confirmaron esto mismo las dos personas divinas, el Hijo y el Espíritu Santo, y todos los bienaventurados con los Ángeles respondieron: Vuestra voluntad santa se haga, Señor, en los cielos y en la tierra.—Luego mandó el Señor a los dieciocho más supremos serafines que por su orden adornasen, preparasen y armasen a su Reina para la batalla contra el infernal dragón y cumpliósese en esta ocasión misteriosamente lo que está escrito en el libro de la Sabiduría (Sab 5, 18): El Señor armará a la criatura para venganza de sus enemigos, y lo demás que allí se dice. Porque salieron primero los seis serafines y adornaron a María santísima con un género de lumen como un impenetrable arnés, que manifestaba a los

santos la santidad y justicia de su Reina, tan invencible e impenetrable para los demonios, que se asimilaba sólo a la fortaleza del mismo Dios por un modo inefable. Y por esta maravilla dieron gracias al Omnipotente aquellos serafines y los otros santos.

449. Salieron luego otros seis de los doce serafines y obedeciendo el mandato del Señor dieron otra nueva iluminación a la gran Reina. Esto fue como un linaje de resplandor de la divinidad que le pusieron en su virginal rostro, con el cual no podían los demonios mirar a él. Y en virtud de este beneficio, aunque llegaron los enemigos a tentarla, como veremos (CF. infra n. 470), no pudieron jamás mirar a su cara tan divinizada, ni quiso consentirlo el Señor con este gran favor. Tras de éstos salieron los otros seis y últimos serafines, mandándoles el Señor que diesen armas ofensivas a la que tenía por su cuenta la defensa de la divinidad y de su honra. En cumplimiento de este orden pusieron los Ángeles en todas las potencias de María santísima otras nuevas cualidades y virtud divina que correspondía a todos los dones de que el Altísimo la había adornado. Y con este beneficio se le concedió potestad a la gran Señora para que a su voluntad pudiese impedir, detener y atajar hasta los más íntimos pensamientos y conatos de todos los demonios, porque todos quedaron sujetos a la voluntad y orden de María santísima para no poder contravenir a lo que ella mandase, y de esta potestad usa muchas veces en beneficio de los fieles y devotos suyos. Todo este adorno, y lo que significaba, confirmaron las tres divinas personas, singularmente cada una, declarando la participación que se le daba de los divinos atributos que a cada una se le apropiaban, para que con ellos volviese a la Iglesia y en ella triunfase de los enemigos del Señor.

450. Dieron su bendición las tres divinas personas a María santísima para despedirla, y la gran Señora las

adoró con altísima reverencia. Y con esto la volvieron los Ángeles a su oratorio admirados de las obras del Altísimo. Y decían: ¿Quién es ésta que tan deificada, próspera y rica descende al mundo de lo supremo de los cielos para defender la gloria de su nombre? ¡Qué adornada, qué hermosa viene para pelear las batallas del Señor! Oh Reina y Señora eminentísima, caminad y atended prósperamente con vuestra belleza, proceded y reinad (Sal 44, 5) sobre todas las criaturas, y todas le magnifiquen y alaben; porque tan liberal y poderoso se manifiesta en vuestros beneficios y favores. Santo, Santo, Santo es el Dios de Sabaot, de los ejércitos celestiales, y en Vos le bendecirán todas las generaciones de los hombres.—En llegando al oratorio se postró María santísima y dio humildes gracias al Omnipotente, pegada con el polvo, como solía en estos beneficios (Cf. supra n. 4, 317, 400).

451. Estuvo la prudentísima Madre confiriéndolos consigo misma por algún espacio de tiempo y previniéndose para el conflicto que la esperaba con los demonios. Y estando en esta consideración vio que salía sobre la tierra, como de lo profundo, un Dragón rojo y espantoso con siete cabezas, despidiendo por cada una humo y fuego con extremada indignación y furor, siguiéndole otros muchos demonios en la misma forma. Y fue tan horrible esta visión, que ningún otro viviente la pudiera tolerar sin perder la vida, y fue necesario que María santísima estuviera prevenida y fuera tan invencible para admitir la batalla con aquellas cruentísimas bestias infernales. Encamináronse todos a donde estaba la gran Reina y con furiosa indignación y bramidos iban amenazándola y decían: Vamos, vamos a destruir a esta enemiga nuestra, licencia tenemos del Todopoderoso para tentarla y hacerla guerra, acabemos esta vez con ella y vengamos los agravios que siempre nos ha hecho y el habernos arrojado del templo de

nuestra Diana dejándolo destruido. Destruyámosla también a ella; mujer es y pura criatura, y nosotros somos espíritus sabios, astutos y poderosos; no hay que temer en criatura terrena.

452. Presentóse ante la invencible Reina todo aquel ejército de dragones infernales con su caudillo Lucifer, provocándola para la batalla. Y como el mayor veneno de esta serpiente es la soberbia, por donde introduce de ordinario otros vicios con que derriba innumerables almas, parecióle comenzar por este vicio, coloreándole conforme al estado de santidad con que imaginaba a María santísima. Para esto se transformaron el dragón y sus ministros en ángeles de luz y en esta forma se le manifestaron, pensando que no los había visto y conocido en la de demonios y dragones que les era propia y legítima. Comenzaron con alabanzas y adulaciones, diciendo: Poderosa eres, María, grande y valerosa entre las mujeres, y todo el mundo te honra y te celebra por las grandiosas virtudes que en ti conoce y por las prodigiosas maravillas que obras y ejecutas con ellas; digna eres de esta gloria, pues nadie se te iguala en santidad; nosotros lo conocemos más que todos y por eso lo confesamos y te cantamos la gala de tus hazañas.—Al mismo tiempo que Lucifer decía estas fingidas verdades, procuraba arrojar a la imaginación de la humilde Reina fieros pensamientos de soberbia y presunción. Pero en vez de inclinarla o moverla con alguna delectación o consentimiento, fueron vivas flechas de dolor que pasaron su candidísimo y verdadero corazón. No le fueran tan sensibles todos los tormentos de los mártires como estas diabólicas adulaciones. Y para confundirlas hizo también actos de humildad, aniquilándose y deshaciéndose por un modo tan admirable y poderoso, que no pudo sufrirlo el infierno ni detenerse más en su presencia, porque ordenó el Señor que Lucifer y sus ministros lo conocieran y sintieran. Huyeron todos dando

formidables bramidos y diciendo: Vamos al profundo, que menos nos atormenta aquel lugar confuso que la humildad invencible de esta mujer.—Dejáronla por entonces y la prudentísima Señora dio gracias al Omnipotente por el beneficio de esta primera victoria.

Doctrina que me dio la gran Reina y Señora del cielo.

453. Hija mía, en la soberbia del demonio, cuanto es de su parte, hay un conato que él mismo conoce ser imposible. Esto es, que como sirven y obedecen a Dios los justos y los santos, le obedecieran y sirvieran a él, para ser en esto semejante al mismo Dios. Pero no es posible conseguir este afecto, porque contiene en sí una implicación y repugnancia; pues la esencia de la santidad consiste en ajustarse la criatura a la regla de la divina voluntad amando a Dios sobre todas las cosas debajo de su obediencia, y el pecado consiste en apartarse de esta regla amando otra cosa y obedeciendo al demonio. Pero la honestidad de la virtud es tan conforme a razón, que ni el mismo enemigo lo puede negar. Y por esto quisiera, si fuera posible, derribar los buenos, envidioso y rabioso de no poder servirse de ellos y ansioso de que no consiga Dios la gloria que tiene en los santos y que el mismo demonio no puede conseguir. Por esto se desvela tanto en derribar a sus pies algún cedro del Líbano levantado en santidad, y que bajen a ser esclavos suyos los que han sido siervos del Altísimo, y en esto emplea todo su estudio, sagacidad y desvelo. Y de este mismo conato le nace procurar que se le dediquen algunas virtudes morales, aunque sea sólo en el nombre, como lo hacen los hipócritas y lo hacían las vírgenes de Diana. Con esto le parece que en algún modo entra a la parte en lo que Dios ama y quiere y que le mancha y pervierte la materia de las virtudes, de que el Señor gusta para comunicar en ellas su pureza a las almas.

454. Atiende, hija mía, que son tantos los rodeos, maquinaciones y lazos que arma esta serpiente para derribar a los justos, que sin especial favor del Altísimo no pueden las almas conocerlos, y mucho menos vencerlos, ni escapar de tantas redes y traiciones. Y para alcanzar esta protección del Señor, quiere Su Majestad que la criatura de su parte no se descuide, ni se fíe de sí misma, ni descanse en pedirla y desecharla, porque sin duda por sí sola nada puede y luego perecerá. Pero lo que obliga mucho a la divina clemencia es el fervor del corazón y pronta devoción en las cosas divinas, y sobre todo la perseverante humildad y obediencia, que ayudan a la estabilidad y fortaleza en resistir al enemigo. Y quiero que estés advertida, no para tu desconsuelo, sino para tu cautela y aviso, que son muy raras las buenas obras de los justos en que no derrame esta serpiente alguna parte de su veneno para inficionarlas. Porque de ordinario procura con suma sutileza mover alguna pasión o inclinación terrena, que casi ocultamente arrastra o trabuca en algo la intención de la criatura para que no obre puramente por Dios y por el fin legítimo de la virtud, y con cualquier otro afecto se vicia en todo o en parte. Y como esta cizaña está mezclada con el trigo, es dificultoso conocerla en los principios, si las almas no se desnudan de todo afecto terreno y examinan sus obras a la luz divina.

455. Muy avisada estás, hija mía, de este peligro y del desvelo que tiene contra ti el demonio, mayor que contra otras almas. No sea menos el que tú tengas contra él, no te fíes de sólo el color de la buena intención en tus obras, porque, no obstante que siempre ha de ser buena y recta, pero ni sola ella basta ni tampoco siempre la conoce la criatura. Muchas veces con el rebozo de la buena intención engaña el demonio, proponiendo al alma algún buen fin aparente o muy remoto, para

introducirle algún peligro de próximo, y sucede que, cayendo luego en el peligro, nunca consigue el fin bueno que con engaño la movió. Otras veces con la buena intención no deja examinar otras circunstancias, con que la obra se hace sin prudencia y viciosamente. Otras, con alguna intención que parece buena, se solapan las inclinaciones y pasiones terrenas, que se llevan ocultamente lo más del corazón. Pues entre tantos peligros el remedio es, que examines tus obras a la luz que te infunde el Señor en lo supremo del alma, con que entenderás cómo has de apartar lo precioso de lo vil (Jer 15, 19), la mentira de la verdad, lo amargo de las pasiones de lo dulce de la razón. Con esto la divina lumbre que en ti está no tendrá parte de tinieblas, y tu ojo será sencillo y purificará todo el cuerpo de tus acciones (Mt 6, 22), y serás toda y por todo agradable a tu Señor y a mí.

CAPITULO 5

Vuelve de Efeso a Jerusalén María Santísima llamada del Apóstol San Pedro, continúa la batalla con los demonios, padece gran tormenta en el mar y decláranse otros secretos que sucedieron en esto.

456. Con el justo castigo y condenación del infeliz Herodes volvió la primitiva Iglesia de Jerusalén a recobrar algún desahogo y tranquilidad por muchos días, mereciéndolo todo y granjeándolo la gran Señora del mundo con sus ruegos, obras y solicitud de Madre. En este tiempo predicaban San Bernabé y San Pablo con admirable fruto en las ciudades del Asia Menor [Turquía], Antioquía, Listris, Perge y otras muchas como lo refiere San Lucas por los capítulos 13 y 14 de los Hechos apostólicos, con las maravillas y prodigios que San Pablo hacía en aquellas ciudades y provincias. El apóstol San Pedro, cuando libre de la cárcel huyó de Jerusalén, se

había retirado hacia la parte del Asia Menor para salir de la jurisdicción de Herodes, para acudir de allí a los nuevos fieles que se convertían en Asia Menor y a los que estaban en Palestina. Reconocíanle todos y le obedecían como a Vicario de Cristo y cabeza de la Iglesia y que en el cielo era confirmado todo lo que Pedro ordenaba y hacía en la tierra. Con esta firmeza de la fe acudían a él, como a Pontífice supremo, con las dudas y cuestiones que se les ofrecían. Y entre las demás le dieron aviso de las que a San Pablo y San Bernabé movieron algunos judíos, así en Antioquía como en Jerusalén, sobre la observancia de la circuncisión y ley de Moisés, como diré adelante (Cf. infra n. 496), y lo refiere San Lucas en el capítulo 15 de los Hechos apostólicos.

457. Con esta ocasión los Apóstoles y discípulos de Jerusalén pidieron a San Pedro volviese a la ciudad santa para resolver aquellas controversias y disponer lo que convenía para que no se embarazase la predicación de la fe, pues ya los judíos con la muerte de Herodes no tenían quién los amparase y la Iglesia gozaba de mayor paz y tranquilidad en Jerusalén. Pidieron también hiciese instancia a la Madre de Jesús para que por estas mismas causas volviese a la ciudad, donde la deseaban los fieles con íntimo afecto de corazón y con su presencia serían consolados en el Señor y todas las cosas de la Iglesia se prosperarían. Por estos avisos determinó San Pedro partir luego a Jerusalén y antes escribió a la Reina santísima la carta siguiente:

458. *Carta de san Pedro para María santísima.*—A María Virgen, Madre de Dios, Pedro apóstol de Jesucristo, siervo vuestro y de los siervos de Dios. Señora, entre los fieles se han movido algunas dudas y diferencias sobre la doctrina de Vuestro Hijo y nuestro Redentor, y si con ella se ha de guardar la ley antigua de Moisés. Quieren saber de nosotros lo que en esto

conviene y que digamos lo que oímos de la boca de nuestro divino Maestro. Para consultar a mis hermanos los Apóstoles me parto luego a Jerusalén, y Os pedimos que para consuelo de todos y por el amor que tenéis a la Iglesia volváis a la misma ciudad, donde los hebreos, después que murió Herodes, están más pacíficos y los fieles con mayor seguridad. La multitud de los seguidores de Cristo os desean ver y consolarse con Vuestra presencia. Y en estando en Jerusalén daremos este aviso a las demás ciudades, y con Vuestra asistencia se determinará lo que conviene en las materias de la santa fe y de la grandeza de la ley de gracia.

459. Este fue el temor y estilo de la carta y comúnmente le guardaron los Apóstoles, escribiendo primero el nombre de la persona o personas a quien escribían y después el de quien escribía, o al contrario, como parece en las epístolas de San Pedro y de San Pablo y otros Apóstoles. Y llamar a la Reina Madre de Dios fue acuerdo de los Apóstoles después que ordenaron el Credo, y que unos con otros la llamasen Virgen y Madre, por lo que importaba a la Santa Iglesia asentar en el corazón de todos los fieles el artículo de la virginidad y maternidad de esta gran Señora. Algunos otros fieles la llamaban *María de Jesús o María la de Jesús Nazareno*; otros menos capaces la nombraban *María, hija de Joaquín y Ana*; y de todos estos nombres usaban los primeros hijos de la fe para hablar de nuestra Reina. Pero la Santa Iglesia, usando más del que le dieron los Apóstoles, la llama Virgen y Madre de Dios, y a éste ha juntado otros muy ilustres y misteriosos. Entrególe la carta de San Pedro a la divina Señora un propio que la llevaba y dándosela la dijo cómo era del Apóstol. Recibióla y venerando al Vicario de Cristo se puso de rodillas y besó la carta, pero no la abrió, porque San Juan Evangelista estaba en la ciudad predicando. Y luego que llegó el Evangelista a su presencia, puesta de rodillas le

pidió la bendición, como lo acostumbraba (Cf. supra n. 368), y le entregó la carta, diciendo era de San Pedro el Pontífice de todos. Preguntóle San Juan Evangelista lo que contenía la carta. Y la Maestra de las virtudes respondió: Vos, señor, la veréis primero y me diréis a mí lo que contiene.—Así lo hizo el Evangelista.

460. No me puedo contener de admiración y en la confusión propia a la vista de tal humildad y obediencia como en esta ocasión, aunque parece de poca monta, manifestó María santísima; pues sola su divina prudencia pudo hacer juicio que siendo Madre de Dios y la carta del Vicario de Cristo, era mayor humildad y rendimiento no leerla ni abrirla por sí sola, sin la obediencia del ministro que tenía presente, para obedecerle y gobernarse por su voluntad. Con este ejemplo queda reprendida y enseñada la presunción de los inferiores, que andan buscando salidas y razones excusadas para trampear la humildad y obediencia que debemos a los superiores. Pero en todo fue María santísima maestra ejemplar de santidad, así en las cosas pequeñas como en las mayores. En leyendo el Evangelista la carta de San Pedro a la gran Señora, la preguntó qué le parecía en lo que suscribía el Vicario de Cristo. Y tampoco en esto quiso mostrarse superior ni igual sino obediente y respondió a San Juan Evangelista: Hijo y señor mío, ordenad vos lo que más conviene, que aquí está vuestra sierva para obedecer.—El Evangelista dijo que le parecía razón obedecer a San Pedro y volverse luego a Jerusalén.—Justo y debido es, respondió María purísima, obedecer a la Cabeza de la Iglesia; disponed luego la partida.

461. Con esta determinación fue luego San Juan Evangelista a buscar embarcación para Palestina y prevenir lo que para ella era necesario y disponer con brevedad la partida. En el ínterin que solicitaba esto el

Evangelista, llamó María santísima a las mujeres que tenía en Efeso por conocidas y discípulas, para despedirse de ellas y dejarlas informadas de lo que para conservarse en la fe debían hacer. Eran estas mujeres en número setenta y tres, y muchas de ellas vírgenes, especialmente las nueve que dije arriba se libraron de la ruina del templo de Diana (Cf. supra n. 445). A éstas y otras muchas había catequizado y convertido en la fe por sí misma María santísima, y de todas había hecho un colegio en la casa donde vivía, con las mujeres que la hospedaron en ella. Y con esta congregación comenzó la divina Señora a recompensar los pecados y abominaciones que por tantos siglos se habían cometido en el templo de Diana, dando principio a la común guarda de la castidad en el mismo lugar de Efeso, donde el demonio la había profanado. De todo esto tenía informadas a estas discípulas, aunque no sabían que la gran Señora había destruido el templo; porque este suceso convenía guardarle en secreto, para que ni los judíos tuviesen motivo contra la piadosa Madre, ni los gentiles se indignasen contra ella, por el insano amor que tenían a su Diana. Y así ordenó el Señor que el suceso de la ruina se tuviese por casual y se olvidase luego y los autores profanos no le escribiesen, como el primer incendio.

462. Habló María santísima a estas discípulas suyas con palabras dulcísimas, para consolarlas en su ausencia, y dejóles un papel escrito de su mano, en que les decía: Hijas mías, por la voluntad del Señor todopoderoso me es forzoso volver a Jerusalén. En mi ausencia tendréis presente la doctrina que de mí habéis recibido y yo la oí de la boca del Redentor del mundo. Reconocedle siempre por vuestro Señor, Maestro y Esposo de vuestras almas, sirviéndole y amándolo de todo corazón. Tened en la memoria los mandamientos de su santa ley, y en ellos seréis informadas de sus

ministros y sacerdotes, a quienes tendréis en grande veneración y obedeceréis a sus órdenes con humildad, sin oír ni admitir a otros maestros que no sean discípulos de Cristo mi Hijo santísimo, seguidores de su doctrina; yo cuidaré siempre de que os asistan y amparen, y no me olvidaré jamás de vosotras ni de presentaros al Señor. En mi lugar queda María la Antigua, a ella obedeceréis en todo, respetándola y amándola, y cuidará de vosotras con el mismo amor y desvelo. Guardaréis inviolable retiro y recogimiento en esta casa y jamás entre varón en ella y, si fuere forzoso hablar a alguno, sea en la puerta estando tres presentes de vosotras. En la oración seréis continuas y retiradas; diréis y cantaréis las que os dejo escritas en el aposento donde yo estaba. Guardad silencio y mansedumbre; y con ningún prójimo hagáis más de lo que deseáis para vosotras. Hablad siempre verdad y tened presente continuamente a Cristo crucificado en todos vuestros pensamientos, palabras y obras. Adoradle y confesadle por Criador y Redentor del mundo; y en su nombre os doy su bendición y pido asista en vuestros corazones.

463. Estos avisos y otros dejó María santísima a toda aquella congregación que había dedicado a su Hijo y Dios verdadero. Y la que señaló para superior de ella era una de las mujeres piadosas que la hospedaron y cuya era la casa. Esta era mujer de gobierno y con quien más había comunicado la Reina y la tenía más informada de la ley de Dios y de sus misterios. Llamábanla María la Antigua, porque a muchas mujeres les puso en el bautismo su propio nombre la divina Señora, comunicándoles sin envidia, como dice la Sabiduría (Sab 7, 13), la excelencia de su nombre, y porque esta María fue la primera que se bautizó en Efeso con este nombre se llamaba la Antigua a diferencia de las otras más modernas. Dejóles también escrito el Credo con el Pater noster y los diez Mandamientos, y otras oraciones que

rezasen vocalmente. Y para que hiciesen estos y otros ejercicios les dejó una Cruz grande en su oratorio, fabricada por mano de los Santos Ángeles, que por su mandado la hicieron con grande presteza. Luego sobre todo esto, para obligarlas más, como piadosa Madre les repartió entre todas las alhajas y cosas que tenía, pobres en valor humano pero ricas y de inestimable precio por ser prendas suyas y testimonio de su maternal caricia.

464. Despidióse de todas con mucha compasión de dejarlas solas, por haberlas engendrado en Cristo, y todas se postraron a sus pies con mayor llanto y abundantes lágrimas, como quien perdía en un momento el consuelo, el refugio y alegría de sus corazones. Pero con el cuidado que la beatísima Madre tuvo siempre de aquella su devota congregación perseveraron todas setenta y tres en el temor de Dios y fe en Cristo nuestro Señor, aunque las movió el demonio grandes persecuciones por sí y por los moradores de Efeso. Y previniendo todo esto la prudente Reina, hizo fervorosa oración por ellas antes de partir, pidiendo a su Hijo santísimo las guardase y conservase y que destinase un Ángel que defendiese aquella pequeña grey. Y todo lo concedió el Señor como lo pidió su Madre santísima. Y después las consoló muchas veces con exhortaciones desde Jerusalén y encargó a los discípulos y Apóstoles que fueron a Efeso cuidasen de aquellas vírgenes y mujeres recogidas. Y esto hizo todo el tiempo que vivió la gran Señora.

465. Llegó el día de partir para Jerusalén, y la humilde entre las humildes pidió la bendición a San Juan Evangelista y con ella se fueron juntos a embarcar, habiendo estado en Efeso dos años y medio. Y a la salida de su posada se le manifestaron a la gran Señora todos sus mil Ángeles en forma humana visible, pero todos

como de batalla y armados para ella en forma de escuadrón. Esta novedad fue el aviso con que se le dio inteligencia de que se previniese para continuar el conflicto con el Dragón grande y sus aliados. Y antes de llegar al mar vio gran multitud de legiones infernales que venían a ella con espantosas figuras varias, todas de gran terror, y tras ellas venía un Dragón con siete cabezas, tan horrible y tan disforme que excedía a un grande navío y sólo el verlo tan fiero y abominable era causa de gran tormento. Contra estas visiones tan espantosas se previno la invencible Reina con ferventísima fe y caridad y con las palabras de los salmos y otras que oyó de la boca de su Hijo santísimo; y a los Santos Ángeles ordenó que la asistiesen, porque naturalmente aquellas figuras tan horribles le causaron algún temor y horror sensible. El Evangelista no conoció entonces esta batalla, hasta que después le informó la divina Señora y tuvo inteligencia de todo.

466. Embarcóse Su Alteza con el Santo, y el navío se dio a la vela. Pero a poca distancia del puerto aquellas furias infernales, con el permiso que tenían, alteraron el mar con una tormenta tan deshecha y espantosa cual nunca otra semejante se había visto en él hasta aquel día ni hasta ahora, porque en esta maravilla quiso el Omnipotente glorificar su brazo y la santidad de María y para esto dio aquel permiso a los demonios, que estrenasen toda su malicia y fuerzas en esta batalla. Entumeciéronse las olas con terribles gemidos, levantándose sobre los mismos vientos, y al parecer sobre las nubes, y formando entre ellas unas montañas de espuma y de agua, que parecía tomaban la corrida para quebrantar las cárceles en que están encerradas (Sal 103, 9). El navío era combatido y azotado por un costado y por otro, de manera que con cada golpe parecía gran maravilla no quedar hecho polvo. Unas veces era levantado hasta el cielo, otras descendía a

romper las arenas de lo profundo, muchas tocaba con las gavias y con las antenas en las espumas de las olas, y en algunos ímpetus de esta inaudita tormenta fue necesario que los Santos Ángeles sustentaran el navío en el aire, y le sustentaban inmóvil mientras pasaban algunos combates del mar que naturalmente habían de anegarle y echarle a pique.

467. Los marineros y navegantes reconocían el efecto de este favor, pero ignoraban la causa, y oprimidos de la tribulación estaban fuera de sí, dando voces y llorando su ruina, que les parecía inevitable. Acrecentaron los demonios esta aflicción, porque tomando forma humana gritaban a grandes voces, como si estuvieran en otros navíos que iban en conserva en este viaje, y a los que iban en el de la gran Señora les decían que dejasen perecer aquel navío y se salvaran los que pudiesen en los demás; que si bien todos padecían tormenta, pero la indignación de estos dragones y su permiso miraba sólo al navío en que navegaba su enemiga y los demás no eran tan molestados de las olas, aunque todos padecían grande riesgo. Esta malicia de los demonios conoció sola María santísima, y como los marineros lo ignoraban creyeron que las voces eran verdaderamente de los otros navegantes y marineros y con este engaño desampararon algunas veces el navío propio, dejando de gobernarle, en confianza de salvarse en los otros navíos. Pero este error e impiedad enmendaron los Ángeles que asistían al navío donde iba la gran Reina, gobernándole y encaminándole cuando los marineros le dejaron para que se rompiera y fuese a pique a la disposición de la fortuna.

468. En medio de tan confusa tribulación y llantos estaba María santísima en extrema quietud, gozando de serenidad el océano de su magnanimidad y virtudes, pero ejercitándolas todas con actos tan heroicos como la ocasión y su sabiduría lo pedían. Y como en esta

embarcación tan borrascosa conoció por experiencia los peligros de la navegación, que en la venida de Efeso había entendido por revelación divina, movióse a nueva compasión de todos los que navegaban y renovó la oración y petición que antes hizo por ellos, como arriba se dijo (Cf. supra n. 371). Admiróse también la prudentísima Virgen de la fuerza indómita del mar y consideró en ella la indignación de la Justicia divina, que en aquella criatura insensible resplandecía tanto. Y pasando de esta consideración a la de los pecados de los mortales, que llegan a merecer la ira del Omnipotente, hizo grandes peticiones por la conversión del mundo y aumento de la Iglesia. Y para esto ofreció el trabajo de aquella navegación, que, no obstante la quietud de su alma, padeció mucho en el cuerpo y sin comparación más en la aflicción que padecía de saber que todos los que allí iban eran perseguidos del demonio para afligirla y perseguirla a ella.

469. Al Evangelista San Juan le alcanzó gran parte de esta tribulación, por el cuidado que llevaba de su verdadera Madre y Señora del mundo. Y esta pena se añadía a la que el mismo Santo padecía por su trabajo propio. Y todo era más terrible para él, porque entonces no conocía lo que pasaba por el interior de la beatísima Virgen. Procuraba algunas veces consolarla y consolarse también a sí mismo con asistirle y hablar con ella. Y aunque la navegación de Efeso a Palestina suele ser de seis días, o poco más, ésta les duró quince y la tormenta catorce. Un día se afligió mucho San Juan Evangelista con la perseverancia de tan desmedido trabajo y sin poderse detener la dijo: Señora mía, ¿qué es ésto? ¿Hemos de perecer aquí? Pedid a Vuestro Hijo santísimo que nos mire con ojos de Padre y nos defienda en esta tribulación.—María santísima le respondió: No os turbéis, hijo mío, que es tiempo de pelear las guerras del Señor y vencer a

sus enemigos con fortaleza y paciencia. Yo le pido no perezca nadie de los que van con nosotros, y no se duerme ni se dormita el que es guarda de Israel (Sal 120, 4), los fuertes de su corte nos asisten y defienden; padezcamos nosotros por el que se puso en la Cruz por la salvación de todos.—Con estas palabras cobró San Juan Evangelista nuevo esfuerzo, que lo había menester.

470. Lucifer y sus demonios, acrecentando el furor, amenazaban a la poderosa Reina que perecería en aquella tormenta y no saldría libre del mar. Pero éstas y otras amenazas eran flechas muy párvulas, y la prudentísima Madre las despreciaba, sin atender a ellas, sin mirar a los demonios ni hablarles sola una palabra, ni ellos la pudieron ver la cara, por la virtud que en ella puso el Altísimo, como arriba dije (Cf. supra n. 449). Y cuanto mayor conato ponían en esto, tanto menos lo conseguían y tanto más eran atormentados con aquellas armas ofensivas de que vistió el Señor a su Madre santísima. Aunque en este largo conflicto siempre le tuvo oculto el fin, y lo estuvo Su Majestad, sin que se le manifestase por alguna visión de las que ordinariamente solía tener.

471. Pero a los catorce días de la navegación y tormenta se dignó su Hijo santísimo de visitarla en persona y descendió de las alturas, apareciéndosele en el mar, y la dijo: Madre mía carísima, con vos estoy en la tribulación.—Con la vista y palabras del Señor, aunque en todas las ocasiones que la tenía recibía inefable consolación, pero en este trabajo fue más estimable para la beatísima Madre, porque el socorro en la necesidad mayor es más oportuno. Adoró a su Hijo y Dios verdadero y respondióle: Dios mío y bien único de mi alma, Vos sois a quien el mar y los vientos obedecen (Mt 8, 27); mirad, Hijo mío, nuestra aflicción, no perezcan las hechuras de vuestras manos.—Díjole el Señor: Madre

mía y paloma mía, de vos recibí la forma de hombre que tengo y por esto quiero que todas mis criaturas obedezcan a vuestro imperio; mandad como Señora de todas, que a vuestra voluntad están rendidas.—Deseaba la prudentísima Madre que mandara el Señor a las olas en esta ocasión, como en la tormenta que tuvieron los Apóstoles en el mar de Galilea, pero la ocasión era diferente y allí no hubo otro que pudiese mandar a los vientos y a las aguas. Obedeció María santísima y en virtud de su Hijo santísimo mandó lo primero a Lucifer y sus demonios que al punto saliesen del mar Mediterráneo y le dejasen libre; y luego despejaron y se fueron a Palestina, porque entonces no les mandó bajar al profundo, por no estar acabada con ellos la batalla. Retirados estos enemigos, mandó al mar y a los vientos que se quietasen, y al punto obedecieron, quedando en tranquilidad pacífica y serena en brevísimo tiempo, con asombro de los navegantes, que no conocieron la causa de tan repentina mudanza. Y Cristo nuestro Salvador se despidió de su Madre santísima, dejándola llena de bendiciones y júbilo, y la ordenó que el día siguiente saliese a tierra. Y sucedió así, porque a los quince de la embarcación llegaron con bonanza al puerto y desembarcaron. Nuestra Reina y Señora dio gracias al Omnipotente por aquellos beneficios y le hizo un cántico de loores y alabanzas, porque a ella y a los demás los había sacado de tan formidables peligros. El Evangelista Santo hizo lo mismo, y la divina Madre le agradeció también el haberla acompañado en sus trabajos y le pidió la bendición, y caminaron a Jerusalén.

472. Acompañaban los Santos Ángeles a su Reina y Señora en la misma forma de pelear que dije (Cf. supra n. 465) cuando salieron de Efeso, porque también los demonios continuaban la batalla desde que salió a tierra donde la esperaban. Y con increíble furor la acometieron con varias sugerencias y tentaciones contra todas las

virtudes; pero estas flechas retrocedían contra ellos, sin hacer mella en la torre de David, que dijo el Esposo tenía pendientes mil escudos y todas las armas de los fuertes (Cant 4, 4) y del muro edificado con propugnáculos de plata (Cant 8, 9). Antes de llegar a Jerusalén, solicitaba el corazón de la gran Señora la piedad y devoción de los Lugares consagrados con nuestra Redención, para visitarlos primero de ir a su casa, como fue lo último que hizo cuando se ausentó de la ciudad, pero como estaba en ella San Pedro, por cuyo llamamiento venía y sabía como maestra de las virtudes el orden que se ha de guardar en ellas, determinó anteponer la obediencia del Vicario de Cristo a su propia devoción. Con esta atención de la obediencia se fue derecha a la casa del cenáculo, donde estaba San Pedro, y puesta de rodillas en su presencia le pidió la bendición y que la perdonase no haber cumplido antes con su mandato, pidióle la mano y se la besó como a sumo Sacerdote; pero no se disculpó de haber tardado en el viaje por la tempestad, ni le dijo otra cosa, y sólo por la relación que después le hizo San Juan tuvo San Pedro noticia de los trabajos que en la navegación habían padecido. Pero el Vicario de Cristo nuestro Salvador y todos sus discípulos y fieles de Jerusalén recibieron a su Maestra y Señora con indecible gozo, veneración y afecto, y se postraron a sus pies, agradeciéndole que hubiese venido a llenarlos de alegría y consuelo y donde la pudiesen ver y servir.

Doctrina que me dio la gran Reina María santísima.

473. Hija mía, continuamente quiero que renueves en tu memoria la advertencia que desde el principio te he dado para escribir estos venerables secretos de mi vida; porque no es mi voluntad que seas sólo instrumento insensible para manifestarlos a la Iglesia, sino antes quiero que tú seas la que primera y sobre todos logres este nuevo beneficio, practicando en ti misma mi doctrina

y el ejemplo de mis virtudes; que para esto te llamó el Señor y te elegí yo por mi hija y mi discípula. Y por el digno reparo que has hecho de la humildad que yo tuve en no abrir la carta de San Pedro sin voluntad de mi hijo San Juan Evangelista, quiero manifestarte más la doctrina que se encierra en lo que yo hice, advirtiéndote que en estas dos virtudes, humildad y obediencia, que son el fundamento de la perfección cristiana, no hay cosa pequeña y todas son de sumo agrado del Altísimo y tienen copiosa remuneración de su liberal misericordia y justicia.

474. **Advierte, pues, carísima, que como a la condición humana ninguna obra es más violenta que sujetarse una persona a la voluntad de otra, así tampoco ninguna es más necesaria que ésta para domar su altiva cerviz, que el demonio pretende levantar en todos los hijos de Adán. Por esto trabajan los enemigos con sumo desvelo en hacer que los hombres se arrimen cada uno a su propio parecer y voluntad. Y con este engaño gana muchos triunfos, y destruye innumerables almas por diversos caminos, porque en todos los estados y condiciones de los mortales derrama este veneno, solicitando ocultamente a todos que cada uno siga su parecer y que ningún inferior y súbdito se sujete a las leyes y voluntad del superior, pero que las desprecie y quebrante, pervirtiendo el orden de la Divina Providencia, que puso todas las cosas bien ordenadas. Y porque todos destruyen este gobierno del Señor, está el mundo lleno de confusión y tinieblas, alteradas todas las cosas y gobernándose cada uno por su antojo, sin otra atención ni respeto a Dios y a las leyes.**

475. **Pero aunque este daño es general y odioso en los ojos del Supremo Gobernador y Señor, mucho más pesa en los religiosos, que estando atados con los votos de sus religiones, andan forcejando por ensanchar**

estos lazos o para desatarse de ellos. Y no hablo ahora de los que atrevidamente los rompen y quebrantan sus votos en lo poco y en lo mucho; ésta es temeridad formidable y trae consigo la sentencia de condenación eterna. Para no llegar a este peligro, amonesto yo a los que en la religión quieren asegurar su salvación, se guarden de buscar opiniones y declaraciones con que sisar y ensanchar la obediencia que deben a Dios en sus prelados, examinando en ella y en los otros votos, hasta dónde pueden llegar sin pecado en hacer su voluntad y si pueden disponer de poco o de mucho sin licencia y por su propio parecer. Estos conatos nunca son para guardar los votos, sino para quebrantarlos, sin oír a la conciencia que les remuerde. Adviértoles que el demonio procura que traguen estos mosquitos venenosos, para que poco a poco lleguen a tragar los camellos de mayores culpas, después de acostumbrados a las que parecen menores. Y los que siempre quieren llegar tirando la cuerda hasta los umbrales de la muerte del pecado mortal, por lo menos merecen que después el justo Juez les examine y escudriñe sus conciencias para premiarles lo menos que pudiere, como ellos quisieran hacer por Dios lo menos en que obligarle, y en esto estudiaron toda la vida.

476. Estas doctrinas de buscar ensanches a la ley de Dios, que sólo vienen a hacerlo para el deleite y para la carne, son muy aborrecibles para mi Hijo santísimo y para mí; porque es gran desamor obedecer a su divina ley a no poder más, de manera que sólo obra el temor del castigo y no el amor de quien lo manda, y por éste nada se hiciera, si no amenazara el castigo. Muchas veces por no humillarse el súbdito al prelado inferior, acude por licencia al superior y tal vez la pide general y de aquel que menos puede conocer y entender el peligro del que la pide. No se puede negar que cualquiera es obediencia, pero también es cierto que todos estos

rodeos son para obrar con más libertad y peligro y con menos merecimiento, pues sin duda le hay mayor en obedecer y sujetarse al inferior y que es peor acondicionado y menos acomodado a su dictamen y a su gusto. No aprendí yo esta doctrina en la escuela de mi Hijo santísimo ni la practiqué en mis obras; para todas las cosas pedía licencia a los que tenía por superiores y jamás estuve sin ellos, como lo has conocido, y para leer y abrir la carta de San Pedro, que era la cabeza de la Iglesia, esperé la voluntad del inferior, que era el ministro para mí inmediato.

477. No quiero, hija mía, que sigas la doctrina de los que buscan libertad y licencias al gusto, pero yo te elijo y te conjuro para que me imites y sigas por el camino perfecto y seguro de la perfección. El buscar ensanches y explicaciones tiene pervertido el estado de la vida religiosa y cristiana. Siempre te has de humillar y vivir sujeta a la obediencia, y no te excusa de esto el ser prelada, pues tienes confesores y superiores. Y si alguna vez que están ausentes no puedes obrar con su obediencia, pide consejo y obedece a alguna de tus súbditas o inferiores en el oficio. Para ti todas han de ser superiores; y no te parezca mucho esto, pues tú eres la menor de los nacidos y en este lugar te has de poner, humillándote a todos como inferior a ellos, para que seas mi verdadera imitadora y mi hija y discípula. A más de esto, has de ser puntual en decirme cada día tus culpas dos veces y pedirme licencia todas las que fuere menester para lo que has de obrar y luego te confesarás cada día de las faltas que hicieres. Yo te amonestaré y mandaré lo que te conviene por mí y por los ministros del Señor, y no has de recatear decir a muchos tus culpas ordinarias, para que en todo y con todos te humilles delante de los ojos del Señor y de los míos. Esta ciencia escondida del mundo y de la carne quiero que aprendas y la enseñes a tus monjas. Y en enseñártela yo a ti quiero

premiarte lo que has trabajado en escribir mi vida, con estas noticias que te doy de tan importante doctrina, para que entiendas que si has de obrar imitándome como debes no has de comunicar, ni hablar, ni obrar, ni escribir, ni recibir carta ni moverte, ni tener pensamiento, si es posible, sin mi obediencia y de quien te gobierna. Los mundanos y carnales llaman a estas virtudes impertinencias o ceremonias, pero esta ignorancia tan soberbia tendrá su castigo, cuando en la presencia del justo Juez se apuren las verdades y se vea quiénes fueron los ignorantes y los sabios, y sean premiados aquellos que como siervos verdaderos fueron fieles en lo poco y en lo mucho, y los necios conocerán el daño que se han hecho con la prudencia carnal cuando no tengan remedio.

478. Y porque te ha despertado alguna emulación el saber que yo por mí misma gobernaba aquella congregación de mujeres recogidas en Efeso, te advierto que no la tengas. Atiende que tú y tus monjas me habéis elegido por vuestra Prelada y especial Patrona, para que como Reina y Señora os gobierne; y quiero que entiendan lo he admitido y me constituyo por tal para siempre, con condición que ellas sean perfectas en sus vocaciones, y muy fieles con su Dueño, mi Hijo santísimo, que las eligió para esposas suyas. Advierteselo muchas veces, para que se guarden y se retiren del mundo, y le desprecien de todo corazón; que guarden recogimiento y se conserven en paz, y no degeneren de hijas mías; que sigan y ejecuten la doctrina que te he dado en esta mi Historia para ti y para ellas; que la estimen con suma veneración y agradecimiento, escribiéndola en sus corazones, pues en haberles dado mi vida para su arancel y gobierno de sus almas, escrita por tu mano, en esto hago oficio de Madre y de Prelada, para que ellas como súbditas y como hijas sigan mis pisadas, imiten mis virtudes y me correspondan a esta fidelidad y amor.

479. Otra advertencia importante tienes en este capítulo, esto es, que los malos obedientes, en sucediéndoles alguna adversidad en lo que se les ha mandado, luego se contristan, afligen y conturban, y para honestar su impaciencia culpan a quien se lo mandó y le desacreditan, o con los superiores o con los otros, como si el que manda estuviese obligado a excusar los sucesos contingentes del inferior, o si tuviese a su cuenta el gobierno de todas las cosas del mundo para disponerlas a gusto del inferior. Este engaño va tan fuera de camino, que muchas veces en premio del rendimiento pone Dios en trabajos al que obedece para acrecentarle mérito y corona; otras veces sucederá que le castiga por la repugnancia con que obedecieron de mala gana; y de ninguna cosa de éstas tiene culpa el prelado que manda. Y el Señor dijo solamente: Quien a vosotros oye y quien os obedece, a mí me oye y obedece (Lc 10, 16). Y el trabajo que resulta de obedecer, siempre es en beneficio del obediente, y si no le aprovecha, no tiene la culpa quien le manda. No hice yo cargo a San Pedro porque me mandó venir de Efeso a Jerusalén, aunque padecí tanto en el viaje, que antes le pedí perdón de no haber cumplido con más brevedad su mandato. Nunca seas para tus prelados grave ni pesada, que esto es muy fea libertad y destruye el mérito de la obediencia. Míralos con reverencia, como a quien tiene el lugar de Cristo, y será copioso el mérito de obedecerlos; sigue mis pisadas y el ejemplo y doctrina que te doy, y en todo serás perfecta.

CAPITULO 6

Visita María santísima los sagrados Lugares, gana misteriosos triunfos de los demonios, vio en el cielo la divinidad con visión beatífica y celebran concilio los Apóstoles, y los secretos ocultos que sucedieron en todo

esto.

480. Gloriosamente desfallecen los conatos de nuestra capacidad en explicar la plenitud de perfección que tenían todas las obras de María santísima, porque siempre quedamos vencidos de la grandeza de cualquiera pequeña virtud, si alguna lo fue pequeña por parte de la materia en que la obraba la gran Señora. Pero siempre será muy feliz la porfía de nuestra parte, no presuntuosa en apearse el océano de la gracia, sino humillada para glorificar y engrandecer con ella a su Hacedor y para descubrir más y más que con admiración imitemos. Yo me tendré por muy dichosa, si doy a conocer a los hijos de la Iglesia, manifestando los favores que Dios hizo con nuestra gran Reina, algo de lo que no puedo explicar con términos propios y adecuados, porque no los alcanzo, aunque todo lo haré como tarda, balbuciente y sin espíritu de devoción. Admirables fueron los sucesos que para este capítulo y los siguientes se me han dado a conocer. Diré en ellos lo que pudiere para índice de lo que entenderá la fe y piedad cristiana.

481. Después que María santísima cumplió con la obediencia de San Pedro, como en el capítulo antecedente queda dicho, le pareció debía cumplir con su piadosa devoción, visitando los Sagrados Lugares de nuestra redención. Dispensaba todas las obras de las virtudes con tal prudencia que ninguna omitía, dando su lugar a cada una para que no les faltasen todas las circunstancias, con que tenían la plenitud de la perfección posible. Y con esta sabiduría hacía primero lo que era más y primero en orden y después lo que parecía menos, pero uno y otro con todo el lleno que cada cosa pedía en sus operaciones. Salió del Santo Cenáculo a visitar los Sagrados Lugares, acompañada de sus Ángeles, y siguiéndola Lucifer y sus demonios, continuando su batalla. La batería de estos dragones

era terrible en demostraciones, amenazas varias y espantosas figuras, y a este modo, eran también sus tentaciones y sugerencias. Pero en llegando la gran Señora a venerar alguno de los lugares de nuestra Redención, se quedaban lejos los demonios, porque los detenía la virtud divina, y también sentían que les quebrantaba las fuerzas la que el Redentor había comunicado en aquellos puestos con los misterios de nuestra Redención. Porfiaba Lucifer por acercarse a ellos, esforzándole la temeridad de su misma soberbia, porque con el permiso que tenía de perseguir y tentar a la Señora de las virtudes deseaba, si pudiera, ganar de ella alguna victoria en aquellos mismos Lugares donde él había quedado vencido, o al menos impedirle que no los venerase con la reverencia y culto que lo hacía.

482. Pero el Altísimo ordenó que la virtud de su brazo poderoso obrase contra Lucifer y sus demonios, por medio de la Reina, y que las mismas acciones que en ella pretendían estorbar fuesen el cuchillo con que los degollase y venciese. Y sucedió así, porque la devoción y veneración con que la divina Madre adoró a su Hijo santísimo y renovó las memorias y agradecimiento a la Redención, fueron de tan gran terror para los demonios, que no lo pudieron tolerar y sintieron contra sí una fuerza de parte de María santísima que los oprimió y atormentó, obligándolos a que se retirasen más lejos de la presencia de esta invencible Reina. Daban espantosos bramidos, que sola ella los oía, y decían: Alejémonos de esta Mujer, nuestra enemiga, que tanto nos confunde y oprime con sus virtudes. Pretendíamos borrar la memoria y veneración de estos Lugares en que los hombres fueron redimidos y nosotros despojados de nuestro señorío, y esta Mujer, siendo pura criatura, impide nuestros intentos y renueva el triunfo que su Hijo y Dios ganó de nosotros en la cruz.

483. Prosiguió María santísima las estaciones de todos los Lugares sagrados en compañía de sus Ángeles, y en llegando al monte Olívete, que era el último, estando en el lugar donde su Hijo santísimo subió a los cielos, descendió de ellos Su Majestad con inefable hermosura y gloria a visitar y consolar a su purísima Madre. Manifestósele con caricias y regalos de Hijo, pero como Dios infinito y poderoso, y de tal manera la deificó y elevó sobre el ser terreno con los favores que en esta ocasión la hizo, que por mucho tiempo estuvo como abstraída de todo lo visible y, aunque no dejaba de acudir a todas las obras exteriores, fue necesario hacerse mayor fuerza para atender a ellas que otras veces, porque toda quedó espiritualizada y transformada en su Hijo santísimo. Conoció la gran Reina, porque el mismo Señor se lo dijo, que aquellos beneficios eran alguna parte del premio de su humildad y obediencia que había tenido con San Pedro, ejecutando luego sus mandatos y anteponiéndolos no sólo a su devoción sino a su comodidad. Diola también palabra de asistirle en su batalla con los demonios y, ejecutándose luego esta promesa, ordenó el mismo Señor que Lucifer y sus ministros reconocieran en María santísima alguna novedad de mayor excelencia contra ellos.

484. Volvióse la Reina al cenáculo, y cuando los demonios intentaron volver a sus tentaciones y sintieron lo mismo que si una pelota de viento con grande ímpetu topara con un muro de bronce, que resurtiera con suma presteza y velocidad hacia donde venía; así les sucedió a estos desvanecidos enemigos, que retrocedieron de la vista de María santísima con más furor contra sí mismos que llevaban contra ella. Multiplicaron sus bramidos y despechos, y confesando por fuerza muchas verdades decían: ¡Oh infelices de nosotros, a vista de la felicidad de la humana naturaleza! A grande excelencia y

dignidad ha subido en esta pura criatura. ¡ Qué ingratos serán los hombres y qué estultos si no logran los bienes que reciben en esta hija de Adán! Ella es su remedio y nuestra destrucción. Grande es su Hijo con ella, pero ella no lo desmerece. Crudo azote es para nosotros que nos obliga a confesar estas verdades. ¡Oh si nos ocultara Dios a esta Mujer, cuya vista así añade tantos tormentos a nuestra envidia! ¿Cómo la venceremos, si sola su vista es para nosotros insufrible? Pero consolémonos de que perderán los hombres lo mucho que les granjea esta Mujer y que la despreciarán estultamente. En ellos vengaremos nuestros agravios, ejecutaremos nuestro enojo, llenarémoslos de ilusiones y de errores; porque si atienden a este ejemplo, todos se valdrán de esta Mujer y seguirán sus virtudes. Pero no basta esto para consuelo mío —añadió Lucifer—, porque sólo de esta su Madre se dejará obligar Dios más que le desobligan los pecados de los que nosotros pervertimos, y cuando esto no sea así no sufre mi condición que la humana naturaleza sea levantada en una pura criatura y mujer flaca. Este agravio es insufrible; volvamos a perseguirla, esforcemos nuestra envidia y su furor al de la pena y, aunque la padezcamos todos, no desmaye nuestra soberbia, que posible será ganar algún triunfo de esta enemiga nuestra.

485. Todas estas furiosas amenazas conocía y las oía María santísima, pero todas las despreciaba como Reina de las virtudes, y sin mudar semblante se recogió en esta ocasión a su oratorio, para conferir a solas con su altísima prudencia los misterios del Señor en aquella batalla con el Dragón y los negocios arduos en que la Iglesia se hallaba ocupada sobre poner fin a la circuncisión y ceremonias de la antigua ley. Para todo esto trabajó algunos días la Reina de los Ángeles, ocupándose muy retirada de continuos ejercicios, oraciones, peticiones, lágrimas y postraciones. Y para

lo que a ella tocaba, pedía al Señor extendiese el brazo de su omnipotencia contra Lucifer y le diese la victoria contra él y sus demonios. Y no cesaba en estas peticiones, aunque sabía la gran Señora que tenía de su parte al Altísimo que no la dejaría en la tribulación, antes bien obraba de su parte, como si fuera la más frágil de las criaturas en tiempo de la tentación, para enseñarnos lo que debemos hacer en ella los que tan sujetos estamos a caer y ser vencidos. Pidió para la Santa Iglesia al Señor que asentase la Ley Evangélica, pura, limpia y sin ruga de las antiguas ceremonias.

486. Esta petición hizo María santísima con ardentísimo fervor, porque conoció que Lucifer y todo el infierno pretendían por medio de los judíos conservar la ley de la circuncisión con el bautismo y los ritos de Moisés con la verdad del Evangelio, y que con este engaño serían pertinaces muchos judíos en su ley vieja por los siglos futuros de la Iglesia. Y uno de los frutos y triunfos que alcanzó nuestra gran Señora en esta batalla que tuvo con el Dragón, fue que luego se comenzase a prohibir la circuncisión en el concilio que luego diré y que para adelante se apartase el grano puro de la verdad Evangélica en el curso de la Iglesia, de todas las pajas y aristas secas y sin fruto de las ceremonias mosaicas, como hoy lo hace nuestra Madre Iglesia. Todo esto disponía con sus merecimientos y oraciones la beatísima Madre, mientras llegaban a Jerusalén San Pablo y San Bernabé, que ya sabía venían desde Antioquia enviados por los fieles para resolver con San Pedro y los demás las cuestiones que sobre esto habían movido los judíos, como lo cuenta San Lucas en el capítulo 15 de los Hechos apostólicos.

487. Llegaron San Pablo y San Bernabé, sabiendo que ya la Reina del cielo estaba en Jerusalén, y con el deseo que San Pablo tenía de verla se fueron de camino

a donde estaba y se arrojaron ante su presencia con abundantes lágrimas de gozo que sintieron con su vista. No fue menor el que recibió la divina Madre con los dos Apóstoles, a quienes amaba en el Señor con especial afecto por lo que trabajaban en la exaltación de su nombre y dilatación de la fe. Deseaba la Maestra de los humildes que primero se presentasen los dos Apóstoles a San Pedro y a los demás y a ella la última, como quien se juzgaba menor entre las criaturas. Pero ellos ordenaron bien la veneración y caridad, juzgando que ninguno se debía anteponer a la que era Madre de Dios y Señora de todo lo criado y principio de todo nuestro bien. Postróse también la gran Señora a los pies de San Pablo y San Bernabé y les besó la mano y pidió la bendición. Tuvo San Pablo en esta ocasión una maravillosa abstracción extática, en que se le revelaron de nuevo grandes misterios y prerrogativas de aquella Mística Ciudad de Dios, María santísima, y la vio toda como vestida de la misma divinidad.

488. Con esta visión quedó San Pablo lleno de admiración y con incomparable amor y veneración de María santísima. Y volviendo más en sí mismo la dijo: Madre de toda piedad y clemencia, perdonad a este hombre pecador y vil haber perseguido a Vuestro Hijo santísimo y mi Señor y a su Santa Iglesia.—Respondióle la Madre Virgen y le dijo: Pablo, siervo del Altísimo, si el mismo que os crió y redimió os llamó a su amistad y os ha hecho vaso de elección (Act 9, 15), ¿cómo dejará de perdonaros esta esclava suya? Mi alma le magnifica y engrandece, porque en vos se quiso manifestar tan poderoso, santo y liberal.—Dio gracias San Pablo a la divina Madre por el beneficio de su conversión y por los favores que sobre esto le había hecho guardándole de tantos peligros. Y lo mismo hizo también San Bernabé, y de nuevo le pidieron su protección y amparo, y todo lo ofreció María santísima.

489. San Pedro, como cabeza de la Iglesia, había llamado a los Apóstoles y discípulos que estaban cerca de Jerusalén y con los que estaban en ella, los juntó un día en presencia de la gran Señora del mundo, interponiendo para esto la autoridad de vicario de Cristo, para que la prudente Virgen no se retirase de la junta con su profunda humildad. Estando todos juntos les habló San Pedro, y dijo: Hermanos e hijos míos en Cristo nuestro Señor, necesario ha sido juntarnos todos para resolver las dudas y negocios que nuestros carísimos hermanos Pablo y Bernabé nos han informado y otras cosas que tocan al aumento de la santa fe. Para esto conviene que preceda la oración, en que pidamos nos asista el Espíritu Santo y en ella perseveraremos diez días, como tenemos de costumbre. Y el primero y último día, celebraremos el Sacrificio Sacrosanto de la Misa, con que preparemos nuestros corazones para recibir la divina luz.—Aprobaron todos este medio, y para celebrar la primera Santa Misa al otro día preparó la Reina la sala del cenáculo, limpiándola y ordenándola decentemente con sus manos, y previno todo lo necesario para comulgar ella y los demás en aquellas Santas Misas. Celebró sólo San Pedro, guardando en estas Santas Misas los mismos ritos y ceremonias que en las otras de que arriba queda dicho (Cf. supra n.112, 217, 227).

490. Los demás Apóstoles y discípulos comulgaron de mano de San Pedro y después de todos María santísima, que siempre tomaba el último lugar. Descendieron muchos Ángeles al cenáculo y al tiempo de consagrar, viéndolo todos, se llenó de admirable resplandor y fragancia, con efectos divinos que les comunicó el Señor en sus almas. Y dicha la primera Santa Misa, destinaron las horas en que juntos habían de perseverar en la oración, sin que se faltase a los ministerios de las almas en lo que fuese necesario, para volverse luego a su

oración. Pero la gran Señora se retiró a un lugar donde estuvo sola, sin moverse, ni comer ni hablar en aquellos diez días. En ellos sucedieron tan ocultos secretos y misterios a la Señora del mundo, que para los Ángeles fueron de nueva admiración y para mí es inefable lo que de ellos se me ha manifestado. Diré algo si pudiere con brevedad, que todo no será posible. En habiendo comulgado la divina Madre en la primera Santa Misa de aquellos diez días se recogió a solas, como he dicho, y luego por mandado del Señor la levantaron sus Ángeles y los demás que allí asistían para llevarla en alma y cuerpo al cielo empíreo, quedando un Ángel sustituyendo por ella su figura, para que en el Cenáculo no la echasen de menos los Apóstoles que allí estaban. Lleváronla con la majestad y grandeza que en otras ocasiones he dicho (Cf. supra n. 399), y en ésta fue algo más para el intento del Señor que lo ordenaba. Y cuando llegó su Madre santísima a la región del aire muy levantada de la tierra, mandó el Señor omnipotente que Lucifer con todos sus demonios del infierno viniesen a la presencia de la misma Reina, en la región del aire donde ella estaba. Y al punto parecieron todos y se presentaron delante de ella, que los vio y conoció como ellos son y el estado que tienen. Fuérale de alguna pena esta vista, porque son abominables y ofensivos, pero estaba guarnecida de la virtud divina para que no la ofendiese aquella visión de tan feas y execrables criaturas. No sucedió así a los demonios; porque les dio el Señor a conocer con particular modo y especies la grandeza y superioridad que sobre ellos tenía aquella mujer a quien perseguían como a enemiga y que era loca osadía lo que contra ella habían presumido e intentado. Y a más de esto, conocieron, para mayor terror, que tenía en su pecho a Cristo sacramentado y que toda la divinidad la tenía como encerrada debajo de la protección de su omnipotencia, para que con la participación de sus divinos atributos los destruyese, humillase y

quebrantase.

491. Oyeron los demonios junto con esto una voz que conocieron salía del mismo ser de Dios, y les decía: Con este escudo de mi brazo poderoso tan invencible y fuerte defenderé siempre mi Iglesia, y esta Mujer quebrantará la cabeza de la antigua serpiente y triunfará siempre de su altiva soberbia para gloria de mi santo nombre.—Todo esto y otros misterios de María santísima entendieron y oyeron los demonios estándola mirando a su despecho. Y fue tal y tan desesperado el dolor y quebranto que sintieron, que como a grandes voces dijeron: Arrójenos luego al infierno el poder de Dios y no nos tenga en presencia de esta Mujer que nos atormenta más que el fuego. Oh Mujer invencible y fuerte, aléjate de nosotros, pues no podemos huir de tu presencia, donde nos tiene atados la cadena del poder infinito. ¿Por qué tú también antes de tiempo nos atormentas (Mt 8, 29)? Tú sola en la naturaleza humana eres instrumento de la Omnipotencia contra nosotros y por ti pueden ganar los hombres los bienes eternos que nosotros perdimos. Y cuando no esperaran ver a Dios eternamente, tu vista, que para nosotros es castigo y tormento por lo que te aborrecemos, fuera premio para ellos por las obras buenas que deben a su Dios y Redentor. Déjanos ya, Señor y Dios omnipotente, acábase ya este nuevo tormento en que nos renuevas el que nos vino cuando nos arrojaste del cielo, pues aquí ejecutas lo que allí amenazaste con esta maravilla de tu brazo poderoso.

492. Con estos y otros lamentables despechos estuvieron los demonios detenidos grande rato en presencia de la invencible Reina y aunque forcejaban para huir y retirarse, no se les concedió tan presto como su furor lo deseaba. Y para que el terror de María santísima contra ellos les fuese más notorio y les quedase más impreso, ordenó el mismo Señor que ella les diese

como licencia y permiso con autoridad de Señora y Reina, y así lo hizo. Y al punto se despeñaron todos de la región del aire hasta el profundo con toda la presteza que sus potencias tienen para moverse y dando espantosos aullidos turbaron a todos los condenados con nuevas penas, confesando en su presencia el poder de Dios y de su Madre, aunque lo conocían a su despecho y con violentas penas de no poderlo negar. Con este triunfo prosiguió su camino la serenísima Emperatriz hasta llegar al cielo empíreo, donde fue recibida con admirable y nuevo júbilo de sus cortesanos y estuvo en él veinticuatro horas.

493. Postróse ante el soberano trono de la Beatísima Trinidad y la adoró en la unidad de una indivisa naturaleza y majestad. Luego pidió por la Iglesia, para que los Apóstoles entendiesen y determinasen lo que convenía para establecer la Ley Evangélica y término de la ley de Moisés. A estas peticiones oyó una voz del trono en que las tres Personas divinas, cada una singularmente y por su orden, la prometían asistirían a los Apóstoles y discípulos para que declarasen y estableciesen la verdad divina, gobernando el Eterno Padre con su omnipotencia, el Hijo con su sabiduría y como cabeza y el Espíritu Santo como esposo con su amor e ilustración de sus dones. Luego vio la divina Madre que la humildad santísima de su Hijo presentaba al Padre las oraciones y peticiones que ella misma había hecho por la Iglesia y aprobándolas todas pedía o proponía las razones por las cuales era debido que así se cumpliesen, para que la fe del Evangelio y toda su Ley Santa se plantase en el mundo conforme la eterna determinación de la mente y voluntad divina.

494. Y luego, en ejecución de esta voluntad y proposición de Cristo nuestro Salvador, vio la misma Señora que de la divinidad y ser inmutable de Dios salió

una forma de templo o iglesia tan pura y hermosa y refulgente como si fuera fabricada de un diamante o lucidísimo cristal, adornada de muchos esmaltes y resaltos que la hacían más bella y más preciosa. Viéronla los Ángeles y los Santos y con admiración dijeron: Santo, Santo, Santo y todopoderoso eres, Señor, en tus obras.—Esta iglesia o templo entregó la Beatísima Trinidad a la humanidad santísima de Cristo y Su Majestad la unió consigo por un modo admirable que yo no puedo declarar con propios términos. Y luego el Hijo la entregó en manos de su santísima Madre. Al mismo tiempo que María recibió la iglesia fue llena de nuevo resplandor, que la anegó toda en sí mismo y vio la Divinidad intuitiva y claramente, con eminente visión beatífica.

495. Estuvo la gran Reina en este gozo muchas horas, verdaderamente introducida por el supremo Rey en el retrete y en la oficina del adobado vino que dijo en los Cantares (Cant 8, 2). Y porque excede a todo pensamiento y capacidad lo que allí recibió y le sucedió, bástame decir que de nuevo fue ordenada en ella la caridad (Cant 2, 4), para que de nuevo la estrenase en la Santa Iglesia, que debajo de aquel símbolo se le entregaba. Y con estos favores la devolvieron los Ángeles al Cenáculo, llevando siempre en sus manos aquel misterioso templo que su Hijo santísimo le entregó. Estuvo en oración los nueve días siguientes sin moverse ni interrumpir los actos en que la dejó la visión beatífica, que no caben en pensamiento humano, ni pueden manifestarlo las palabras. Pero entre otras cosas que hizo fue distribuir los tesoros de la Redención entre los hijos de aquella Iglesia, comenzando por los Apóstoles y discurriendo por los futuros tiempos los aplicaba a diversos justos y santos, según los ocultos secretos de la eterna predestinación. Y porque la ejecución de estos decretos se le cometió a María

santísima por su Hijo purísimo, le dio el dominio de toda la Iglesia y el uso de la dispensación de la gracia que a cada uno alcanzaría de los méritos de la Redención. En misterio tan alto y escondido no puedo yo darme más a entender.

496. El último de los diez días celebró San Pedro otra Santa Misa y en ella comulgaron los mismos que en la primera. Y luego, estando todos congregados en el nombre del Señor, invocaron el Espíritu Santo y comenzaron a conferir y definir las dudas que en la Iglesia se ofrecían. Y San Pedro como cabeza y pontífice habló el primero y luego San Pablo y San Bernabé y tras ellos San Jacobo el Menor, como lo refiere San Lucas en el capítulo 15 de los Actos (Act 15, 6ss.). Lo primero que se determinó en este concilio fue que no se les impusiese a los bautizados la pesada ley de la circuncisión y ley mosaica, pues ya la salvación eterna se daba por el bautismo y fe de Cristo. Y aunque esto es lo que principalmente refiere San Lucas, pero también se determinaron otras cosas que tocaban al gobierno y ceremonias eclesiásticas, para atajar algunos abusos que con indiscreta devoción comenzaban a introducir algunos fieles. Este concilio se juzga por el primero de los Apóstoles, no obstante que también se juntaron para ordenar el Credo y otras cosas, como arriba se ha dicho (Cf. supra n. 215), pero en el Credo concurrieron solos los doce Apóstoles, y en esta junta fueron convocados los discípulos que pudieron concurrir, y las ceremonias de conferir y determinar fueron diferentes y en forma propia de determinación, como parece por las que refiere San Lucas (Act 15, 28): *Ha parecido al Espíritu Santo y a nosotros, congregados en uno, etc.*

497. Con esta forma de palabras se escribió este Concilio a los fieles y a las iglesias de Antioquía, Siria y Cilicia, lo que en él se había definido, y remitieron las

cartas por mano del mismo San Pablo con San Bernabé y otros discípulos. Y para aprobar el Señor esta definición sucedió que en el Cenáculo, cuando la hicieron los Apóstoles, y en Antioquia, cuando leyeron las cartas en presencia de la Iglesia, descendió el Espíritu Santo en forma de fuego visible, con que todos los fieles quedaron consolados y confirmados en la verdad católica. Dio gracias María santísima al Señor por el beneficio que con esta determinación había recibido la Iglesia Santa. Y luego despidió a San Pablo y a San Bernabé con los demás y para su consuelo les dio parte de las reliquias que tenía de los paños de Cristo nuestro Salvador y de la Pasión, y ofreciéndoles su protección y oraciones los envió llenos de consolación y nuevo espíritu y esfuerzo para los trabajos que les esperaban. En todos aquellos días que se tuvo este concilio no pudo llegar al Cenáculo el príncipe de las tinieblas, ni sus ministros, por el temor que les había puesto María santísima, aunque de lejos andaban acechando, pero nada pudieron ejecutar contra los agregados. ¡Dichoso siglo y dichosa congregación!

498. Pero como siempre andaba rodeando a la gran Reina y rugiendo contra ella como león, viendo que por sí nada conseguía, buscó unas mujeres hechiceras con quien tenía pacto expreso en Jerusalén y persuadiólas que quitasen la vida con maleficios a María santísima. Engañadas estas infelices mujeres lo intentaron por diversos caminos, pero nada pudieron obrar sus maleficios. Y muchas veces que para esto se pusieron en presencia de la gran Señora quedaron enmudecidas y pasmadas. Y la piedad sin medida de la dulcísima Madre trabajó mucho para reducir las y desengañarlas con palabras y beneficios que les hizo, pero, de cuatro que se valió el demonio para esto, sola una se redujo y recibió el bautismo. Como todos estos intentos se le desvanecían a Lucifer, estaba el astuto Dragón tan turbado y confuso

que muchas veces se hubiera retirado de tentar a María santísima, mas no lo podía acabar con su irreparable soberbia, y el Todopoderoso Señor daba lugar a esto para que el triunfo y victorias de su Madre fuesen más gloriosas, como veremos en el capítulo siguiente.

Doctrina que me dio la Reina de los Ángeles María santísima

499. Hija mía, en la constancia y fortaleza invencible con que yo vencí la dura porfía de los demonios tienes uno de los documentos más importantes para perseverar en la gracia y adquirir grandes coronas. La naturaleza humana y la de los ángeles, aunque sea en los demonios, tienen condiciones muy opuestas y desiguales; porque la naturaleza espiritual es infatigable y la de los mortales es frágil, y tan fatigable que luego se cansa y desfallece en obrar y hallando alguna dificultad en la virtud desmaya y vuelve atrás en lo comenzado; lo que un día hace con gusto otro le da el rostro, lo que hoy le parece fácil mañana lo halla dificultoso, ya quiere ya no quiere, ya está fervorosa ya tibia; mas el demonio nunca se da por fatigado ni cansado en perseguirla y tentarla. Pero en esta providencia no es defectuoso el Altísimo, porque a los demonios les limita y detiene en su poder, para que no pasen la raya de la permisión divina ni estrenen todas sus fuerzas infatigables en perseguir a las almas, y a los hombres ayuda en su flaqueza y les da gracia y virtudes con que puedan resistir y vencer a sus enemigos en la esfera y en el plazo que tienen permisión para tentarlos.

500. Con esto queda inexcusable la inconstancia de las almas que desfallecen en la virtud y en la tentación, por no padecer con fortaleza y paciencia la breve amargura que hallan del presente en obrar bien y en resistir al demonio. Luego se atraviesa la inclinación de las pasiones que apetece el deleite presente y sensible, y el

demonio con astucia diabólica se lo representa con fuerza y con ella misma les pondera la acedia y dificultad de la mortificación y si puede se la representa como dañosa para la salud y la vida. Y con estos engaños derriba innumerables almas hasta precipitarlas de un abismo a otro. Y verás, hija mía, en esto un error muy ordinario entre los mundanos, pero muy aborrecible en los ojos del Señor y en los míos; esto es, que muchos hombres son débiles, inconstantes y flacos para hacer una obra de virtud y mortificación y penitencia por sus pecados en servicio de Dios, y estos mismos, que para el bien son flacos, para pecar son fuertes y en el servicio del demonio son constantes y emprenden y hacen en esto obras más arduas y trabajosas que cuantas les manda la Ley de Dios; de manera que para salvar sus almas son flacos y sin fuerzas y para granjear su condenación eterna son fuertes y robustos.

501. Este daño suele alcanzar en parte a los que profesan vida de perfección y escuchan sus penalidades más de lo que conviene, y con este error o se retardan mucho en la perfección, o gana el demonio muchas victorias de sus tentaciones. Para que tú, hija mía, no incurras en estos peligros, te servirá de advertencia atender a la fortaleza y constancia con que yo resistí a Lucifer y a todo el infierno y la superioridad con que despreciaba sus falsas ilusiones y tentaciones sin turbación ni atender a ellas, que éste es el mejor modo de vencer su altiva soberbia. Tampoco por las tentaciones fui remisa en obrar ni omitir mis ejercicios, antes los acrecenté con más oraciones, peticiones y lágrimas, como se debe hacer en el tiempo de las batallas contra estos enemigos. Y así te advierto que lo hagas con todo desvelo, porque tus tentaciones no son ordinarias, sino con suma malicia y astucia, como muchas veces te lo he manifestado y la experiencia te lo enseña.

502. Y porque has reparado mucho en el terror que causó a los demonios el conocer que yo tenía en mi pecho a mi Hijo santísimo sacramentado, te quiero advertir dos cosas. La una es, que para destruir al infierno y poner terror a todos los demonios son armas poderosas en la santa Iglesia todos los Sacramentos y sobre todos el de la Sagrada Eucaristía. Y éste fue uno de los fines ocultos que tuvo mi Hijo santísimo en la institución de este soberano misterio y los demás. Y si las almas no sienten hoy esta virtud y efectos con ordinaria experiencia, esto sucede porque con la costumbre de estos sacramentos se les ha perdido mucho la veneración y estimación con que se debían tratar y recibir. Pero las almas que con reverencia y devoción los frecuentan, no dudes que son formidables para los demonios y sobre ellos tienen grande y poderoso imperio, al modo que de mí lo has conocido en lo que has escrito. La razón de esto es, porque este fuego divino, cuando el alma es pura, está en ella como en su natural esfera, y en mí estuvo con toda la actividad que en pura criatura era posible, y por eso fue tan terrible para el infierno.

503. Lo segundo que en prueba de esta verdad te digo es que este beneficio que yo recibí no se acabó en mí sola, porque respectivamente le ha hecho Dios con otras almas. Y en estos tiempos ha sucedido en la Iglesia, que para vencer Dios al Dragón infernal le manifestó y puso delante a un alma con Cristo sacramentado en el pecho y con esto le humilló y arruinó de manera, que muchos días no se atrevió el mismo Lucifer a ponerse en presencia de esta alma y pidió al Omnipotente que no se la manifestase en aquel estado con la comunión en el pecho. Y en otra ocasión sucedió que el mismo Lucifer con intervención de algunos herejes y otros malos cristianos intentó un gravísimo daño contra este reino católico de España y, si Dios no le atajara por medio de esta misma persona, ya estuviera hoy España de todo

punto perdida y en poder de sus enemigos. Mas la divina clemencia se valió para atajarlo de la misma persona que te digo, manifestándosela al demonio y sus ministros, después que había comulgado. Y con el terror que les causó desistieron de la maldad que tenían fraguada para acabar de una vez con España. Y no te declaro quién es esta persona, porque no es necesario y sólo te he manifestado este secreto para que entiendas la estimación que tiene en los ojos de Dios un alma que se dispone a merecer sus favores y dignamente le recibe sacramentado, y que no sólo conmigo por la dignidad y santidad de Madre se manifiesta liberal y poderoso, sino también con otras almas esposas suyas quiere ser conocido y glorificado, acudiendo a las necesidades de su Iglesia según los tiempos y ocasiones lo piden.

504. Pero de aquí entenderás que por la misma razón que los demonios temen tanto a las almas que dignamente reciben la sagrada comunión y otros sacramentos con que se hacen invencibles para ellos, por esto mismo se desvelan mucho más contra estas almas para derribarlas o para impedirles que no cobren contra ellos tan gran potencia como les comunica el Señor. Trabaja, pues, contra enemigos tan infatigables y astutos y procura imitarme en esta fortaleza. También quiero que tengas en gran veneración los Concilios de la Iglesia Santa y luego todas las congregaciones de ella con lo que se ordena y determina, porque en los concilios asiste el Espíritu Santo y en las congregaciones que se juntan en el nombre del Señor es promesa suya que estará también con ellos (Mt 8, 20). Y por esto se debe obedecer a lo que ordenan y mandan. Y aunque no se vean hoy señales visibles de la asistencia del Espíritu Santo en los Concilios, no por eso deja de gobernarlos ocultamente, y las señales y milagros no son ahora tan necesarios en esto como en los principios de la Iglesia, y en la que son menester tampoco los niega el Señor. Por todos estos

beneficios bendice y alaba su liberal piedad y misericordia, y sobre todo por las que hizo conmigo cuando vivía en carne mortal.

CAPITULO 7

Concluyó María santísima las batallas, triunfando gloriosamente de los demonios, como lo contiene San Juan Evangelista en el capítulo 12 de su Apocalipsis.

505. Para entender mejor los misterios ocultos de este capítulo es necesario suponer los que dejó escritos en la primera parte, libro primero, desde el capítulo 8 hasta el 10, donde por aquellos tres capítulos declaré el 12 del Apocalipsis, como allí se me dio a entender. Y no sólo entonces, pero en el discurso de toda esta divina Historia (Cf. supra p. II n. 327, 363)), me he remitido a esta tercera parte para manifestar en su lugar propio cómo se ejecutaron las batallas que María santísima tuvo con Lucifer y sus demonios y los triunfos que de ellos alcanzó y el estado en que después de estas victorias misteriosas la dejó el Altísimo por el tiempo que vivió en carne mortal. De todos estos venerables secretos tuvo noticia el Evangelista San Juan y los escribió en su Apocalipsis, como otras veces he dicho (Cf. supra n. 11), particularmente en los capítulos 12 y 21, cuyas declaraciones repito en esta Historia, siendo forzoso por dos razones.

506. La una, porque estos secretos son tantos, tan grandiosos y levantados, que nunca se pueden appear ni manifestar adecuadamente, y menos habiéndolos encerrado el Evangelista, como sacramento del Rey y de la Reina, en tantos enigmas y metáforas tan oscuras para que sólo los declarase el mismo Señor, cuando y como fuese su voluntad; que así se lo mandó María santísima al evangelista (Cf. supra n. 11). La segunda razón es, porque la rebelión y soberbia de Lucifer, aunque fue

levantándose contra la voluntad y órdenes del altísimo y omnipotente Dios, pero la materia principal sobre quien cayó esta rebeldía fueron Cristo nuestro Señor y su Madre santísima, a cuya dignidad y excelencia no quisieron sujetarse los ángeles apostatas y rebeldes. Y aunque sobre esta rebeldía fue la primera batalla que tuvieron con San Miguel y sus ángeles en el cielo, pero entonces no la pudieron tener con el Verbo humanado y con su Madre Virgen en persona, mas de en aquella señal o representación de la misteriosa Mujer que se les propuso y manifestó en el cielo, con los misterios que encerraba como Madre del Verbo eterno que en ella tomaría forma humana. Y cuando ya llegó el tiempo en que se ejecutaron estos admirables sacramentos y encarnó el Verbo en el tálamo virginal de María, fue conveniente que se renovase con ellos esta batalla con Cristo y María en sus personas y por sí mismos triunfases de los demonios, como el mismo Señor les había amenazado, así en el Cielo como después en el Paraíso, que pondría enemistades entre la mujer y la serpiente y entre la semilla de la mujer para que ella le quebrase la cabeza (Gen. 3, 15).

507. Todo esto se cumplió a la letra en Cristo y María, porque de nuestro gran Pontífice y Salvador dijo San Pablo (Heb 4, 15), que fue tentado por todas las cosas por similitud y ejemplo, pero sin pecado, y lo mismo fue María santísima. Y para tentarlos tenía permiso Lucifer después que cayó del cielo, como dije en el capítulo 10 citado de la primera parte (Cf. supra p. I n. 127). Y porque esta batalla de María santísima correspondía a la primera que pasó en el cielo y fue para los demonios ejecución de la amenaza y amago que allí tuvieron con la señal que la representaba, por esto las escribió y encerró debajo de unas mismas palabras y enigmas. Y explicado ya lo que toca a la primera pelea (Cf. supra p. I n. 92), es necesario manifestar lo que pasó en la segunda. Y

aunque Lucifer y sus demonios en aquella primera rebelión fueron castigados con la carencia eterna de la visión beatífica y arrojados al infierno, pero en esta segunda batalla fueron de nuevo castigados con accidentales penas correspondientes a los deseos y conatos con que perseguían y tentaban a María santísima. La razón de esto es, porque a las potencias es natural en la criatura tener delectación y contentamiento cuando consiguen lo que apetecen, según la fuerza con que lo apetecían, y por el contrario reciben dolor y pena con la displicencia, cuando no lo consiguen o les sucede al revés de lo que deseaban y esperaban; y los demonios desde su caída ninguna cosa más vehemente habían deseado que derribar de la gracia a la que había sido Medianera para que los hijos de Adán la consiguiesen. Y por esto fue incomparable tormento para los dragones infernales verse vencidos, rendidos y desesperados de la confianza y deseos que tantos siglos habían maquinado.

508. Para la divina Madre por las mismas razones y por otras muchas fue de singular gozo este triunfo de ver quebrantada la antigua serpiente. Y para término de la batalla y principio del nuevo estado que había de tener después de estas victorias, le tuvo prevenidos su Hijo santísimo tales y tantos favores, que exceden a toda capacidad humana y angélica. Y para explicar yo algo de lo que se me ha dado a conocer, es necesario advierta el que esto leyere, que nuestros términos y palabras por nuestra limitada capacidad y potencias siempre son unas mismas con que declaramos estos y otros misterios sobrenaturales, así los más altos como los que no son tan distantes de nosotros; pero en el objeto de que hablo hay capacidad o latitud infinita con que pudo la omnipotencia de Dios levantarla de un estado que nos parece altísimo a otro más alto, y de éste a otro nuevo y mejorado, y confirmarla en el mismo género de gracias, dones y favores, porque llegando como llegó María santísima a

todo lo que no es ser de Dios, encierra una inmensa latitud y hace por sí sola una jerarquía mayor y más elevada que todo el resto de las otras criaturas humanas y angélicas.

509. Advertido, pues, todo esto, diré como pudiere lo que sucedió a Lucifer hasta ser últimamente vencido por María santísima y por su Hijo y nuestro Salvador. No quedó desengañado del todo el Dragón y sus demonios con los triunfos que referí en el capítulo pasado (Cf. supra n. 492), en que la gran Señora le arrojó y precipitó al profundo desde la región del aire, ni con los maleficios que intentó por aquellas mujeres de Jerusalén, aunque todos se le desvanecieron. Antes bien, presumiendo su implacable malicia de este enemigo que la restaba poco tiempo del permiso que tenía para tentar y perseguir a María santísima, intentó de nuevo recompensar el corto plazo que imaginaba, con añadir más furor y temeridad contra ella. Para esto buscó primero otros hombres mayores hechiceros que tenía muy versados en el arte mágica y maléfica y, dándoles nuevas instrucciones, les encargó quitasen la vida a la que ellos tenían por enemiga. Intentáronlo así muchas veces aquellos maléficos ministros con diversos modos de hechizos de gran crueldad y eficacia, pero con ninguno pudieron ofender en mucho ni en poco a la salud ni a la vida de la beatísima Madre, porque los efectos del pecado no tenían jurisdicción sobre la que no tuvo parte en él, y por otros títulos era privilegiada y superior a todas las causas naturales. Viendo esto el dragón y frustrados sus intentos en que tanto se había desvelado, castigó con impía crueldad a los hechiceros de quien se había valido, permitiéndolo el Señor y mereciéndolo ellos por su temeridad y para que conocieran a qué dueño servían.

510. Irritándose Lucifer a sí mismo con nueva

indignación, convocó a todos los príncipes de las tinieblas y ponderóles mucho las razones que tenían, desde que fueron arrojados del cielo, para estrenar todas sus fuerzas y malicia en derribar aquella Mujer su enemiga, que ya conocían era la que allá se les había mostrado; convinieron todos en esto y determinaron ir juntos y cogerla a solas, presumiendo que en alguna ocasión estaría menos prevenida o acompañada de quien la defendía. Aprovecháronse luego de la ocasión que les pareció oportuna y, despoblándose el infierno para esta empresa, acometieron todos de tropel juntos, estando María santísima sola en su oratorio. La batalla fue la mayor que con pura criatura se ha visto ni se verá desde la primera del cielo empíreo hasta el fin del mundo, porque ésta fue semejante a aquélla. Y para que se vea cuál sería el furor de Lucifer y sus demonios, se ha de ponderar el tormento que sentían de llegar a donde estaba María santísima y mirarla, así por la virtud divina que en ella sentían como por las muchas veces que los había oprimido y vencido. Contra este dolor y pena de los demonios prevaleció su indignación y envidia y les obligó a forcejar contra el tormento que sentían y meterse por las picas o espadas a trueque de ejecutar su venganza contra la divina Señora, porque el no intentarlo era mayor tormento para Lucifer que otra cualquier pena.

511. El primer ímpetu de este acometimiento fue principalmente a los sentidos exteriores de María santísima con estruendo de aullidos, gritos, terrores y confusión, y formando en el aire y por especies un estrépito y temblor tan espantoso como si toda la máquina del mundo se arruinara; y para mayor asombro tomaron diversas figuras visibles, unos de demonios feos, abominables en diferentes formas, otros de ángeles de luz, y entre unos y otros fingieron una riña o batalla tenebrosa y formidable, sin que pudiera conocer la causa, ni se oyera más que el estrépito confuso y muy

terrible. Esta tentación fue para causar terror y turbación en la Reina. Y verdaderamente se le diera grandísimo a cualquiera otra humana criatura, aunque fuera santa, dejándola en el orden común de la gracia, y no lo pudiera tolerar sin perder la vida, porque duró esta batería doce horas enteras.

512. Pero nuestra gran Reina y Señora a todo estuvo inmóvil, quieta y serena, y con el mismo sosiego que si nada viera ni oyera; no se turbó, ni alteró, ni mudó semblante, ni tuvo tristeza ni movimiento alguno por toda esta infernal turbación. Luego encaminaron los demonios otras tentaciones a las potencias interiores de la invencible Madre, y en éstas derramaron el corriente de sus pechos diabólicos más de lo que yo puedo decir, porque fue cuanto ellos pudieron hacer con falsas revelaciones, luces, sugestiones, promesas, amenazas, sin dejar virtud que no tentasen con todos los vicios contrarios y por todos los medios y modos que pudo fabricar la astucia de tantos demonios. Y no me detengo en particularizar estas tentaciones, porque ni es necesario ni conveniente. Pero venciólas nuestra Reina y Señora tan gloriosamente, que en todas las materias de las virtudes hizo actos contrarios y tan heroicos, como se puede imaginar sabiendo que obró con todo el conato y fuerza de la gracia, virtudes y dones que tenía en el estado de santidad en que entonces se hallaba.

513. Pidió en esta ocasión por todos los que fuesen tentados y afligidos del demonio, como quien experimentaba la fuerza de su malicia y la necesidad del socorro divino para vencerla. Concedióla el Señor que todos los afligidos de tentaciones que la invocasen en ellas fuesen defendidos por su intercesión. Perseveraron los demonios en esta batalla hasta que ya no tenían nueva malicia que estrenar contra la Purísima entre las criaturas. Y entonces clamó de su parte la justicia para

que se levantase Dios a juzgar su causa, como dijo Santo Rey y Profeta David (Sal 73, 22), y fuesen disipados sus enemigos y ahuyentados los que le aborrecen con su presencia. Para hacer este juicio descendió el Verbo humanado desde el cielo al Cenáculo y retiro donde estaba su Madre Virgen, para ella como Hijo dulcísimo y amoroso y para los enemigos como Juez muy severo en trono de suprema majestad. Acompañábanle innumerables Ángeles, y de los Antiguos Santos, Adán y Eva con muchos Patriarcas y Profetas, San Joaquín y Santa Ana, y todos se presentaron y manifestaron a María Santísima en su oratorio.

514. Adoró la gran Señora a su Hijo y Dios verdadero postrada en tierra con la veneración y culto que solía. Los demonios no vieron al Señor, pero sintieron y conocieron por otro modo su real presencia, y con el terror que les causó intentaron huir para alejarse de lo que allí, temían. Mas el poder divino los detuvo, aprisionándolos como con cadenas fuertes, en el modo que se ha de entender lo puede hacer con las naturalezas espirituales, y el extremo de estas prisiones o cadenas puso el Señor en manos de su santísima Madre.

515. Salió luego una voz del trono que decía contra ellos: Hoy vendrá sobre vosotros la indignación del Omnipotente y os quebrantará la cabeza una mujer descendiente de Adán y Eva y se ejecutará la antigua sentencia que se fulminó en las alturas y después en el paraíso, porque inobedientes y soberbios despreciasteis a la humanidad del Verbo y a la que se la vistió en su virginal tálamo. Luego fue levantada María santísima de la tierra donde estaba por manos de seis serafines de los supremos que asistían al trono real y puesta en una refulgente nube la colocaron al lado del mismo trono de su Hijo santísimo. Y de su propio ser y divinidad salió un resplandor inefable y excesivo, que toda la rodeó y vistió

como si fuera el globo del mismo sol. Pareció también debajo de sus pies la luna, como quien hollaba todo lo inferior, terreno y variable que manifiestan sus vacíos. Y sobre la cabeza le pusieron una diadema o corona real de doce estrellas, símbolo de las perfecciones divinas que se le habían comunicado en el grado posible a pura criatura. Manifestaba también estar preñada del concepto que en sí tenía del ser de Dios y del amor que le correspondía proporcionalmente. Daba voces como con dolores de parto de lo que había concebido, para que lo participasen todas las criaturas capaces, y ellas lo resistían aunque ella lo deseaba con lágrimas y gemidos (Ap 12, 1ss.).

516. Esta señal, tan grande como en la mente divina había sido fabricada, se le propuso en aquel cielo a Lucifer que estaba en forma de dragón grande y rojo, con siete cabezas coronadas con siete diademas y diez cuernos, manifestando en esta horrenda figura que él era autor de todos los siete pecados capitales, y que los quería coronar en el mundo con las imaginadas herejías, que por esto se reducían a siete diademas, y con la agudeza y fortaleza de su astucia y maldad había destrozado en los mortales la divina ley reducida a los diez mandamientos, armándose con diez cuernos contra ellos. Arrebatava también con el círculo de su cola la tercera parte de las estrellas del cielo (Ap 12, 4), no sólo por los millares de ángeles apóstatas que desde allá le siguieron en su inobediencia, sino también porque ha derribado del cielo de esta Iglesia a muchos que parecían levantarse sobre las estrellas, o en dignidad o en santidad.

517. Con esta figura tan espantosa y fea estaba Lucifer, y con otras muy diversas, pero todas abominables, estaban sus demonios en esta batalla en presencia de María santísima, que estaba para producir el parto

espiritual de la Iglesia, que con él se había de perpetuar y enriquecer. Y el Dragón esperaba que pariese este hijo para devorarlo, destruyendo la nueva Iglesia, si pudiera, por la demasiada envidia con que se indignaba y enfurecía de que aquella Mujer fuese tan poderosa en establecer la Iglesia y llenarla de tantos hijos, y con sus méritos, ejemplo e intercesiones fecundarla de tantas gracias y llevar tras de sí misma tantos predestinados para la felicidad eterna. Y no obstante la envidia del dragón, parió un hijo varón, que gobernase a todas las gentes con vara fuerte de hierro (Ap 12, 5). Este hijo varón fue el espíritu rectísimo y fuerte de la misma Iglesia, que con la rectitud y potestad de Cristo nuestro bien rige a todas las gentes en justicia, y asimismo son también todos los varones apostólicos que con él han de juzgar en el juicio (Mt 19, 28) con la vara de hierro de la divina justicia. Y todo esto fue parto de María santísima, no sólo porque parió al mismo Cristo, sino también porque con sus méritos y diligencia parió a la misma Iglesia debajo de esta santidad y rectitud y la crió el tiempo que vivió ella en el mundo y ahora y siempre la conserva con el mismo espíritu varonil en que nació, cuanto a la rectitud de la verdad católica y a la doctrina, contra quien no prevalecerán las puertas del infierno (Mt 16, 18).

518. Y dice San Juan Evangelista (Ap 12, 5-6) que fue arrebatado este hijo al trono de Dios y la mujer huyó a la soledad donde tenía preparado lugar, para que la alimentasen allí mil doscientos y sesenta días. Esto es, que todo el parto legítimo de esta soberana Mujer, así en la común santidad del espíritu de la Iglesia, como en las almas particulares que ella engendró y engendra como parto propio suyo espiritual, todo llega al trono donde está el parto natural, que es Cristo, en quien y para quien los engendra y cría. Pero la soledad a que fue llevada desde esta batalla María santísima fue un estado

altísimo y lleno de misterios, de que diré algo adelante (Cf. infra n. 525), y llámase soledad porque sola ella estuvo en él entre todas las criaturas y ninguna otra le pudo alcanzar ni llegar a él. Y allí estuvo sola de criaturas, como diremos (Cf. infra n. 535), y más sola para el demonio, que sobre todos ignoraba este sacramento, y no pudo tentarla ni perseguirla más en su persona (Cf. infra n. 526). Y allí la alimentó el Señor mil doscientos y sesenta días, que fueron los que vivió en aquel estado antes de pasar a otro.

519. Todo esto conoció Lucifer y se le intimó antes que se escondiera aquella divina Mujer y señal viva que con sus demonios estaba mirando. Y con esta noticia perdió la confianza, en que su gran soberbia le había mantenido por más de cinco mil años, de vencer a la que fuese Madre del Verbo humanado. Y con esto se deja entender algo cuál sería el despecho y tormento de este Dragón grande y de sus demonios, y más viéndose atados y rendidos de la Mujer que con tanto estudio y furiosa saña habían deseado y procurado derribar de la gracia e impedirla sus méritos y fruto de la Iglesia. Forcejaba el dragón para retirarse y decía: Oh Mujer, dame permiso para arrojarme a los infiernos, que no puedo estar en tu presencia, ni me pondré más en ella mientras vivieres en este mundo. Venciste, oh Mujer, venciste, y te conozco por poderosa en la virtud del que te hizo Madre suya. Dios omnipotente, castíganos por ti mismo, que a ti no te podemos resistir, y no por el instrumento de una mujer de tan inferior naturaleza. Su caridad nos consume, su humildad nos quebranta y en todo es una demostración de tu misericordia para los hombres y esto nos atormenta sobre muchas penas. Ea, demonios, ayudadme, pero ¿qué podemos todos contra esta Mujer, pues no alcanzan nuestras fuerzas a retirarnos de ella, mientras no quiere arrojarnos de su intolerable presencia? Oh estultos hijos de Adán, ¿por qué me seguís a mí y dejáis la vida por la

muerte, la verdad por la mentira? ¿Qué absurdo y qué desacierto es el vuestro —así lo confieso a mi despecho— pues tenéis de vuestra parte y en vuestra naturaleza al Verbo encarnado y esta Mujer? Mayor ingratitud es la vuestra que la mía, y esta Mujer me obliga a confesar las verdades que de todo mi corazón aborrezco. Maldita sea la determinación que tuve de perseguir a esta hija de Adán que así me atormenta y me quebranta.

520. Cuando el Dragón confesaba estos despechos, se manifestó el príncipe de los ejércitos celestiales San Miguel para defender la causa de María santísima y del Verbo humanado, y con las armas de sus entendimientos se trabó otra batalla con el dragón y sus seguidores (Ap 12, 7). Altercaron con ellos San Miguel y sus Ángeles, redarguyéndolos y convenciéndolos de nuevo de la antigua soberbia y desobediencia que cometieron en el cielo y de la temeridad con que habían perseguido y tentado al Verbo humanado y a su Madre, en quien ni tenían parte ni derecho alguno, por no haber tenido ningún pecado, ni dolo ni defecto. Justificó San Miguel las obras de la divina justicia, declarándolas por rectísimas y sin querella en haber castigado la inobediencia y apostasía de Lucifer y sus demonios, y los anatematizaron e intimaron de nuevo la sentencia de su castigo, y confesaron al Omnipotente por santo y justo en todas sus obras. Defendía también el dragón y los suyos la rebelión y audacia de su soberbia, pero todas sus razones eran falsas, vanas y llenas de diabólica presunción y errores.

521. Fue hecho silencio en esta altercación y el Señor de los ejércitos habló con María santísima y la dijo: Madre mía y amiga mía, elegida entre las criaturas por mi eterna sabiduría para mi habitación y templo santo; vos sois quien me dio la forma de hombre y restauró la pérdida del linaje humano, la que me ha seguido, imitado y merecido la gracia y dones que sobre todas mis

criaturas os he comunicado y jamás en vos estuvieron ociosos ni vacíos. Sois el objeto digno de mi infinito amor, el amparo de mi Iglesia, su Reina, Señora y Gobernadora. Tenéis mi comisión y potestad, que como Dios omnipotente puse en vuestra fidelísima voluntad; mandad con ella al infernal dragón que mientras viviereis en la Iglesia no siembre en ella la cizaña de los errores y herejías que tiene prevenidas y degollad su dura cerviz, quebrantadle la cabeza, porque en vuestros días quiero que por vuestra presencia goce de este favor la Iglesia.

522. Ejecutó María santísima este orden del Señor y con potestad de Reina y de Señora mandó a los dragones infernales enmudeciesen y callasen sin derramar entre los fieles las sectas falsas que tenían prevenidas, y que mientras ella estaba en el mundo, no se atreviesen a engañar a ninguno de los mortales con sus heréticos dogmas y doctrinas. Esto sucedió así, aunque la ira de la serpiente, en venganza de la gran Reina, tenía intento de derramar aquel veneno en la Iglesia, y para que no lo hiciese viviendo en ella la divina Madre lo impidió por su mano el mismo Señor por el amor que la tenía. Después de su glorioso tránsito se dio permiso al demonio para que lo hiciese, por los pecados de los hombres pesados en los justos juicios del Señor.

523. Luego fue arrojado, como dice San Juan Evangelista (Ap 12, 9), el Dragón grande, antigua serpiente que se llama diablo y Satanás, y con sus ángeles salió de la presencia de la Reina y cayó en la tierra, a donde se le dio permiso que estuviese, como alargándole un poco la cadena con que estaba preso. Al punto se oyó una voz, que fue del Arcángel en el Cenáculo, y decía: Ahora se ha obrado la salvación y virtud y el reino de Dios y la potestad de su Cristo, porque ha sido arrojado el acusador de nuestros hermanos, que los acusaba de día y de noche; y ellos le han vencido

por la sangre del Cordero y por las palabras de su testimonio y se entregaron a la muerte. Alégrese por esto los cielos y los que en ellos viven. ¡Ay de la tierra y del mar, porque baja a vosotros el diablo con grande saña sabiendo que tiene poco tiempo (Ap 12, 10)! — Declaró el Ángel en estas palabras que, en virtud de las victorias y triunfos de María santísima con los de su Hijo y Salvador nuestro, quedaba asegurado el reino de Dios, que es la Iglesia, y los efectos de la Redención humana para los justos; y a todo esto llamó salvación, virtud y potestad de Cristo. Y porque si María santísima no hubiera vencido al Dragón infernal, sin duda este impío y poderoso enemigo impediría los efectos de la redención, por esto salió aquella voz del Ángel cuando se concluyó esta batalla y cuando fue vencido y arrojado el dragón a la tierra y al mar; y dio la enhorabuena a los santos, porque ya quedaba quebrantada la cabeza y los pensamientos del demonio que calumniaba a los hombres, a quienes llamó el Ángel hermanos por el parentesco del alma y de la gracia y gloria.

524. Y las calumnias con que perseguía y acusaba el Dragón a los mortales eran las ilusiones y engaños con que pretendía pervertir los principios de la Iglesia evangélica y las razones de justicia que alegaba ante el Señor de que los hombres, por su ingratitude y pecados y por haber quitado la vida a Cristo nuestro Salvador, no merecían el Fruto de la Redención ni la misericordia del Redentor, sino el castigo de dejarlos en sus tinieblas y pecados para su eterna condenación. Pero contra todo esto alegó María santísima, como Madre dulcísima y clementísima, y nos mereció la fe y su propagación y la abundancia de misericordias y dones que se nos han dado en virtud de la muerte de su Hijo; todo lo cual desmerecerían los pecados de los que le crucificaron y de los demás que no le han recibido por su Redentor. Pero avisó el Ángel a los moradores de la tierra con

aquella dolorosa compasión, para que estuviesen prevenidos contra esta serpiente que bajaba a ellos con grande saña, porque sin duda juzgó que le quedaba poco tiempo para ejecutarla y después que conoció los misterios de la Redención y el poder de María santísima y la abundancia de gracia, maravillas y favores con que se fundaba la primitiva Iglesia; porque de todos estos sucesos, entró en sospecha de que se acabaría luego el mundo, o que todos los hombres seguirían a Cristo nuestro bien y se valdrían de la intercesión de su Madre para conseguir la vida eterna. Mas, ¡ay dolor, que los mismos hombres han sido más locos y estultos y desagradecidos de lo que pensó el mismo demonio!

525. Y declarando más estos misterios, dice el Evangelista (Ap 12, 13) que, cuando se vio el dragón grande arrojado a la tierra, intentó perseguir a la mujer misteriosa que parió al varón. Mas a ella le fueron dadas dos alas de una grande águila, para que volase a la soledad o desierto, donde es alimentada por tiempo y tiempos y mitad del tiempo, fuera de la cara de la serpiente. Y por esto la misma serpiente arrojó de su boca tras de la mujer un copioso río, para que la atrajese si fuera posible. En estas palabras se declara más la indignación de Lucifer contra Dios y su Madre y contra la Iglesia, pues cuanto era de su parte de este dragón siempre arde su envidia y se levanta su soberbia y le quedó malicia para tentar de nuevo a la Reina, si le quedaran fuerzas y permiso. Pero éste se le acabó en cuanto tentarla a ella, y por esto dice que le dieron dos alas de águila para que volase al desierto, donde es alimentada por los tiempos que allí señala. Estas alas misteriosas fueron la potestad o virtud divina que le dio el Señor a María santísima para volar y ascender a la vista de la divinidad y de allí descender a la Iglesia a distribuir los tesoros de la gracia en los hombres, de que hablaremos en el capítulo siguiente (Cf. infra n. 535).

526. Y porque desde entonces no tuvo licencia el demonio para tentarla más en su persona, dice que en esta soledad o desierto estaba lejos de la cara de la serpiente. Y los tiempos y tiempo y mitad del tiempo, son tres años y medio, que hacen los mil doscientos y sesenta días que arriba se dijo menos algunos días. Y en este estado, y otros que diré (Cf. infra n. 601), estuvo María santísima lo restante de su vida mortal. Pero como el dragón quedó desahuciado de tentarla a ella, arrojó el río de su venenosa malicia tras de esta divina Mujer (Ap 12, 15), porque, después de la victoria que de él alcanzó, procuró tentar astutamente a los fieles y perseguirlos por medio de los judíos y gentiles; y especialmente después del tránsito glorioso de la gran Señora, soltó el río de las herejías y sectas falsas, que tenía como represadas en su pecho. Y las amenazas que contra María santísima había hecho después que le venció, fue la guerra que intentó hacerle, vengarse en los hombres, a quien la gran Señora tenía tanto amor, ya que no podía ejecutar su ira en la persona de la misma Reina.

527. Por esto dice luego San Juan Evangelista (Ap 12, 17) que, indignado el dragón, se fue para hacer guerra a los demás que eran de su generación y semilla y que guardan la ley de Dios y tienen el testimonio de Cristo. Y estuvo este dragón sobre la arena del mar (Ap 12, 18), que son los innumerables infieles, idólatras, judíos y paganos, donde hace y ha hecho guerra a la Santa Iglesia, a más de la que hace ocultamente tentando a los fieles. Pero la tierra firme y estable, que es la inmutabilidad de la Santa Iglesia y su incontrastable verdad católica, ayudó a la misteriosa mujer, porque abrió su boca y sorbió el río que derramó la serpiente contra ella (Ap 12, 16). Y esto sucede así, pues la Santa Iglesia, que es el órgano y la boca del Espíritu Santo, ha condenado, convencido y confundido todos los errores y

falsas sectas y doctrinas con las palabras y enseñanza que de esta boca salen por las divinas Escrituras, Concilios, determinaciones, doctores, maestros y predicadores del Evangelio.

528. Todos estos misterios y otros muchos encerró el Evangelista declarando o refiriendo esta batalla y triunfos de María santísima. Y para darles fin en el Cenáculo, aunque ya Lucifer estaba arrojado fuera de él y como asido de la cadena que tenía la victoriosa Reina, conoció la gran Señora era tiempo y voluntad de su Hijo santísimo que le arrojase y precipitase a las cavernas infernales. Y en esta fortaleza y virtud divina los soltó y con imperio les mandó descendiesen en un punto al profundo. Y como lo pronunció María santísima, cayeron todos los demonios por entonces a las cavernas más distantes del infierno, donde estuvieron algún tiempo dando formidables aullidos y despechos. Luego los Santos Ángeles cantaron nuevos cánticos al Verbo humanado por sus victorias y las de su invencible Madre. Los primeros padres Adán y Eva le hicieron gracias porque había elegido aquella Hija suya para madre y reparadora de la ruina que ellos habían causado en su posteridad; los Patriarcas, porque tan feliz y gloriosamente veían cumplidos sus largos deseos y vaticinios; San Joaquín, Santa Ana y San José con mayor júbilo glorificaron al Omnipotente por la Hija y Esposa que les había dado; y todos juntos cantaron la gloria y loores al Muy Alto, santo y admirable en sus consejos. María santísima se postró ante el trono real y adoró al Verbo humanado y de nuevo se ofreció a trabajar por la Iglesia, y pidió la bendición y se la dio su Hijo santísimo con admirables efectos; pidióla también a sus padres y esposo y encomendó les la Santa Iglesia y que rogasen por todos sus fieles, y con esto se despidió toda aquella celestial compañía y se volvió a los cielos.

Doctrina que me dio la Reina de los Ángeles María santísima.

529. Hija mía, con la rebeldía de Lucifer y sus demonios se comenzaron en el cielo las batallas, que no se acabarán hasta el fin del mundo, entre el reino de la luz y el de las tinieblas, entre Jerusalén y Babilonia. Por capitán y cabeza de los hijos de la luz se constituyó el Verbo humanado como autor de la santidad y de la gracia, y por caudillo de los hijos de tinieblas se constituyó Lucifer, autor del pecado y de la perdición. Cada uno de estos príncipes defiende su parcialidad y procura aumentar su reino y seguidores. Cristo con la verdad de su fe divina, con los favores de su gracia, con la santidad de la virtud, con los alivios de los trabajos y con la esperanza cierta de la gloria que les prometió; y mandó a sus Ángeles que los acompañen, consuelen y defiendan hasta llevarlos a su mismo reino. Pero Lucifer granjea a los suyos con falacias, mentiras y traiciones, con vicios torpes y abominables, con tinieblas y confusión; y los trata ahora como señor tirano, afligiéndolos sin aliviarlos, despechándolos sin consuelo verdadero, y después les apareja eternos y lamentables tormentos, que por sí mismo y por sus demonios les dará con inhumana crueldad mientras Dios fuere Dios.

530. Mas ¡ay dolor! hija mía, que con ser esta verdad tan infalible y sabida de los mortales, con ser el estipendio tan diferente y el premio tan distante infinitamente, son pocos los soldados que siguen a Cristo, su legítimo Señor, Rey, cabeza y ejemplar, y muchos los que tiene Lucifer de su bando, sin haberlos criado, sin darles vida ni alimentos ni algún retorno, sin habérselo merecido ni haberlos obligado, como lo hizo y lo hace el autor de la vida y de la gracia mi Hijo santísimo. Tanta es la ingratitud de los hombres, tan estulta su infidelidad y tan infeliz su ceguedad. Y sólo por haberles dado

voluntad libre para seguir a su Capitán y Maestro y que sean agradecidos, se han hecho del bando de Lucifer y de balde le sirven y le franquean la entrada en la casa de Dios y en su templo, para que como tirano lo disipe y lo profane **y lleve tras de sí a los tormentos eternos el mayor resto del mundo.**

531. Pero siempre dura esta contienda, porque el Príncipe de las eternidades no cesará, por su bondad infinita, en defender a sus almas que crió y redimió con su sangre. Mas no ha de pelear con el dragón por sí solo, ni tampoco por sus ángeles, porque redundará en mayor gloria suya y exaltación de su nombre santo vencer a sus enemigos y confundir su dura soberbia por manos de las mismas criaturas humanas, en las cuales ellos pretenden tomar venganza del Señor. Yo, que soy pura criatura, fui la capitana y maestra de estas batallas, después de mi Hijo, que era Dios y hombre verdadero. Y aunque Su Majestad venció en su vida y muerte a los demonios, cuya soberbia estaba muy engreída por el dominio que desde el pecado de Adán le habían dado los mortales, pero después de Su Majestad le vencí yo en su nombre, y con estas victorias se plantó la Santa Iglesia en tan alta perfección y santidad, y así hubiera perseverado, quedando Lucifer debilitado y flaco, como otras veces te lo he manifestado (Cf. supra p. II n. 370, 999, 1415, 1434; p. III n. 138), si la ingratitud y olvido de los hombres no le hubiera dado los nuevos alientos con que hoy tiene tan perdido y estragado a todo el orbe.

532. Con todo eso no desampara a su Iglesia mi Hijo santísimo que la adquirió con su sangre, ni yo que la miro como su Madre y protectora; y siempre queremos tener en ella algunas almas que defiendan la gloria y honra de Dios, y peleen sus batallas contra el infierno, para confusión y quebranto de sus demonios. Para esto quiero que te dispongas con el favor de la divina gracia, y ni te

admires de la fuerza del dragón, ni te encojas por tu miseria y pobreza. Ya sabes que la ira de Lucifer contra mí fue mayor que contra ninguna de las criaturas y más que contra todas juntas y con la virtud del Señor le vencí gloriosamente, y con ella podrás tú resistirle en lo menos. Y aunque eres tan débil y sin las condiciones que te parece habías menester, quiero que entiendas que mi Hijo santísimo procede ahora en esto como un rey que, cuando le faltan soldados y vasallos, admite a cualquiera que le quiere servir en su milicia. Anímate, pues, a vencer al demonio en lo que a ti toca, que después te armará el Señor para otras batallas. Y te hago saber que no hubiera llegado la Iglesia católica a los aprietos en que hoy la conoces, si en ella hubiera muchas almas que tomaran por su cuenta defender la causa de Dios y su honra; pero está muy sola y desamparada de los mismos hijos que ha criado la Santa Iglesia.

CAPITULO 8

Declárase el estado en que puso Dios a su Madre santísima, con visión de la divinidad, abstractiva pero continua, después que venció a los demonios y el modo de obrar que en él tenía.

533. Al paso que los misterios de la infinita y eterna sabiduría se iban cumpliendo en María santísima, se iba también levantando la gran Señora sobre la esfera de toda santidad y pensamiento de todo el resto de las criaturas. Y como los triunfos que ganó del infernal dragón y sus demonios fueron con las condiciones, circunstancias y favores que he dicho, y todo eso venía sobre los misterios de la Encarnación, Redención y los demás de que había sido coadjutora de su Hijo santísimo, no es posible a nuestra bajeza anhelar a la consideración de los efectos que todo hacía en el purísimo corazón de esta divina Madre. Confería estas obras del Señor

consigo misma y ponderaba las con el peso de su altísima sabiduría. Crecía la llama y el incendio del amor divino con admiración de los ángeles y cortesanos del cielo, y no pudiera tolerar la vida natural los impetuosos vuelos con que se levantaba para anegarse toda en el abismo de la divinidad, si por milagro no se la conservaran. Y como al mismo tiempo la tiraba juntamente la caridad de Madre piadosísima para sus hijos los fieles, que todos pendían de ella, como las plantas del sol que las alimenta y vivifica, vino a estado que vivía en una dulcísima pero fuerte violencia para juntarlo todo en su pecho.

534. En esta disposición se halló María santísima con las victorias que alcanzó del dragón y, no obstante que por todo el discurso de su vida, desde el primer instante de ella, había obrado en todos tiempos respectivamente lo más puro, santo y levantado, sin embarazarle las peregrinaciones, trabajos y cuidados de su Hijo santísimo y de los prójimos, con todo eso en esta ocasión llegaron como a competir en su ardentísimo corazón la fuerza del amor divino y de las almas. En cada una de estas obras de la caridad sentía la violenta y santa emulación con que aspiran a más altos y nuevos dones y efectos de la gracia. Por una parte, deseaba abstraerse de todo lo sensible para levantar el vuelo a la suprema y continua unión de la divinidad, sin impedimento ni medio de criaturas, imitando a los comprensores, y mucho más al estado de su Hijo santísimo cuando vivía en el mundo, en todo lo que no era gozar de la visión beatífica que su alma tenía junto a la unión hipostática; y aunque esto no era posible a la divina Madre, pero la alteza de su santidad y amor parece que pedía todo lo que era inmediato y menos que el estado de comprensora. Por otra parte, la llamaba el amor de la Iglesia, y el acudir a todas las necesidades de los fieles, porque sin este oficio de Madre de familias no le satisfacían harto los regalos y

favores del Altísimo. Y como era menester tiempo para acudir a estas acciones de María, estaba confirmando cómo lo ajustaría sin faltar a las unas y a las otras.

535. Dio lugar el Altísimo a este cuidado de su beatísima Madre, para que fuese más oportuno el nuevo favor y estado que le tenía prevenido con su brazo poderoso. Y para esto la habló Su Majestad y la dijo: Esposa mía y amiga mía, los cuidados y pensamientos de tu ardentísimo amor han herido mi corazón y con la virtud de mi diestra quiero hacer en ti una obra que con ninguna generación se ha hecho ni se hará jamás, porque tú eres única y escogida para mis delicias entre todas las criaturas. Yo tengo para ti sola aparejado un estado y un lugar solo, donde te alimentaré con mi divinidad como a los bienaventurados, aunque por diverso modo, pero en él gozarás de mi vista continua y de mis abrazos en soledad, sosiego y tranquilidad, sin que te embaracen las criaturas ni el ser viadora. A esta habitación levantarás tu vuelo libremente, donde hallarás los infinitos espacios que pide tu excesivo amor para extenderse sin medida y límite, y desde allí volarás también a mi Iglesia Santa, de quien eres Madre, y cargada de mis tesoros los repartirás a tus hermanos, distribuyéndolos a tu disposición y voluntad en sus necesidades y trabajos, para que por ti reciban el remedio.

536. Este es el beneficio que toqué en el capítulo pasado (Cf. supra n. 518), y le encerró el Evangelista san Juan en aquellas palabras que dice (Ap 12, 6): *Y la mujer huyó a la soledad donde tenía preparado por Dios un lugar para ser alimentada por mil doscientos y sesenta días;* y luego adelante dice (Ap 12, 14) que *le fueron dadas dos alas de una grande águila para volar al desierto donde era alimentada,* etc. No es fácil para mi ignorancia darme a entender en este misterio, porque contiene muchos efectos sobrenaturales que sin ejemplar de otra criatura

se hallaron en las potencias de sola María santísima, para quien reservó Dios esta maravilla; y pues la fe nos enseña que nosotros no le podemos medir su omnipotencia incomprensible, razón es confesar que pudo hacer con ella mucho más que nosotros podemos entender y que sólo aquello se le ha de negar que tiene evidente y manifiesta contradicción en sí mismo. Y en lo que se me ha dado a entender para escribirlo, supuesto que lo entiendo, no hallo repugnancia para que sea como lo conozco, aunque para manifestarlo me faltan propios términos.

537. Digo, pues, que pasadas las batallas y victorias que nuestra Capitana y Maestra ganó contra el dragón grande y sus demonios, la levantó Dios a un estado en que le manifestó la divinidad, no con visión intuitiva como a los bienaventurados, pero con otra visión clara y por especies criadas, que en todo el discurso de esta Historia he llamado visión abstractiva; porque no depende de la presencia real del objeto, ni él mueve por sí el entendimiento como presente, sino por otras especies que le representan como él es en sí mismo, aunque está ausente: al modo que Dios me pudiera infundir a mí todas las especies y semejanzas de Roma y me la representaran como ella es en sí misma. Esta visión de la divinidad tuvo María santísima en el discurso de su vida, como en toda ella he repetido muchas veces, y aunque en sustancia no fue nueva para ella, pues la tuvo en el instante de su concepción, como allí se dijo, pero fue nueva desde ahora en dos condiciones. La una, que fue desde este día continua y permanente hasta que murió y pasó a la visión beatífica, y las otras veces había sido de paso. La segunda diferencia fue que desde esta ocasión creció cada día en este beneficio, y así fue más alto, admirable y excelente sobre toda regla y pensamiento criado.

538. Para este nuevo favor la retocaron todas sus potencias con el fuego del santuario, que fueron nuevos efectos de la divinidad con que fue iluminada y elevada sobre sí misma. Y porque este nuevo estado era una participación del que tienen los comprensos y bienaventurados y juntamente era diferente de ellos, es necesario advertir en qué estaba la similitud y en qué la diferencia. La similitud era que María santísima miraba al mismo objeto de la divinidad y atributos divinos de que ellos gozan con segura posesión y de esto conocía más que ellos. Pero la diferencia estaba en tres cosas: la primera, que los bienaventurados ven a Dios cara a cara y con visión intuitiva y la de María santísima era abstractiva, como se ha dicho. La segunda, que los santos en la patria no pueden crecer más en la visión beatífica ni en la fruición esencial en que consiste la gloria del entendimiento y voluntad, pero María santísima en la visión abstractiva que tenía como viadora no tuvo término ni tasa, antes cada día crecía en la noticia de los infinitos atributos y ser de Dios; y para esto le dieron las alas de águila con que volase siempre en aquel piélago interminable de la divinidad, donde hay más y más que conocer infinitamente sin algún fin que lo comprenda.

539. La tercera diferencia era que los Santos no pueden padecer ni merecer, ni esto es compatible con su estado, pero en el que estaba nuestra Reina padecía y merecía como viadora. Y sin esto no fuera tan grande y estimable el beneficio para ella ni para la Iglesia, porque las obras y merecimientos de la gran Señora en este estado de tanta gracia y santidad fueron de subido valor y precio para todos. Era espectáculo nuevo y admirable para los Ángeles y Santos y como un retrato de su Hijo santísimo, porque como Reina y Señora tenía potestad de dispensar y distribuir los tesoros de la gracia y por otra parte con sus inefables méritos los acrecentaba. Y aunque no era comprensora y bienaventurada, pero en el estado de

viadora tenía un lugar tan vecino y parecido al de Cristo nuestro Salvador cuando vivía en esta vida, que si bien, comparándolo con él, era viadora en el alma como en el cuerpo, pero comparada con los demás viadores parecía comprensora y bienaventurada.

540. Pedía aquel estado que en la armonía de los sentidos y potencias naturales hubiese nuevo orden y modo de obrar proporcionado en todo; y para esto se le mudó el que hasta entonces había tenido, y fue de esta manera: Todas las especies o imágenes de criaturas que por los sentidos había admitido el entendimiento de María santísima se le acabaron y borraron del alma, no obstante que —como dije arriba en esta tercera parte (Cf. supra n. 126)— no admitía la gran Señora más especies ni imágenes sensitivas de las que para el uso de la caridad y virtudes eran precisamente necesarias. Pero con todo eso, por lo que tenían de terrenas y haber entrado al entendimiento por los órganos sensitivos del cuerpo, se las quitó el Señor y las despejó y purificó de todas estas imágenes y especies. Y en lugar de las que de allí adelante había de recibir por el orden natural de las potencias sensitivas e intelectuales, la infundía el Señor otras especies más puras e inmateriales en el entendimiento y con aquéllas entendía y conocía más altamente.

541. Esta maravilla no será dificultosa de entender para los doctos. Y para declararme más a todos advierto que, cuando obramos con los cinco sentidos corporales exteriores con que oímos, vemos y gustamos, recibimos unas especies del objeto que sentimos, las cuales pasan a otra potencia interior y corpórea, que llaman sentido común, imaginativa, fantasía o estimativa; y allí se recogen estas especies para que aquel sentido común conozca o sienta todo lo que entró por los cinco exteriores y allí se depositan y guardan como en una

oficina común para todas; y hasta aquí somos semejantes en esto a los animales sensitivos, aunque con alguna diferencia. Después que en nosotros, que somos racionales, se guardan o entran estas especies en el sentido común y fantasía, obra con ellas nuestro entendimiento por el orden que naturalmente tienen nuestras potencias y saca el mismo entendimiento otras especies espirituales o inmateriales, y por esta acción se llama entendimiento agente; y con estas especies que en sí produce, conoce y entiende naturalmente lo que entra por los sentidos. Y por esto dicen los filósofos que nuestro entendimiento, para entender, conviene que se convierta a especular la fantasía, para tomar de allí las especies de lo que ha de entender según el orden natural de las potencias, por estar el alma unida al cuerpo, de quien en sus operaciones depende.

542. Pero en María santísima, en el estado que digo, no se guardaba este orden en todo; porque milagrosamente ordenó el Señor en ella otro modo de obrar el entendimiento, sin dependencia de la fantasía y sentido común. Y en lugar de las especies que naturalmente había de sacar su entendimiento de los objetos sensibles que entran por los sentidos, le infundía otras que los representaban por más alto modo; y las que adquiría por los sentidos se quedaban sin pasar de la oficina de la imaginativa, sin que obrase con ellas el entendimiento agente, que al mismo tiempo era ilustrado con las especies sobrenaturales que se le infundían; pero con las que recibía en el sentido común obraba allí lo que era necesario para sentir y padecer dolor, aflicciones y penalidades sensibles. Y sucedía en efecto en este templo de María santísima lo que en el de su figura sucedió, que las piedras se labraban fuera de él y dentro no se oyó martillo ni golpe, ni otro estrépito de ruidos (3 Re 6, 7). Y también los animales se degollaban y se ofrecían en sacrificio en el altar que estaba fuera del

santuario (Ex 40, 27) y en él sólo se ofrecía el holocausto del incienso y los aromas encendidos en sagrado fuego (Ex 40, 25).

543. Ejecutábase este misterio en nuestra gran Reina y Señora, porque en la parte inferior de los sentidos del alma se labraban las piedras de las virtudes que miraban a lo exterior y en el atrio de los sentidos comunes se hacía el sacrificio de las penalidades, dolores y tristezas que padecía por los hijos de la Iglesia y por sus trabajos. Y en el *Sancta Sanctorum* de las potencias del entendimiento y voluntad sólo se ofrecía el perfume de su contemplación y visión de la divinidad y el fuego de su incomparable amor. Y para esto no eran proporcionadas las especies que entraban por los sentidos representando los objetos más terrenamente y con el estrépito que ellos obran, y por esto las excluyó el poder divino y dio otras infusas y sobrenaturales de los mismos objetos, pero más puras, para servir a la contemplación de la visión abstractiva de la divinidad y acompañar en el entendimiento a las que tenía del ser de Dios, a quien incesantemente miraba y amaba en sosiego, tranquilidad y serenidad de inviolable paz.

544. Dependían estas especies infusas del ser de Dios, porque en él representaban al entendimiento de María santísima todas las cosas, como el espejo representa a los ojos todo lo que se le pone delante de él y lo conocen sin convertirse a mirarlo en sí mismo. Y así conocía en Dios todas las cosas y lo que le pedían y necesitaban los hijos de la Iglesia, lo que debía hacer con ellos conforme a los trabajos que padecían y todo lo que en esto quería la voluntad divina para que se hiciese en la tierra como en el cielo; y en aquella vista lo pedía y lo alcanzaba todo del mismo Señor. De este modo de entender y obrar exceptuó el Omnipotente las obras que la divina Madre había de hacer por la obediencia de San Pedro y de San

Juan Evangelista y alguna vez si le ordenaban algo los demás Apóstoles. Y esto pidió al Señor la misma Madre, por no interrumpir la obediencia que tanto amaba y porque se entendiese que por ella se conoce la voluntad divina con tanta certeza y seguridad que no ha menester el obediente recurrir a otros medios ni rodeos para conocerla más de saber que se lo manda el que tiene poder y es su superior; porque aquello es lo que sin duda le manda Dios y le conviene y lo quiere Su Majestad.

545. Para todo lo demás, fuera de esta obediencia en que se contenía el uso de la comunión sagrada, no dependía el entendimiento de María santísima del comercio de las criaturas sensibles, ni de las imágenes que de ellas pudo recibir por los sentidos. Pero de todas quedó libre y en soledad interior, gozando de la vista abstractiva de la divinidad, sin interrumpirla durmiendo y velando, ocupada y ociosa, trabajando y descansando, sin discurrir ni racionar para conocer lo más alto de la perfección, lo más agradable al Señor, las necesidades de la Iglesia, el tiempo y modo de acudir a su remedio. Todo esto lo conocía con la vista de la divinidad, como los bienaventurados con la que tienen. Y como en ellos lo menos que conocen es lo que toca a las criaturas, así también nuestra gran Reina, fuera de lo que tocaba el estado de la Santa Iglesia y a su gobierno y de todas las almas, conocía como principal objeto los misterios incomprensibles de la divinidad, más que los supremos serafines y santos. Con este pan y alimento de vida eterna fue alimentada en aquella soledad que le preparó el Señor. Allí estaba solícita de la Iglesia sin turbarse, oficiosa sin inquietud, cuidadosa sin divertirse y en todo estaba llena de Dios dentro y fuera, vestida del oro purísimo de la divinidad, anegada y absorta en aquel piélago incomprensible, y junto con esto atenta a todos sus hijos y a su remedio, porque sin este cuidado no descansara del todo su maternal caridad.

546. Para todo esto la dieron las dos alas de grande águila, con que levantó tanto el vuelo que pudo llegar a la soledad y estado a donde no llegó pensamiento de hombre ni de ángel, y para que desde aquella encumbrada habitación descendiese y volase al socorro de los mortales, no paso a paso, sino con ligero y acelerado vuelo. ¡Oh prodigio de la omnipotencia de Dios!, ¡oh maravilla inaudita que así manifiestas su grandeza infinita! Fáltanme razones, suspéndese el discurso y agótase nuestra capacidad en la consideración de tan oculto sacramento. ¡Dichosos siglos de oro de la primitiva Iglesia que gozaron de tanto bien, y venturosos nosotros si llegásemos a merecer que en nuestros infelices siglos renovase el Señor estas señales y maravilla por su beatísima Madre en el grado posible y en el que pide nuestra necesidad y miserias!

547. Entenderáse mejor la felicidad de aquel siglo y el modo de obrar que tenía María santísima en el estado que digo, si lo reducimos a práctica en algunos sucesos de almas que ganó para el Señor. Una fue de un hombre que vivía en Jerusalén muy conocido entre los judíos, porque era principal y de aventajado ingenio y tenía algunas virtudes morales, pero en lo demás era muy celador de su ley antigua, al modo de San Pablo, y muy opuesto a la doctrina y ley de Cristo nuestro Salvador. Conoció esto María santísima en el Señor, que por los ruegos de la divina Madre tenía prevenida la conversión de aquel hombre. Y por la opinión que tenía, deseaba la purísima Señora su reducción y salvación. Pidióla al Altísimo con ardentísima caridad y fervor, de manera que Su Majestad se la concedió. Antes que María santísima tuviera el estado que he dicho, discurriera con la prudencia y altísima luz que tenía para buscar los medios oportunos con que reducir aquella alma, pero no tuvo ahora necesidad de este discurso, sino atender al

mismo Señor donde a su instancia se le manifestaba todo lo que había de hacer.

548. Conoció que aquel hombre vendría a su presencia por medio de la predicación de San Juan Evangelista y que le mandase predicar donde le pudiese oír aquel judío. Hízolo así el Evangelista, y al mismo tiempo el Ángel de guarda de aquella alma le inspiró que fuese a ver a la Madre del Crucificado, que todos alababan de caritativa, modesta y piadosa. No penetró entonces aquel hombre el bien espiritual que de aquella visita se le podía seguir, porque le faltaba la divina luz para conocerlo, pero sin atender a este fin se movió para ir a ver a la gran Señora por curiosidad política, con deseo de conocer quién era aquella Mujer tan celebrada de todos. Llegó a la presencia de María santísima y, de verla y oírla las razones que con divina prudencia le habló, fue todo aquel hombre renovado y convertido en otro. Postróse luego a los pies de la gran Reina, confesando a Cristo reparador del mundo y pidiendo su bautismo. Recibióle luego de mano de San Juan Evangelista y, al pronunciar la forma de este sacramento, vino el Espíritu Santo en forma visible sobre el bautizado, que después fue varón de grande santidad. Y la divina Madre hizo un cántico de alabanza del Señor por este beneficio.

549. Otra mujer de Jerusalén, ya bautizada, apostató de la fe, engañada del demonio por medio de una hechicera deudora suya. Tuvo noticia nuestra gran Reina de la caída de aquella alma, porque todo lo conoció en la vista del Señor. Y dolorida de este suceso, trabajó con muchos ejercicios, lágrimas y peticiones por la reducción de aquella mujer, que siempre es más difícil en los que voluntariamente se apartan del camino que una vez comenzaron de la vida eterna. Pero los ruegos de María santísima alcanzaron el remedio de esta alma engañada

de la serpiente. Y luego conoció la Reina que convenía la amonestase y exhortase el Evangelista, para traerla al conocimiento de su pecado. Ejecutólo San Juan y la mujer le oyó y se confesó con él, y fue restituida a la gracia. Y María santísima la exhortó después para que perseverase y resistiese al demonio.

550. No tenía Lucifer y sus demonios por este tiempo atrevimiento para inquietar la Iglesia en Jerusalén, porque estando allí la poderosa Reina temían llegarse tan cerca y su virtud los amedrantaba y ahuyentaba. Con esto, pretendieron hacer presa en algunos fieles bautizados hacia la parte del Asia donde predicaban San Pablo y otros Apóstoles y pervirtieron a algunos para que apostatasen y turbasen o impidiesen la predicación. Conoció en Dios la celosísima Princesa estas maquinaciones del Dragón y pidió a Su Majestad el remedio, si convenía ponerle en aquel daño. Tuvo por respuesta que obrase como Madre, como Reina y Señora de todo lo criado y que tenía gracia en los ojos del Altísimo. Con este permiso del Señor se vistió de invencible fortaleza y, como la fiel esposa que se levanta del tálamo o del trono de su esposo y toma sus propias armas para defenderle de quien pretende injuriarle, así la valerosa Señora con las armas del poder divino se levantó contra el Dragón y le quitó la presa de la boca, hiriéndole con su imperio y virtudes y mandándole caer de nuevo al profundo; y como lo mandó María santísima se ejecutó. Otros innumerables sucesos de esta condición se podían referir entre las maravillas que obró nuestra Reina, pero bastan éstos para que se conozca el estado que tenía y el modo con que en él obraba.

551. El cómputo de los años en que recibió María santísima este beneficio se debe hacer para mayor adorno de esta Historia, resumiendo lo que arriba se ha dicho en otros capítulos (Cf. supra n. 376, 465, 496).

Cuando fue de Jerusalén a Efeso tenía de edad cincuenta y cuatro años, tres meses y veintiséis días, y fue el año del nacimiento de cuarenta, a seis de enero. Estuvo en Efeso dos años y medio y volvió a Jerusalén el año de cuarenta y dos, a seis de julio, y de su edad cincuenta y seis y diez meses. El concilio primero, que arriba dijimos (Cf. supra n. 496), celebraron los Apóstoles dos meses después que la Reina volvió de Efeso; de manera que en el tiempo de este concilio cumplió María santísima cincuenta y siete años de edad. Luego sucedieron las batallas y triunfos y el pasar al estado que se ha dicho (Cf. supra n. 535) entrando en cincuenta y ocho años, y de Cristo nuestro Salvador cuarenta y dos y nueve meses. Duróle este estado los mil doscientos y sesenta días que dice san Juan en el capítulo 12 y pasó al que diré adelante (Cf. infra n. 601, 607).

Doctrina que me dio la Reina del cielo María Santísima.

552. Hija mía, ninguno de los mortales tiene excusa para no componer su vida a la imitación de la de mi Hijo santísimo y la mía, pues para todos fuimos ejemplo y dechado donde todos hallasen que seguir cada uno en su estado, en que no tiene disculpa si no es perfecto a vista de su Dios humanado, que se hizo maestro de santidad para todos. Pero algunas almas elige su divina voluntad y las aparta del orden común para que en ellas se logre más el fruto de su sangre, se conserve la imitación más perfecta de su vida y de la mía y resplandezcan en la santa Iglesia la bondad, omnipotencia y misericordia divina. Y cuando estas almas escogidas para tales fines corresponden al Señor con fidelidad y fervoroso amor, es ignorancia muy terrena admirarse los demás de que se muestre con ellas el Señor tan liberal y poderoso en hacerles beneficios y favores sobre el pensamiento humano. Quien pone duda en esto, quiere impedir a Dios la gloria que él mismo pretende conseguir en sus obras, y

se las quiere medir con la cortedad y bajeza de la capacidad humana, que en tales incrédulos de ordinario está más depravada y oscurecida con pecados.

553. Y si las mismas almas elegidas por Dios son tan groseras que le pongan en duda sus beneficios o no se disponen para recibirlos y usar de ellos con prudencia y con el peso y estimación que piden las obras del Señor, sin duda se da Su Majestad por más ofendido de estas almas que de los otros a quien no distribuyó tantos dones ni talentos. No quiere el Señor que se desprecie y arroje a los perros el pan de los hijos (Mt 15, 26), ni las margaritas a quien las pise y maltrate (Mt 7, 6), porque estos beneficios de particular gracia son lo segregado por su altísima providencia y lo principal del precio de la Redención humana. Atiende, pues, carísima, que cometen esta culpa las almas que con desconfianza se dejan desfallecer en los sucesos adversos o más arduos y las que se encogen o impiden al Señor para que no se sirva de ellas como de instrumentos de su poder para todo lo que es servido. **Y esta culpa es más reprehensible, cuando no quieren confesar a Cristo en estas obras por temor humano del trabajo que se les puede seguir y de lo que dirá el mundo de estas novedades.** De manera que sólo quieren servir y hacer la voluntad del Señor cuando se ajusta con la suya y si han de obrar alguna cosa de virtud ha de ser con tales y tales comodidades; si han de amar, ha de ser dejándolas en la tranquilidad que ellas apetecen; si han de creer y estimar los beneficios, ha de ser gozando de caricias; pero en llegando la adversidad o el trabajo para padecerle por Dios, luego entra el descontento y la tristeza, el despecho y la impaciencia, con que se halla frustrado el Señor en sus deseos y ellas incapaces de lo perfecto de las virtudes.

554. Todo esto es defecto de prudencia, de ciencia y amor verdadero, que hace a estas almas inhábiles y sin

provecho para sí y para otras. Porque primero se miran a sí mismas que a Dios y se gobiernan por su amor más que por el amor y caridad divina y tácitamente cometen una gran osadía porque quieren gobernar al mismo Dios y aun reprenderle, pues dicen que hicieran por Él muchas cosas si fueran con éstas y aquellas condiciones pero sin ellas no pueden, porque no quieren aventurar su crédito o su quietud, aunque sea por el bien común y por la mayor gloria de Dios. Y porque esto no lo dicen tan claro, piensan que no cometen esta culpa tan atrevida, que el demonio les oculta para que la ignoren cuando la hacen.

555. Para que te guardes, hija mía, de cometer esta monstruosidad, pondera con discreción lo que de mí escribes y entiendes y cómo quiero que lo imites. Yo no podía caer en estas culpas y con todo eso mi continuo desvelo y peticiones eran para obligar al Señor a que gobernase todas mis acciones por sola su voluntad santa y agradable y no me dejase libertad para hacer obra alguna que no fuese de su mayor beneplácito, y para esto procuraba de mi parte el olvido y retiro de todas las criaturas. Tú estás sujeta a pecar y sabes cuántos lazos te ha puesto el Dragón por sí y por las criaturas para que cayeras en ellos. Luego razón será que no descanses en pedir al Todopoderoso te gobierne en tus acciones y que cierres las puertas de tus sentidos de manera que a tu interior no pase imagen ni figura de cosa mundana o terrena. Renuncia, pues, el derecho de tu libre voluntad en la divina y cédele al gusto de tu Señor y mío. Y en lo forzoso de tratar con las criaturas, en lo que te obliga la divina ley y caridad, no admitas otra cosa más de lo que para esto es inexcusable y luego pide que se borren de tu interior todas las especies de lo no necesario. Consulta todas tus obras, palabras y pensamientos con Dios, conmigo o con tus Ángeles, que estamos siempre contigo, y si puedes con tu confesor, y sin esto ten por sospechoso y peligroso todo lo que haces y determinas, y ajustándolo

todo con mi doctrina conocerás si disuena o se conforma con ella.

556. Sobre todo y para todo nunca pierdas de vista al ser de Dios, pues la fe y la luz que sobre ella has recibido te sirven para esto. Y porque éste ha de ser el último fin, quiero que desde la vida mortal comiences a conseguirle en el modo que en ella te es posible con la divina gracia. Para esto es ya tiempo que te sacudas de los temores y vanas fabulaciones con que ha pretendido el enemigo embarazarte y detenerte para que no des constante crédito a los beneficios y favores del Señor. Acaba ya de ser fuerte y prudente en esta fe y confianza y entrégate del todo al beneplácito de Su Majestad, para que en ti y de ti haga lo que fuere servido.

CAPITULO 9

El principio que tuvieron los Evangelistas y sus Evangelios y lo que en esto hizo María santísima; aparecióse a San Pedro en Antioquía y en Roma y otros favores semejantes con otros Apóstoles.

557. He declarado, cuanto me ha sido permitido, el estado en que nuestra gran Reina y Señora quedó después del primer Concilio de los Apóstoles y de las victorias que alcanzó del Dragón infernal y sus demonios. Y aunque las obras maravillosas que hizo en estos tiempos y en todos no se pueden reducir a historia ni a breve suma, entre todas se me ha dado luz para escribir el principio que tuvieron los cuatro evangelistas y sus Evangelios y lo que obró en ellos María santísima y el cuidado con que gobernaba [como Medianera de gracias divinas y con consejos] a los Apóstoles ausentes y el modo milagroso con que lo hacía. En la segunda parte y en muchas ocasiones de esta Historia queda escrito (Cf. supra p. II n. 790, 797, 846; p. III n. 210, 214) que la divina

Madre tuvo noticia de todos los misterios de la ley de gracia y de los Evangelios y Escrituras Santas que para fundarla y establecerla se escribirían en ella. En esta ciencia fue confirmada muchas veces (Cf. supra p. II n. 1524), en especial cuando subió a los cielos el día de la Ascensión con su Hijo santísimo. Y desde aquel día, sin omitir alguno, hizo particular petición postrada en tierra para que el Señor diese su divina luz a los Sagrados Apóstoles y escritores y ordenase que escribiesen cuando fuese el tiempo más oportuno.

558. Después de esto, en la ocasión que la misma Reina estuvo en el cielo y bajó de él con la Iglesia que se le entregó, como dije en el capítulo 6 de este libro (Cf. supra n. 494-495), la manifestó el Señor que ya era tiempo de comenzar a escribir los Sagrados Evangelios, para que ella lo dispusiese como Señora y Maestra de la Iglesia. Pero con su profunda humildad y discreción alcanzó del mismo Señor que esto se ejecutase por mano de San Pedro, como vicario suyo y cabeza de la Iglesia, y que le asistiese su divina luz para negocio de tanto peso. Concedióselo todo el Altísimo y cuando los Apóstoles se juntaron en aquel Concilio que refiere San Lucas (Act 15, 6) en el capítulo 15, después que resolvieron las dudas de la circuncisión, como queda dicho en el capítulo 6, propuso San Pedro a todos que era necesario escribir los misterios de la vida de Cristo nuestro Salvador y Maestro para que todos sin diferencia ni discordia los enseñasen en la Iglesia y con esta luz se desterrase la antigua ley y se plantase la nueva.

559. Este intento había comunicado San Pedro con la Madre de la sabiduría. Y habiéndole aprobado todo el Concilio, invocaron al Espíritu Santo para que señalase a quiénes de los Apóstoles y discípulos se cometería el escribir la Vida del Salvador. Luego descendió una luz del cielo sobre el Apóstol San Pedro y se oyó una voz que

decía: El Pontífice y cabeza de la Iglesia señale cuatro que escriban las obras y doctrina del Salvador del mundo.—Postróse en tierra el Apóstol y siguiéronle los demás y dieron al Señor gracias por aquel favor; y levantándose todos habló San Pedro y dijo:

Mateo, nuestro carísimo hermano, dé luego principio y escriba su Evangelio en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Y **Marcos** sea el segundo que también escriba el Evangelio en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Lucas sea el tercero que lo escriba en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

Y nuestro carísimo hermano **Juan** también sea el cuarto y último que escriba los misterios de nuestro Salvador y Maestro, en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

—Este nombramiento confirmó el Señor con la misma luz divina que estuvo en San Pedro hasta que lo hizo y fue aceptado por todos los nombrados.

560. Dentro de pocos días determinó San Mateo escribir su Evangelio, que fue el primero. Y estando en oración una noche en un aposento retirado en la casa del cenáculo, pidiendo luz al Señor para dar principio a su Historia, se le apareció María santísima en un trono de gran majestad y resplandor, sin haberse abierto las puertas del aposento donde el Apóstol oraba. Y cuando vio a la Reina del cielo, se postró sobre la cara con admirable reverencia y temor. Mandóle la gran Señora que se levantase y así lo hizo pidiéndola la bendijese; luego le habló María santísima y le dijo: Mateo, siervo

mío, el Todopoderoso me envía con su bendición para que con ella deis principio al Sagrado Evangelio que por buena suerte os ha tocado escribir. Para esto asistirá en voz su divino Espíritu y yo se lo pediré con todo el afecto de mi alma. Pero de mí no conviene que escribáis otra cosa fuera de lo que es forzoso para manifestar la Encarnación y misterios del Verbo humanado y plantar su fe santa en el mundo como fundamento de la Iglesia. Y asentada esta fe, vendrán otros siglos en que dará el Altísimo noticia a los fieles de los misterios y favores que su brazo poderoso obró conmigo, cuando sea necesario manifestarlos.—Ofreció San Mateo obedecer a este mandato de la Reina y consultando con ella el orden de su Evangelio descendió sobre él el Espíritu Santo en forma visible y en presencia de la misma Señora comenzó a escribirle como en él se contiene. Desapareció María santísima y San Mateo prosiguió la Historia, aunque la acabó después en Judea, y la escribió en lengua hebrea el año del Señor de cuarenta y dos.

561. El Evangelista San Marcos escribió su Evangelio cuatro años después, que fue el de cuarenta y seis del nacimiento de Cristo, y también lo escribió en hebreo, y en Palestina. Y para comenzar a escribir pidió al Ángel de su guarda diese noticia a la Reina del cielo de su intento y la pidiese su favor y que le alcanzase la divina luz de lo que había de escribir. Hizo la piadosa Madre esta petición y luego mandó el Señor a los Ángeles que la llevasen, con la majestad y orden que solían, a la presencia del Evangelista que perseveraba en su oración. Aparecióle la gran Reina del Cielo en un trono de grande hermosura y refulgencia y postrándose el Evangelista ante el trono dijo: Madre del Salvador del mundo y Señora de todo lo criado, indigno soy de este favor, aunque siervo de Vuestro Hijo santísimo y también lo soy Vuestro.—Respondió la divina Madre: El Altísimo, a quien servís y amáis, me envía para que os asegure que oye

vuestras peticiones y su divino Espíritu os gobernará para escribir el Evangelio que os ha mandado.—Y luego le ordenó que no escribiese los misterios que tocaban a ella, como lo hizo a San Mateo. Y al punto descendió en forma visible de grandiosa refulgencia el Espíritu Santo, bañando exteriormente al Evangelista y llenándole de nueva luz interior, y en presencia de la misma Reina dio principio a su Evangelio. Tenía la Princesa del cielo en esta ocasión sesenta y un años de edad. San Jerónimo dice que San Marcos escribió en Roma su breve Evangelio a instancia de los fieles que allí estaban, pero advierto que éste fue traslado o copia del que había escrito en Palestina, y porque no le tenían en Roma los cristianos, ni tampoco tenían otro, le volvió a escribir en lengua latina, que era la romana.

562. Dos años después, que fue el cuarenta y ocho, y de la Virgen el sesenta y tres, escribió San Lucas en lengua griega su Evangelio. Y para comenzarle a escribir, se le apareció María como a los otros dos Evangelistas. Y habiendo conferido con la divina Madre que, para manifestar los misterios de la Encarnación y vida de su Hijo santísimo, era necesario declarar el modo y orden de la concepción del Verbo humanado y otras cosas que tocaban a la verdad de ser Su Alteza Madre natural de Cristo, por esto se alargó San Lucas más que los otros Evangelistas en lo que escribió de María santísima, reservando los secretos y maravillas que le tocaban por ser Madre de Dios, como ella misma se lo ordenó al Evangelista. Y luego descendió sobre él el Espíritu Santo y en presencia de la gran Reina comenzó su Evangelio, como Su Majestad principalmente le informó. Quedó San Lucas devotísimo de esta Señora y jamás se le borraron del interior las especies o imagen que le quedó impresa de haber visto a esta dulcísima Madre en el trono y majestad con que se le apareció en esta ocasión, con que la tuvo presente por toda su vida. Estaba San Lucas

en Acaya, cuando le sucedió este aparecimiento y escribió su Evangelio.

563. El último de los Cuatro Evangelistas que escribió su Evangelio fue el Apóstol San Juan en el año del Señor de cincuenta y ocho. Y escribióle en lengua griega estando en el Asia Menor [Anatolia – Turquía], después del glorioso Tránsito y Asunción de María santísima, contra los errores y herejías que luego comenzó a sembrar el demonio, como arriba dije (Cf. supra n. 522), que principalmente fueron para destruir la fe de la Encarnación del Verbo divino, porque, como este misterio había humillado y vencido a Lucifer, pretendió luego hacer la batería de las herejías contra él. Y por esta causa el Evangelista San Juan escribió tan altamente y con más argumentos para probar la divinidad real y verdadera de Cristo nuestro Salvador, adelantándose en esto a los otros Evangelistas.

564. Y para dar principio a su Evangelio, aunque María santísima estaba ya gloriosa en los cielos, descendió de ellos personalmente con inefable majestad y gloria, acompañada de millares de Ángeles de todas las jerarquías y coros y se le apareció a San Juan y le dijo: Juan, hijo mío y siervo del Altísimo, ahora es tiempo oportuno que escribáis la vida y misterios de mi Hijo santísimo, y deis muy expresa noticia de su divinidad al mundo, para que le conozcan todos los mortales por Hijo del Eterno Padre y verdadero Dios como verdadero Hombre. Pero los misterios y secretos que de mí habéis conocido, no es tiempo de que los escribáis ahora ni los manifestéis al mundo, tan acostumbrado a idolatría, porque no los conturbe Lucifer a los que han de recibir ahora la santa fe de su Redentor y de la Beatísima Trinidad. Para todo asistirá en vos el Espíritu Santo y en mi presencia quiero que comencéis a escribir.— El Evangelista veneró [con hiperdulía] a la gran Reina del

cielo, y fue lleno del Espíritu divino como los demás. Y luego dio principio a su Evangelio, quedando favorecido de la piadosa Madre, y pidiéndola su bendición y amparo, se la dio y ofreció ella para todo lo restante de la vida del Apóstol, con que se volvió a la diestra de su Hijo santísimo. Este fue el principio que tuvieron los Sagrados Evangelios por medio e intervención de María santísima, para que todos estos beneficios reconozca la Iglesia haberlos recibido por su mano. Y para continuar esta Historia ha sido necesario anticipar la relación de los Evangelistas.

565. Pero en el estado que la gran Señora tenía después del Concilio de los Apóstoles, así como vivía más elevada de la ciencia y vista abstractiva de la divinidad, así también se adelantó en el cuidado y solicitud de la Iglesia, que cada día iba creciendo en todo el orbe. Especialmente atendía, como verdadera Madre y Maestra, a todos los Apóstoles, que eran como parte de su corazón donde los tenía escritos. Y porque luego que celebraron aquel Concilio se alejaron de Jerusalén, quedando allí solos San Juan Evangelista y Santiago [Jacobo] el Menor, con esta ausencia les tuvo la piadosa Madre una natural compasión de los trabajos y penalidades que padecían en la predicación. Mirábalos con esta compasión en sus peregrinaciones, y con suma veneración por la santidad y dignidad que tenían como Sacerdotes, Apóstoles de su Hijo santísimo, fundadores de su Iglesia, predicadores de su doctrina y elegidos por la divina Sabiduría para tan altos ministerios de la gloria del Altísimo. Y verdaderamente fue como necesario que, para atender y cuidar de tantas cosas en toda la esfera de la Santa Iglesia, levantase Dios a la gran Señora y Maestra al estado que tenía, porque en otro más inferior no pudiera tan convenientemente y acomodadamente encerrar en su pecho tantos cuidados y gozar de la tranquilidad, paz y sosiego interior que tenía.

566. Y a más de la noticia que la gran Reina tenía en Dios del estado de la Iglesia, encargó de nuevo a sus Ángeles que cuidasen de todos los Apóstoles y discípulos que predicaban y que acudiesen con presteza a socorrerlos y consolarlos en sus tribulaciones; pues todo lo podían hacer con la actividad de su naturaleza y nada les embarazaba para ver juntamente y gozar de la cara de Dios, y la importancia de fundar la Iglesia era tan grande y ellos debían ayudar a ella como ministros del Altísimo y obras de su mano. Ordenóles también que le diesen aviso de todo lo que hacían los Apóstoles y singularmente cuando tuviesen necesidad de vestiduras, porque de esto quiso cuidar la vigilante Madre para que anduvieran vestidos uniformemente, como lo hizo cuando los despidió de Jerusalén, de que hablé en su lugar (Cf. supra n. 237). Y con esta prudentísima atención, **todo el tiempo que vivió la gran Señora tuvo cuidado que los apóstoles no anduviesen vestidos con diferencia alguna en el hábito exterior, pero todos vistiesen una forma y color de vestido semejante al que tuvo su Hijo santísimo.** Y para esto les hilaba y tejía las túnicas por sus manos, ayudándola en esto los Ángeles, por cuyo ministerio se las remitía a donde los Apóstoles estaban, y todas eran semejantes a las de Cristo nuestro Señor, cuya doctrina y vida santísima quiso la gran Madre que predicasen también los Apóstoles con el hábito exterior. En lo demás necesario para la comida y sustento los dejó a la mendicación y al trabajo de sus manos y limosnas que les ofrecían.

567. Por el mismo ministerio de los Ángeles y orden de su gran Reina fueron socorridos los Apóstoles muchas veces en sus peregrinaciones y en las tribulaciones y aprietos que padecían por la persecución de los gentiles y judíos y de los demonios que los irritaban contra los predicadores del Evangelio. Visitábanlos muchas veces visiblemente,

hablándoles y consolándolos de parte de María santísima. Otras veces lo hacían interiormente sin manifestarse; otras los sacaban de las cárceles; otras les daban avisos de los peligros y asechanzas; otras los encaminaban por los caminos y los llevaban de unos lugares a otros a donde convenía que predicasen, y les informaban de lo que debían hacer, conforme a los tiempos, lugares y naciones. Y de todo esto daban aviso los mismos Ángeles a la divina Señora, que sola ella cuidaba de todos y trabajaba en todos y más que todos. Y no es posible referir los cuidados, diligencias y solicitud de esta piadosísima Madre en particular, porque no pasaba día ni noche alguna en que no obrase muchas maravillas en beneficio de los Apóstoles y de la Iglesia. Y sobre todo les escribía muchas veces con divinas advertencias y doctrina con que los animaba, exhortaba y llenaba de nueva consolación y esfuerzo.

568. Pero lo que más admira es que, no sólo los visitaba por medio de los Santos Ángeles y por cartas, mas algunas veces se les aparecía ella misma cuando la invocaban o estaban en alguna gran tribulación y necesidad. Y aunque todo esto sucedió con muchos de los Apóstoles, fuera de los Evangelistas de que ya he dicho (Cf. supra n.560ss.), sólo haré aquí relación de los aparecimientos que hizo con San Pedro, que como cabeza de la Iglesia tuvo mayor necesidad de la asistencia y consejos de María santísima. Por esta causa le remitía ella más de ordinario los Ángeles, y el Santo remitía a ella los que tenía como Pontífice de la Iglesia, y la escribía y comunicaba más que los otros Apóstoles. Luego después del Concilio de Jerusalén caminó San Pedro al Asia Menor [Anatolia – Turquía] y paró en Antioquía, donde puso la primera vez la Silla Pontifical. Y para vencer las dificultades que sobre esto se le ofrecieron, se halló el vicario de Cristo con algún aprieto y aflicción de que María santísima tuvo conocimiento y él

tuvo necesidad del favor de la gran Señora. Y para dársele como convenía a la importancia de aquel negocio la llevaran los Ángeles a la presencia de San Pedro en un trono de majestad, como otras veces he dicho (Cf. supra n. 193, 399). Apareció al Apóstol, que estaba en oración, y cuando la vio tan refulgente se postró en tierra con los ordinarios fervores que acostumbraba, y hablando con la gran Señora la dijo bañado en lágrimas: ¿De dónde a mí pecador que la Madre de mi Redentor y Señor venga a donde yo estoy?—La gran Maestra de los humildes descendió del trono que estaba y templándose sus resplandores se hincó de rodillas y pidió la bendición al Pontífice de la Iglesia. Y sólo con él hizo esta acción que con ninguno de los Apóstoles había hecho cuando les aparecía; aunque fuera de los aparecimientos, cuando les hablaba naturalmente, les pedía la bendición de rodillas.

569. Pero como San Pedro era vicario de Cristo y cabeza de la Iglesia procedió con él diferentemente y descendió del trono de majestad en que iba la gran Reina y le respetó como viadora y que vivía en la misma Iglesia en carne mortal. Y hablando luego familiarmente con el Santo Apóstol, trataron los negocios arduos que convenía resolver. Y uno de ellos, fue que desde entonces se comenzasen a celebrar en la Iglesia algunas festividades del Señor. Y con esto volvieron los Ángeles a María santísima desde Antioquía a Jerusalén. Y después que San Pedro pasó a Roma para trasladar allí la Silla Apostólica, como lo había ordenado nuestro Salvador, se le apareció otra vez al mismo Apóstol. Y allí determinaron que en la Iglesia romana mandase celebrar la fiesta del Nacimiento de su Hijo santísimo y la Pasión e Institución del Santísimo Sacramento todo junto, como lo hace la Iglesia el Jueves Santo. Y después de muchos años se ordenó en ella la festividad del Corpus, señalándose día sólo el jueves primero después de la octava de

Pentecostés, como ahora lo celebramos. Pero la primera del Jueves Santo mandó San Pedro, y también la fiesta de la Resurrección y los Domingos y la Ascensión, con las Pascuas y otras costumbres que tiene la Iglesia Romana desde aquel tiempo hasta ahora, y todas fueron con orden y consejo de María santísima. Después de esto vino San Pedro a España y visitó algunas Iglesias fundadas por Jacobo [Santiago el Mayor] y volvió a Roma dejando fundadas otras.

570. En otra ocasión, antes y más cerca del glorioso tránsito . de la divina Madre, estando también San Pedro en Roma, se movió una alteración contra los cristianos, en que todos y San Pedro con ellos se hallaron muy apretados y afligidos. Acordábase el Apóstol de los favores que en sus tribulaciones había recibido de la gran Reina del mundo y en la que entonces se hallaba echaba menos su consejo y el aliento que con él recibía. Pidió a los Ángeles de su guarda y de su oficio manifestasen su trabajo y necesidad a la Beatísima Madre, para que le favoreciese en aquella ocasión con su eficaz intercesión con su Hijo santísimo, pero Su Majestad, que conocía el fervor y humildad de su vicario San Pedro, no quiso frustrarle sus deseos. Para esto mandó a los Santos Ángeles del Apóstol que le llevasen a Jerusalén, a donde estaba María santísima. Luego ejecutaron este mandato y llevaron los Ángeles a San Pedro al Cenáculo y presencia de su Reina y Señora. Con este singular beneficio crecieron los fervorosos afectos del Apóstol y se postró en tierra en presencia de María santísima lleno de gozo y lágrimas de ver cumplido lo que en su corazón había deseado. Mandóle la gran Señora que se levantase y ella se postró y dijo: Señor mío, dad la bendición a vuestra sierva como Vicario de Cristo, mi Señor y mi Hijo santísimo. Obedeció San Pedro y la dio su bendición y luego dieron gracias por el beneficio que le había hecho el Omnipotente en concederle lo que

deseaba y, aunque la humilde Maestra de las virtudes no ignoraba la tribulación de San Pedro y de los fieles de Roma, le oyó que se la contase como había sucedido.

571. Respondióle María santísima todo lo que en ella convenía saber y hacer, para sosegar aquel alboroto y pacificar la Iglesia de Roma. Y habló con tal sabiduría a San Pedro que, si bien él tenía altísimo concepto de la prudentísima Madre, como en esta ocasión la conoció con nueva experiencia y luz, quedó fuera de sí de admiración y júbilo y la dio humildes gracias por aquel nuevo favor; y dejándole informado de muchas advertencias para fundar la Iglesia de Roma, le pidió la bendición otra vez y le despidió. Los Ángeles volvieron a San Pedro a Roma y María santísima quedó postrada en tierra en la forma de cruz que acostumbraba, pidiendo al Señor sosegase aquella persecución. Y así lo alcanzó, porque en volviendo San Pedro halló las cosas en mejor estado y luego los cónsules dieron permiso a los profesores de la Ley de Cristo para que libremente la guardasen. Con estas maravillas que he referido se entenderá algo de las que hacía María santísima en el gobierno de los Apóstoles y de la Iglesia, porque si todas se hubieran de escribir fueran menester más volúmenes de libros que aquí escribo yo líneas. Y así me excuso de alargarme más en esto, para decir en lo restante de esta Historia los inauditos y admirables beneficios que hizo Cristo nuestro Redentor con la divina Madre en los últimos años de su vida; aunque confieso, por lo que he entendido, no diré más que algún indicio, para que la piedad cristiana tenga motivos de discurrir y alabar al Omnipotente, autor de tan venerables sacramentos.

Doctrina que me dio la Reina de los ángeles.

572. Hija mía carísima, en otras ocasiones te he manifestado una querella que tengo, entre las demás,

contra los hijos de la Santa Iglesia, y en especial contra las mujeres, en quienes la culpa es mayor y para mí más aborrecible, por lo que se opone a lo que yo hice viviendo en carne mortal; y quiero repetírtela en este capítulo, para que tú me imites, y te alejes de lo que hacen otras mujeres estultas hijas de Belial. Esto es, que tratan a los Sacerdotes del Altísimo sin reverencia, estimación ni respeto. Esta culpa crece cada día más en la Iglesia y por eso renuevo yo este aviso que otras veces dejé escrito. Dime, hija mía, ¿en qué juicio cabe que los Sacerdotes ungidos del Señor, consagrados y elegidos para santificar al mundo y para representar a Cristo y consagrar su cuerpo y sangre, éstos sirvan a unas mujeres viles, inmundas y terrenas? ¿Que ellos estén en pie y descubiertos y hagan reverencia a una mujer soberbia y miserable, sólo porque ella es rica y él es pobre? Pregunto yo, ¿si el Sacerdote pobre tiene menor dignidad que el rico? ¿O si las riquezas dan mayor o igual dignidad, potestad y excelencia que la da mi Hijo santísimo a sus Sacerdotes y ministros? Los Ángeles no reverencian a los ricos por su hacienda, pero respetan a los Sacerdotes por su altísima dignidad. Pues ¿cómo se admite este abuso y perversidad en la Iglesia, que los Cristos del Señor sean ultrajados y despreciados de los mismos fieles, que los conocen y confiesan por santificados del mismo Cristo?

573. Verdad es que son muy culpados y reprensibles los mismos Sacerdotes en sujetarse con desprecio de su dignidad al servicio de otros hombres y mucho más de mujeres. Pero si los Sacerdotes tienen alguna disculpa en su pobreza, no la tienen en su soberbia los ricos, que por hallar pobres a los Sacerdotes los obligan a ser siervos, cuando en hecho de verdad son señores. Esta monstruosidad es de grande horror para los Santos y muy desagradable para mis ojos, por la veneración que tuve a los Sacerdotes. Grande era mi dignidad de Madre del

mismo Dios y me postraba a sus pies y muchas veces besaba el suelo donde ellos pisaban y lo tenía por grande dicha. Pero la ceguedad del mundo ha oscurecido la dignidad sacerdotal, confundiendo lo precioso con lo vil (Jer 15, 19), y ha hecho que en las leyes y desórdenes el Sacerdote sea como el pueblo (Is 24, 2), y de unos y otros se dejan servir sin diferencia; y el mismo ministro que ahora está en el altar ofreciendo al Altísimo el Tremendo Sacrificio de su agrado cuerpo y sangre, ese mismo sale luego de allí a servir y acompañar como siervo hasta a las mujeres, que por naturaleza y condición son tan inferiores y tal vez más indignas en sus pecados.

574. Quiero, pues, hija mía, que tú procures recompensar esta falta y abuso de los hijos de la Iglesia en cuanto fuere posible. Y te hago saber que para esto desde el trono de la gloria que tengo en el cielo miro con veneración y respeto a los Sacerdotes que están en la tierra. Tú los has de mirar siempre con tanta reverencia como cuando están en el Altar o con el Santísimo Sacramento en sus manos o en su pecho; y hasta los ornamentos y cualquiera vestidura de los Sacerdotes has de tener en gran veneración, y con esta reverencia hice yo las túnicas para los Apóstoles. A más de las razones que has escrito y entendido de los Sagrados Evangelios y todas las Escrituras divinas, conocerás la estimación en que las debes tener por lo que en sí encierran y contienen y por el modo con que ordenó el Altísimo que los Evangelistas los escribiesen, y en ellos y en los demás asistió el Espíritu Santo para que la Santa Iglesia quedase rica y próspera con la abundancia de la doctrina, de ciencia y luz de los misterios del Señor y de sus obras. Al Pontífice Romano has de tener suma obediencia y veneración sobre todos los hombres y cuando le oyeres nombrar le harás reverencia inclinando la cabeza, como cuando oyes el

nombre de mi Hijo y el mío, porque en la tierra está en lugar de Cristo, y yo cuando vivía en el mundo y nombraban a San Pedro le hacía reverencia. En todo esto te quiero advertida, perfecta imitadora y seguidora de mis pasos, para que practiques mi doctrina y halles gracia en los ojos del Altísimo, a quien todas estas obras obligan mucho y ninguna es pequeña en su presencia si por su amor se hiciere.

CAPITULO 10

La memoria y ejercicios de la pasión que tenía María santísima y la veneración con que recibía la Sagrada Comunión y otras obras de su vida perfectísima.

575. Sin faltar la gran Reina del cielo al gobierno exterior de la Iglesia [como Medianera de las gracias divinas y con consejos] , como hasta ahora dejo escrito, tenía a solas otros ejercicios y obras ocultas con que merecía y granjeaba innumerables dones y beneficios de la mano del Altísimo, así en común para todos los fieles, como para millares de almas que por estos medios ganó para la vida eterna. De estas obras y secretos no sabidos escribiré lo que pudiere en estos últimos capítulos para nuestra enseñanza y admiración y gloria de esta beatísima Madre. Para esto advierto que, por muchos privilegios de que gozaba la gran Reina del cielo, tenía siempre presente en su memoria toda la vida, obras y misterios de su Hijo santísimo, porque, a más de la continua visión abstractiva que tenía siempre de la divinidad en estos últimos años y en ella conocía todas las cosas, le concedió el Señor desde su concepción que no olvidase lo que una vez conocía y aprendía, porque en esto gozaba de privilegio de ángel, como en la primera parte queda escrito (Cf. supra p. I n. 537, 604).

>> sigue parte 21 >>